



# FORJADOR

Texto de Lectura para los Grados Superiores

por

LUIS ARENA

PRECIO \$ 250

l  $\frac{A}{6}$  9



00079537



**FORJADOR**

Edición para varones

---

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación  
Expediente 17015-E-1932      Edición año 1934

---



29.278

LUIS ARENA

Maestro Normal - Profesor de Enseñanza Secundaria

O. R.  
C. N. de 8

# FORJADOR

Texto de Lectura para los Grados Superiores

Segunda edición para varones



FORJADOR

Ilustraciones de Juan Hohmann

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

ANGEL ESTRADA Y CIA. — EDITORES

466 — Calle BOLÍVAR — 466

BUENOS AIRES

253 X 298

Propiedad Literaria  
Leyes 7092 y 9510



*A los niños argentinos, con  
devoción de padre y de maestro.*

## COLEGA:

¿Otra antología de trozos literarios más o menos agradables, más o menos "adaptados"?

No. Un libro nuevo: un libro de lecturas especialmente escritas para niños. Las transcripciones de otros autores complementan las series orgánicas de cada una de las secciones de la obra.

¿Lecturas largas o breves? ¿Monotonía o variedad? ¿Presentación según un plan orgánico o muestrario de géneros literarios? ¿Literatura educativa, agradable al niño, o desarrollos indigestos? Juzga tú, colega.

Dos cosas solamente quiero señalarte:

Primero. — He querido satisfacer un antiguo deseo tuyo: un libro con dos ediciones especiales además de la corriente; una para varones, con la sección Senda Fragosa, y la otra con Gracia Plena, para niñas.

Segundo. — La presentación del libro: ¿No crees como yo, colega, que ya es hora de que termine el divorcio entre la Didáctica y la Estética, sobre todo en materia tan importante como los textos de lectura?

Si fuera amigo de las clasificaciones y denominaciones, diría que la primera parte del libro se refiere a la patria (primero el país, luego su pasado, sus hombres, etc.), la segunda a la naturaleza, y la última sección a la formación del mundo moral del niño.



Las notas que van al final, dicen también del plan de la obra y de las intenciones del autor: léelas.

En cuanto al procedimiento para utilizar el material de cada una de las secciones orgánicas, cada maestro obrará como lo creyere conveniente. Si tú entiendes, colega, que la sucesión de capítulos sobre tópicos afines es beneficiosa, considerarás cada sección del libro como un centro, en torno del cual podría girar la labor de un determinado periodo escolar. Si gustas de la variedad, o entiendes que es oportuno tratar una determinada lectura cuando el desarrollo del trabajo del aula ofrece oportunidad propicia, los distintos capítulos del libro tienen unidad e independencia suficientes como para ser considerados aisladamente. Respecto a aquellos temas tratados en dos o tres episodios, también cabe libertad de procedimientos: puede considerarse el conjunto, dedicándole el tiempo que fuere necesario, o tomar un episodio después de otro. En una palabra: he compuesto un libro que consulta, en la medida de las posibilidades actuales, las exigencias de la nueva escuela en su empeño de unificación de la labor educativa, pero he tenido en cuenta también, y muy especialmente, nuestra presente realidad escolar.

No tengo la pretensión de entregarte, colega, una obra perfecta. La bondad de un instrumento de trabajo depende mucho de quien lo maneja; y yo confío en que tu pericia didáctica es más que suficiente para salvar los inconvenientes que, desde tu personal punto de vista, seguramente descubrirás en "FORJADOR".

L. A.

## AMIGO LECTOR:

En los relatos que contiene FORJADOR no encontrarás héroes impecables, niños juiciosos, buenos, obedientes, que se desviven por complacer a sus padres, a sus maestros; que nunca dejan de estudiar sus lecciones, que siempre socorren al débil, practican la caridad, etc., etc.

Los personajes de los relatos que he escrito para ti son niños que han realizado un acto heroico, pequeño o grande, según las circunstancias, pero heroico al fin. Para captarse nuestra simpatía no necesitan comprobantes de bondad, de respetuosidad, de veracidad, de inteligencia, o de cualquiera otra cualidad con que se adorna comúnmente a los protagonistas de las lecturas dedicadas a los niños.

Tú, amigo lector, eres grandecito, y sabes perfectamente que esas bellas dotes son las llaves de oro que abren los corazones de nuestros semejantes; pero sabes también que no es común hallarlas todas reunidas en una misma persona. Todos debemos tender hacia tal ideal de perfección; todos debemos honrar y aplaudir a los que se acercan a él. Pero lo que más nos emociona, lo que sacude más fuertemente las fibras de nuestro corazón, lo que nos conmueve más hondamente en la vida, es el esfuerzo que hacen los de abajo por llegar a la cumbre, son los impulsos nobles, son los actos que elevan en un momento un alma y la hacen digna del respeto y de la admiración del mundo.

Amigo lector: un pedidito quiero hacerte. No dejes de leer las notas finales del libro. Ellas te aclararán muchos puntos, te sugerirán ideas, te señalarán el sentido o el significado recóndito de algunas lecturas. Y término con una advertencia: La mayor parte de los relatos de FORJADOR requieren ser leídos muy pausadamente. En ti reside, pues, el secreto de la eficacia de las lecturas de este libro, que pongo en tus manos no sin un poco de emoción.

*El autor.*



FORJADOR



## ORACIÓN POR EL LIBRO

Rafael Heliodoro Valle

**D**ANOS, Señor, el libro nuestro de cada día. Danos el libro que todos puedan leer; el que sea para todos como el sol y todos lo entiendan como el agua. El que nos alumbre en este largo camino que se llama vida: queremos luz. El que nos levante de esta tierra en que nos arrastramos: queremos alas.

Lo deseamos suave de corazón, lleno de cantos como un árbol y que descanse en nuestras rodillas como un niño. No importa que sea humilde, con tal que se ofrezca a la mano como un fruto; o que sea débil en apariencia, como caña al viento, con tal que lleve un nido.

Le haremos su casa para que en ella viva con decencia; lo defenderemos de las manos pérfidas que lo acechan, para que sirva a todos; lo levantaremos del suelo cuando caiga, para que otros no lo ultrajen. Lo vestiremos, si está desnudo, con la seda de nuestra devoción contenida. En él viven almas que tuvieron el



dolor de nuestro mismo llanto; pero él no estará quieto en su casa, porque fué hecho con la inquietud de cada día, con el dolor y el amor de cada día; y por eso, cuando sea más obscura la noche y el camino más pavoroso de peligros, él saldrá a dar el pan y el vino a los que tienen sed de justicia, hambre de amor.

Danos, Señor, el libro-antena; aquel en que repercute el grito de los otros hombres, el que copia el paisaje de las otras lontananzas.

Y deja, Señor, que él nos alumbre en este largo viaje de la vida, y nos sea claro como el torrente, generoso como un fruto, blando como un nido.



# EL HERRERO ARMONIOSO

Preludio de





## EL HERRERO ARMONIOSO

*Entre metales - El martillo - El yunque.*

### Entre metales

A un hierro forjado, de gráciles formas,  
dijo el plomo ingenuo con sana intención:  
— ¿Cómo pudo el arte plasmar en tu cuerpo  
los bellos perfiles de tu distinción?

— A golpes, hermano — respondióle el hierro —  
forjaron las curvas de mi forma actual:  
como a golpes se hacen los hombres tenaces  
que altivos persiguen su estrella ideal.

Juana Martín.

## EL MARTILLO

Ernesto M. Barreda.

Tan... tén...  
Mueven los fuelles con el balancín.  
Pín... Pan...  
Rojas de fuego las fraguas están.

El hierro suena y el hierro siente...  
Y sí a la fragua se entrega luego,  
El hierro sale todo de fuego  
Como una fuerza pura y ardiente.

Canta tu canto de forjador...  
Negra es la mina, negro el taller:  
Como la vida, como el dolor,  
¡Como el destino que has de vencer!

Tan... tén...  
Vuelan las notas del canto sin fin,  
Tén... tan...  
Pasan las horas que no volverán...

Suena el martillo, saltan las chispas  
Bajo los músculos del forjador.

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION  
DISTRIBUCION GRATUITA  
DIVISION SUMINISTROS



Cruzan las sombras áureas avispas,  
Moja la frente santo sudor.

Fibras del hierro que se moldea,  
Almas ardidas de un noble afán,  
Que a golpes mágicos labra la idea  
Y entre las almas vibrando van.

Pan... pín...  
Mueve los pechos un sano trajín.  
Pín... pan...  
Truenan los golpes como un huracán.

Todo lo puedes buen forjador;  
Con tu martillo fuerte y sonoro  
Bates el hierro con más amor  
Que sí el lingote fuese de oro.

Es el presente de un don sagrado  
Que sobre el yunque viene a parar.  
¡Forja la lámina para el arado,  
Mas no la espada para matar!

Tín... ton...  
Hinchán los fuelles su rudo pulmón.  
Pín... pan...  
¡Y rojas de fuego las fraguas están!



*"Los forjadores"  
óleo de Goya*

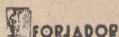
## EL YUNQUE

E. González Martínez.

Cómo canta el yunque sonoro!  
¡Cómo surgen chispas de oro  
al compasado golpe del seguro martillo!...  
Jubiloso estríbillo  
del forjador comenta el cántico sonoro.

El herrero jadea  
mientras la fragua ardiente  
chisporrotea.





Hay un sudor en la frente  
del ciclope. La atmósfera caldea.

Arde el brasero rojo  
que los fuelles alientan de continuo,  
y en el brumoso ambiente vespertino  
que presagía la noche, es como un ojo  
asomado al camino.

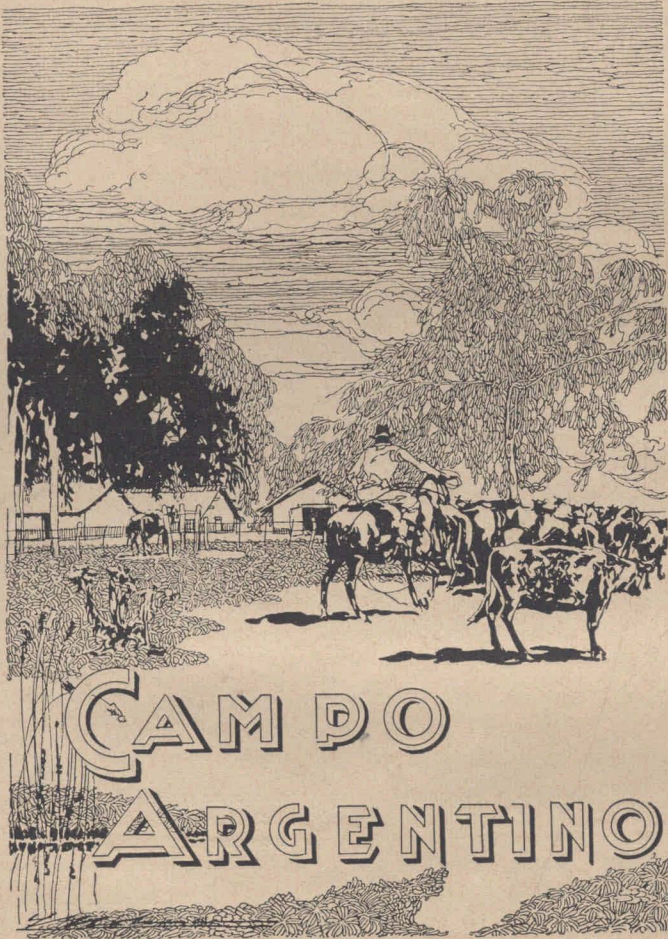
El golpear es rudo;  
pero el canto suaviza la aspereza.  
Cárdeno resplandor en la cabeza  
y en el torso desnudo  
del forjador se prende... La tristeza  
es el antro sombrío del trabajo mudo.

¡Cómo canta el yunque sonoro  
al compasado golpe del seguro martillo,  
mientras el estribillo  
melodioso comenta el cántico sonoro!

¡Vida tres veces santa  
la que en su propia luz labora y canta!



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS





## CAMPO ARGENTINO

Zaino y Colorado - La escapada.  
La vuelta - La historia del gau-  
chito - La carrera - Poesía - En  
la yerra - El forastero - La muerte  
del toro.

*Sobre la inmensa soledad dormida,  
Salvando el mar ondeante de verdura,  
Va el centauro pastor de la llanura  
Como flecha de un arco desprendida.*

Angel de Estrada.

## ZAINO Y COLORADO



DATE una vuelta por los bebederos, Pancho, y vuelve pronto si quieres llegar a tiempo —, ordenó Rudesindo.  
— Está bien, padrino.

¡Ya lo creo que volvería pronto Pancho! No iba a perderse el espectáculo. Rufino, el domador, iba a ponerle las caronas al colorado, aquel potro camorrero que andaba vuelta a vuelta a las patadas y a los mordiscos con sus compañeros de tropilla.

El muchacho montó en pelo su tordillo bíchoco y fué a cumplir la orden del capataz.

— ¡Vamos, matungo; a ver si llego tarde para ver la doma!

El pobre tordillo no salía de su galopito cortón a pesar del taloneo del jinete.

Aquel muchachito de once años se sentía deprimido montando un mancarrón, ¡él, que había decidido ser domador!

Cuando estuvo de vuelta corrió hacia donde estaba reunida la peonada para presenciar la doma.





Apadrinaba Rudesindo. Domador en su juventud, ahora, como capataz de la estancia, se reservaba esa tarea que requiere golpe de vista, destreza y serenidad. Su zaino era como luz para abalanzarse a impedir a los baguales irse contra los alambrados en su intento de librarse del jinete.

Una vez ensillado el potro, Rufino ordenó al peón que lo largase.

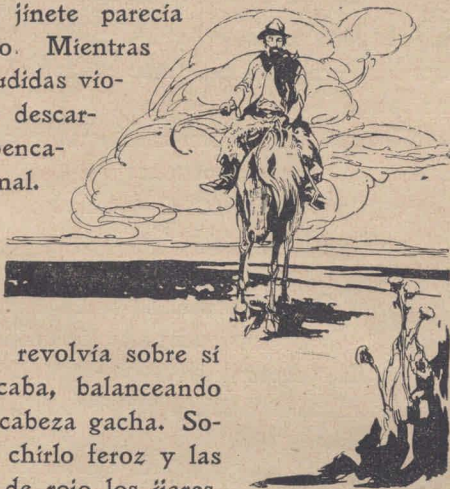
El colorado se levantó de un brinco. Su cuerpo era agitado por un fuerte temblor.

De un salto el domador estuvo sobre el recado.

El bruto al sentir el peso del cuerpo lanzó un bufido. Se encogió arqueando el lomo y metiendo la cabeza entre las manos. Una disparada brusca fué cortada por el zaino, que se interpuso, veloz. El bagual se levantó entonces sobre los remos traseros dando manotadas furiosas. Balanceó el cuerpo a derecha y a izquierda con bruscas sacudidas.

En vano. El jinete parecía pegado al recado. Mientras aguantaba las sacudidas violentas, su derecha descargaba sonoros rebencazos sobre el animal.

Al colorado le llameaban los ojos; la boca le espumaba. Se hacía un ovillo. Se revolvía sobre sí mismo. Se empacaba, balanceando el cuerpo, con la cabeza gacha. Sonaba entonces un chirlo feroz y las espuelas rayaban de rojo los ijares.



El potro, loco de rabía, se levantaba casi verticalmente, amenazando desplomarse sobre el lomo para aplastar al jinete; pero éste, alerta, haciendo prodigios de equilibrio, seguía castigando con rigor.

Los espectadores contemplaban mudos aquella lucha de coraje y de bravura. Pancho apretaba los dientes y contraía los brazos en imaginarias sofrenadas, mientras sus ojos seguían las diabólicas cabriolas del bagual y las rápidas evoluciones del zaino del padrino.

Corcoveando siempre, el colorado iba alejándose campo afuera. Un soberbio rebencazo, al tiempo que sonaban las rodajas, lo impulsó en una carrera frené-



tica. Ciego de furor, el animal desahogaba su rabia volando por entre los cardos del yuyal, y pegado a él el zaño del capataz, listo siempre para evitar una trastada del bellaco.

Cuando se perdieron de vista empezaron los comentarios entre los peones:

— ¡Bagual de ley el potrillo!

— ¡Jinetazo el mozo!

— ¡No hay bicho bellaqueador capaz de voltearlo!

No había transcurrido media hora cuando se percibió a lo lejos una nubecilla de polvo.

— ¡Ahí vienen!

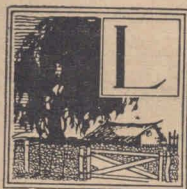
Instantes después Rufino desensillaba tranquilamente al colorado.

Sudoroso, vencido por la carrera y el castigo despiadado de la lonja y las espuelas, el potro se sometía, dócil, a la voluntad del domador.

Pancho, junto al palenque, miraba en silencio. La sangre gaucha le corría en las venas en oleadas de coraje.



## LA ESCAPADA



Los pastos se achicharran en los campos bañados por un sol de fuego. Sólo el grito estridente de alguna urraca que viene en busca de pichones de gorrión corta el sopor de la siesta desde las ramas de los paraísos.

Pancho está junto al palenque mirando al colorado que, con la cabeza erguida por la tensión de las riendas atadas al cínchón, masca continuamente. Aun no ha podido acostumbrarse al bocado de tientos retorcidos que lo martiriza.

— ¡Mocho! ¡Mochito!...

El redomón vuelve la cabeza y Pancho avanza una mano hasta el hocico.

— ¡Mocho!

La mano acaricia la frente, el pescuezo. Las palmadas suaves tranquilizan al animal y cesa el temblor de su cuerpo.

Aquel bagual arisco, aquel potro feroz que veinte días antes hubiera pegado un brinco al menor contacto, se deja palmea por el muchacho.



— ¡Mocho! ¡Mochito!...

Pancho dirige la mirada hacia el galpón.

Nadie.

Su corazón le golpea fuertemente.

¡Plantársele en el lomo a aquel potro bravo y demostrarle al padrino que él no es tan pichón como se cree!...

Vacila un momento. Luego, con la vista fija en el galpón, desata con precaución al colorado. Al ir a tomar las riendas, el potro sacude la cabeza y retrocede unos pasos.

Pancho se queda inmóvil, temiendo una espantada del animal, y mira otra vez hacia las casas.

Apoya en el estribo y de un brinco se sienta en el recado.

Levantando las manos, el pingo gira veloz sobre los remos traseros.

— ¡Mocho!...

Despacito, despacito, el muchacho lo conduce por detrás de las parvas. Cuando están en campo abierto, el caballo inicia un galope suave, elástico. Pancho respira profundamente como para desatar el nudo de emoción que lo sofoca.

Y el colorado, que parece comorender la escapada audaz del muchacho, resopla con fuerza, como si se le comunicara la contenida alegría que retoza en el cuerpo del jinete.

## LA VUELTA



EDIA hora de galope sin otra novedad que algún amago de espantada o de corcovo al pasar junto a un poste tirado o una mancha entre los pastos. Pero el jinete es gaucho y sabe lo que es un pingo redomón.

Pancho se siente capaz de seguir la tarde entera bajo el reverbero del sol, pero calcula que allá deben haber advertido la falta. Inclina el busto sobre el animal y dirige el galope tendido hacia las casas.

A medida que se va acercando se achica su ánimo.

¡La cara que pondrá padrino... él, que como capataz de la estancia no le admite a nadie una desobediencia!

La perspectiva de una reprimenda delante de los peones le amarga el final de la aventura. La punta del arrepentimiento empieza a penetrarlo.

Al tranco se llega hasta el palenque.

La siesta dura aún. Por lo visto nadie ha advertido nada.



Pancho respira con fuerza. Baja con cautela, ata al colorado, sujeta las riendas al cinchón y se encamina hacia el pozo. La sed lo devora.

Cuando vuelve al palenque encuentra al padrino que está contemplando el animal sudoroso.

— ¡Cómo suda este bicho a la sombra! ¿No te parece, Pancho?

El muchacho bajó la cabeza.

El capataz acomodó el apero, desató al redomón y puso un pie en el estribo. Al tiempo de partir para el puesto del «Bajo» dijo, como hablando consigo mismo:

— Si no fuera porque lo quiero mucho al zaíno me quedaría con éste. Buenazo el pingo; y no está reservado para nadie. Todavía no he decidido quien lo va a montar.

El tonito burlón del capataz acabó de convencer a Pancho. Había advertido la escapada.

El muchacho quedó clavado junto al palenque ¡No se enojó! — pensaba. Y hasta se le antojaba que el padrino se había sonreído.

Las últimas palabras seguían sonando en sus oídos: «Todavía no he decidido quien lo va a montar».

La lucecita de una esperanza vino a despejar su turbación, y un profundo suspiro dilató el pecho del gauchito.

Miró hacia el «Bajo». En ese instante caballo y jinete se perdían a lo lejos, entre los pastos altos.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE CHILE



*El truco  
de la mesa  
Dio Collivadino*



## LA HISTORIA DEL GAUCHITO



ANGRE gaucha! ¡Hijo de Fernando Arias había de ser! — va diciéndose el capataz, mientras cruza al galopito el pastizal del «Bajo».

No era la primera vez que Pancho daba prueba de su valor y habilidad. Desde pequeño, desde aquel día en que la muerte de su pobre madre lo dejó solo en el mundo...

Un tropel de recuerdos se agolpa en la mente del paisano. Piensa en su compadre Arias, gaucho leal y generoso, cuyo mayor orgullo era su mujer y su pequeñuelo. Recuerda la partida de truco de aquel día fatal, la discusión violenta, la ofensa grave, la palabra brutal que sublevó al paisano, el duelo sangriento en el cañadón solitario... la huida... la prisión... Luego la muerte de la pobre mujer desamparada. La infancia gris de Pancho, huérfano de afectos: su iniciación en las tareas del campo...

Ahora aquel muchacho de doce años, recio, sufrido, valiente, hecho a la vida dura de la estancia, constituye un motivo de orgullo para él. Él también había



quedado solo en el mundo en la lejana infancia. Los latigazos de la suerte adversa le habían amargado la existencia.

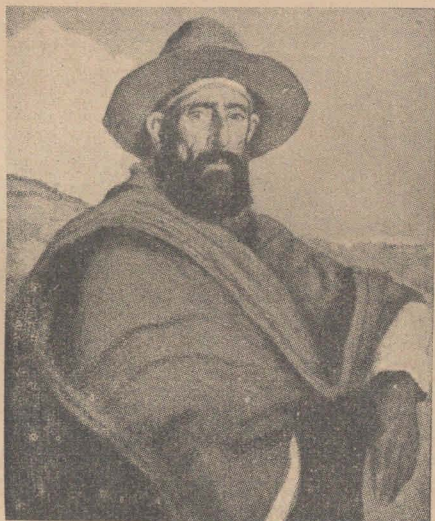
Cuando adoptó al huérfano, el paisano sintió que el cariño del pequeño le llenaba el corazón.

— ¡Sangre gaucha! ¡Hijo de Fernando Arias había de ser! — va repitiéndose.

Y la satisfacción dilata el pecho de Rudesindo, mientras el redomón sigue hendiendo el crecido pastizal del «Bajo».



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



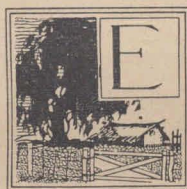
*"Capataz de  
Campo",  
 óleo de Jorge  
 Bermádes*





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MEXICO

## LA CARRERA



El colorado me gusta. Es más ligero quizá; pero yo no le tengo confianza al muchacho. Pancho es buen jinete, no digo; conoce bien a su parejero; pero Toribio tiene más experiencia en las carreras.

— ¡La experiencia! ¡La experiencia! Ya verás lo que es capaz de hacer ese mocoso de dieciséis años con su colorado.

— ¡Cancha, que vienen los pínos!

El rosillo de don Ciriaco viene montado por Toribio, el más experto jinete de la comarca según sentencian los paisanos que lo han visto cien veces llegar a la raya victorioso.

Pancho, montado en su colorado, retribuye, confuso, el saludo alborozado de sus compañeros de estancia. Ellos le tienen una fe ciega. Cuatro años hace que caballo y jinete se conocen.

Ha llegado el momento de largar.

Cesan las apuestas por un momento. El silencio es profundo. Los espectadores miran ansiosos, conteniendo la respiración.



Después de varias partidas, a la voz de ¡ahora! los dos caballos salen como bala. Un enorme griterío atruena los aires, y las voces de ¡rosillo! ¡Pancho! ¡Toribio! ¡colorado! expresan el entusiasmo de la muchedumbre.

El rosillo lleva medio cuerpo de ventaja, pero Pancho no se apura por eso. Lleva siempre a su caballo lo más pegado posible al flanco del contrario.

El tren es vertiginoso. Los brutos se enardecen. Pancho no castiga. Va hablando entre dientes a su colorado.

Falta una cuadra no más. Los partidarios del rosillo aclaman frenéticos al puntero, arrojando los sombreros al aire.

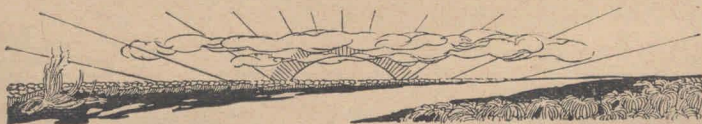
— ¡Mocho! — gritó Pancho, echado casi sobre el pescuezo del animal.

Y el pingo, como si hubiese estado esperando la voz, de un brinco se colocó parejo con el rosillo.

— ¡¡ Colorado !! — estallaron mil voces.

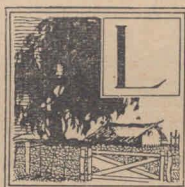
Fué un relámpago.

Un segundo después el colorado cruzaba la raya con un cuerpo de ventaja.



## POESÍA

Roberto J. Payró.



Los peones de la estancia, tendidos en el pasto al amor de las estrellas, iluminados a ratos por una ráfaga roja que relampagueaba en la cocina, fumaban y charlaban a media voz, con palabras perezosas, inconscientemente subyugados por la majestad suprema de la noche.

Una exhalación que cruzó la atmósfera, rayándola como un diamante que cortara un espejo negro, para desvanecerse luego en la tiniebla, fué el obligado punto de arranque de la conversación.

— ¡De qué difunto será esa ánima! — exclamó el viejo don Marto, santiguándose, una vez pasado el primer sobrecogimiento.

— Será de algún inocente.

Pancho, el aprendiz de payador, que andaba siempre a vueltas con la guitarra y se esforzaba por descubrir el mágico secreto de Santos Vega, agregó melancólico y penetrado:

— ¡Debe de ser! Las ánimas de los angelitos son



las más lindas. Parecen de luz más... caliente. Por eso se baila en los velorios para festejarlas... Esas no andan en pena ni se aparecen nunca... ¡Cuando se muere una criatura se va al cielo derecho, y ahí se queda!...

Entre amedrentado y risueño, don Braulio preguntó:

— Y los difuntos ¿se entretienen?

— ¡Y qué han de hacer!... ¡Tienen tanto tiempo desocupado! Ellos quisieran hacer lo mismo que cuando eran vivos, y correr, y bolear, y enlazar... Pero a veces no pueden porque tienen los huesos en la tierra... Pero saben venirse para un sí acaso... ¡Vamos a ver! ¿A que ninguno dice por qué sabe hacer tanto frío para el veinticinco de mayo y para el nueve de julio?

— No me hago cargo, — murmuró don Marto.

— Yo no sé, — confesó otro.

— No caigo en cuenta, — declaró don Braulio.

Pancho, triunfante, explicó:

— Porque para las fiestas se vienen todos los que pelearon por la patria, sin que falten ni los mismos muertos en los Andes, que son unas montañas altas así, de purito hielo... Y como son tantos... Por eso, en cuantito tocan el Hímnico Nacional, es un frío que da calor y que le corre a uno por el lomo.

— ¡Ah, “balaquiador” lindo! — gritó don Marto, no sin admiración reprimida. Y luego, con cierto

matiz respetuoso, alentador como un premio en labios de tal paisano, agregó:

— Y, diga don... ¿Qué se hace el ánima de las mozas cuando se mueren todavía tiernecitas?

La réplica inmediata de Pancho:

— ¡Qué viejo este don Marto!... ¿no ha visto un sí acaso los macachines como de oro, florecer que es un gusto por el campo, y todos con una frutita enterrada, igualita a un corazón, y como azúcar?...

— ¿Y los payadores... “decíme”?...

Pancho contrajo con esfuerzo los músculos de la cara, sintió en la garganta una especie de nudo, pero logró contestar como si alguien le dictara las palabras:

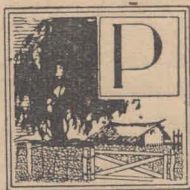
— Los payadores de ley,  
los payadores de veras,  
no mueren nunca, paisano,  
ní son ánimas en pena...  
¡siguen cantando no más,  
lo mismo que Santos Vega!...

Eran versos, inconscientemente medidos, y los lanzó con ritmo marcado y sentimental. A los otros les llegaron al alma.

Hubo un silencio prolongado y lleno de sensaciones... Luego, uno a uno fueron desgranándose los paisanos, saturados de la poesía total de la noche.



## EN LA YERRA



oco antes del alba se despertó la estancia.

Cada cual fué en busca de sus lazos, maneadores, marcas...

La jornada iba a ser dura. La hacienda era numerosa, arisca; pocas veces había visto corral.

Al churrasco siguieron unos cimarrones, y al salir el sol todos estaban en el limpión, frente al viejo corral de palo a pique. Las mujeres, de fiesta, sentadas en los raigones de un ombú, con tortas y empanadas.

Los niños, encaramados sobre las ramas bajas, esperan ansiosos el espectáculo.

El capataz, Justo y Antonio entran a caballo en el corral y, arreador en mano, a gritos y a pechazos apartan la novillada y se la largan a los que han de florear con el lazo.

Bríllan los ojos de los paisanos.

— ¡Venancio primero!

El animal sale como un turbión.

— ¡Ahora!

Sílba la trenza en el aire y aprisiona los cuernos.

— ¡Aguante el cimbrón!

El animal, detenido bruscamente por el lazo que lo amarra, se desploma en tierra.

Listos, los peones lo sujetan. El hierro candente chamusca el pelo, quema el cuero...

El novillo enloquece de dolor.

— ¡Ya está!

Una vez libre, el marcado se revuelca, se levanta e inicia una carrera atropellada ganando el campo.

— ¡Otro!





— ¡Píal de volteo!

— ¡A los cuernos!

Los ánimos se van enardeciendo.

Ahora le toca el tiro a Pancho. Ya ha declarado su píal.

Un torito malacara se lanza fuera del corral amagando embestidas.

Pancho se golpea la boca y tira el lazo.

— ¡Fuera!

La trenza queda tendida en el suelo como una larga víbora.

El yerro paraliza al gaucho. Las piruetas del animal son una burla sangrienta para el píalador.

Pero fué un instante no más. Con impulso salvaje el muchacho se lanza tras de la bestia, que ya había iniciado la carrera fuera del límpión; la alcanza, en un ímpetu de coraje se le cuelga de las aspas, le tuerce el pescuezo, la desequilibra...

Los ojos asombrados de los espectadores vieron rodar al toro y al hombre en una masa confusa.

Al despejarse la polvareda se disipó la angustia que atenaceaba las gargantas.

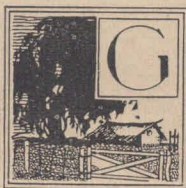
— ¡Ah, tigre!

— ¡Gaucho había de ser!

Y los paisanos corrieron, llevando la marca enrojecida hacia el lugar en que estaba tendido el bruto, dominado por la habilidad y el coraje del muchacho.

## EL FORASTERO

Martiniano Leguizamón.



GUARDA el toro!...

El toro, furibundo, se venía sobre el lazo con los cuernos bajos, persiguiendo al enlazador; pero el jinete, revolviendo el montado, esquivaba la embestida, y el animal pasaba huyendo, en medio de las burlas de los pialadores.

Detenido bruscamente en la carrera por un cimbronazo, se paraba de golpe; escarbaba el suelo aventando la yerba pisoteada; el burlón de la cola chicoteaba sus flancos; llameaba la córnea rameada de sangre y una baba espumosa le caía del bello palpitante.

Volvía el jinete a azuzarlo haciéndole víborear la trenza del lazo ante los ojos: el toro meneaba la cabeza amagando cornadas y arremetía bufando, y otra vez una tendida de riendas, un grito breve, y la diestra cabalgadura giraba veloz describiendo un círculo, y la cornada apuñaleaba el vacío. El lazo se estiraba crujiendo como una maroma; la res aprisionada se revolvía lanzando bramidos estentóreos, humillada, ímpotente, rendida en aquella admirable lucha de destreza y co-



raje con que el hombre burlaba su fuerza bruta y su fiereza.

De pronto cambió de táctica; se empacó. El gaucho aflojó entonces el lazo y empezó a acercársele presentándole el anca del caballo.

Estremecido el cuerpo de temblores, la mirada fiera, enhiesto el cerdoso testuz y las agudas astas amenazantes como la media luna de una lanza gigantesca, la bestia, inmóvil, resollaba jadeando.

Las risas y las burlas enmudecieron de repente. Los rostros cobraron un gesto grave de anhelosa expectativa.

Cada paso atrás del caballo acortaba la distancia. Vuelto el rostro hacia el animal, el jinete observaba sus movimientos sin pestañear, con el rendaje firme en la mano izquierda, arrollando el lazo en la derecha y las espuelas prontas para pinchar los ijares...

Transcurrió un minuto lento, angustioso, trágico.

— ¡Chá, chá, torito! — dijo la voz serena del enlazador, que resonó extrañamente en el vasto silencio.

El toro, emperrado, no se movió.

Crispado de espanto, con las orejas amusgadas y el cuerpo encogido, el dócil caballo reculó otro paso temblando.

Sobre el tramo de espacio que lo separaba del toro, la trenza extendida parecía un culebra.

Sonó de nuevo la voz: ¡chá, chá, chá... torito!...

Al fin la bestia acosada encogióse en los garrones,

bajó la cerviz, los ojos flamígeros se cerraron de golpe y atropelló.

Sonaron las rodajas al clavarse, haciendo dar un brínco al caballo, que se tendió a un costado, en el momento en que uno de los cuernos le hendía la cola arrancándole un mechón de cerdas.

El lazo se estiró echando humo al ceñirse en las astas con vío'ento tiron; oyóse un ruido seco, y la trenza, cortada junto a la argolla, serpenteó silbando en el aire y alcanzó al jinete, que en vano trató de evitar el chícotazo abrazándose al pescuezo del montado.

Líbre, la bestia embistió a los pialadores y los desparramó. Entonces se irguió bravía; las pezuñas rayaron el suelo levantando remolinos de polvo; el burlón de la cola le chícoteó las ancas, y sus broncos bramidos estremecieron las espesuras.

Dió un paso preparándose a concluir con el enemigo que allí cerca, atontado por el golpe, permanecía inmóvil, con el rostro intensamente pálido, veteado de surcos rojizos.

Más allá, sus compañeros a pie, impotentes para socorrerlo, contemplaban anhelantes la escena paralizada de asombro.

Como sí se gozara en prolongar la terrible agonía, el animal avanzaba lentamente olfateando a ras del suelo, erizados los pelos del cogote, el hocico empapado de espumarajos y las astas blancas de sol.



Acortábase la distancia; un tranco más y el toro estaba encima del jinete.

En ese momento otro jinete surgía de las espesuras del monte, y lanzando un alarido de desafío para atraer a la res embravecida, avanzó a media rienda blandiendo un arreador, mientras voceaba su reto vibrante:

— ¡Hop! ¡hop! ¡hop!

Y ante el grupo asombrado, cuando ya la bestia alcanzaba al herido para envasarlo, el jinete llegó y la pechó de través.

Hubo un choque violento, de rudeza salvaje: sonó un quejido sordo, y el toro y el caballo y el jinete rodaron confundidos en una polvareda.

Partió entonces un alarido de pavor. Luego otro de loca ansiedad hinchó los pechos de los espectadores.

El forastero se había enderezado esgrimiendo el facón, y atropellando a la bestia le sepultó la hoja hasta la empuñadura.

Balanceando la cabeza como atontado, el toro dió unos pasos trastabillando; las rodillas se le aflojaron; amagó todavía una cornada al vacío, blanqueó los ojos, y un cuajarón de sangre le ahogó el último rugido...

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



*Lana Colorado*  
*Oleo*  
*de*  
*Fernando Faders*





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MATEMATICAS

## LA MUERTE DEL TORO

Juan Carlos Dávalos.

### La volteada

Muge plantado en actitud bravía,  
ceñido el lazo del testuz adusto,  
y terco afronta con empaque augusto  
el asalto voraz de la jauría.

Hinca, dócil al puño que lo guía,  
el duro casco el alazán robusto,  
y píafa lleno de sudor y susto  
de la cinchada en la mortal porfía.

Y cuando el toro enceguecido y fiero  
botando espuma de repente arranca  
y la embestida poderosa cierra,

se címbra el lazo sobre el bramadero,  
y entre una densa polvareda blanca  
el cuerpo cae rotundamente en tierra.



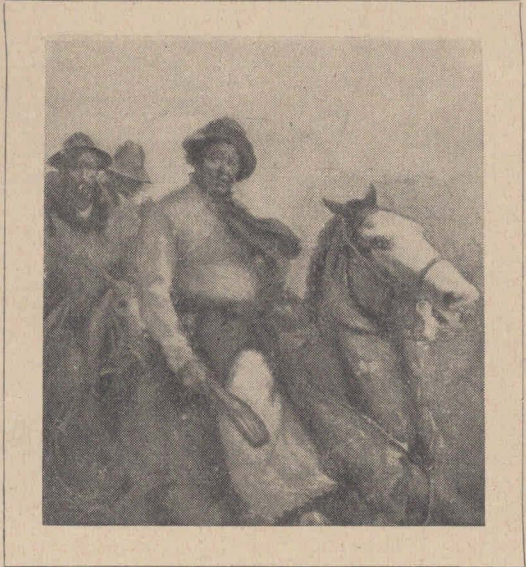
## La muerte

Y yace el bruto en la postura inerte  
con que el hombre mañoso lo invalida,  
la carne de cansancio estremecida  
y al fin tumbado el espínazo fuerte.

Nadie el espanto y el dolor advierte  
de la negra pupila entrístecida,  
donde tiembla la fuerza de la vida  
con la oscura zozobra de la muerte.

Después, ¡el estertor del hondo tajo!...  
Y el hombre indiferente en su trabajo,  
limpia la daga en la cerviz del toro.

La sangre por la herida borbotea,  
y un escuálido perro saborea  
el caudal rojo de vislumbres de oro.



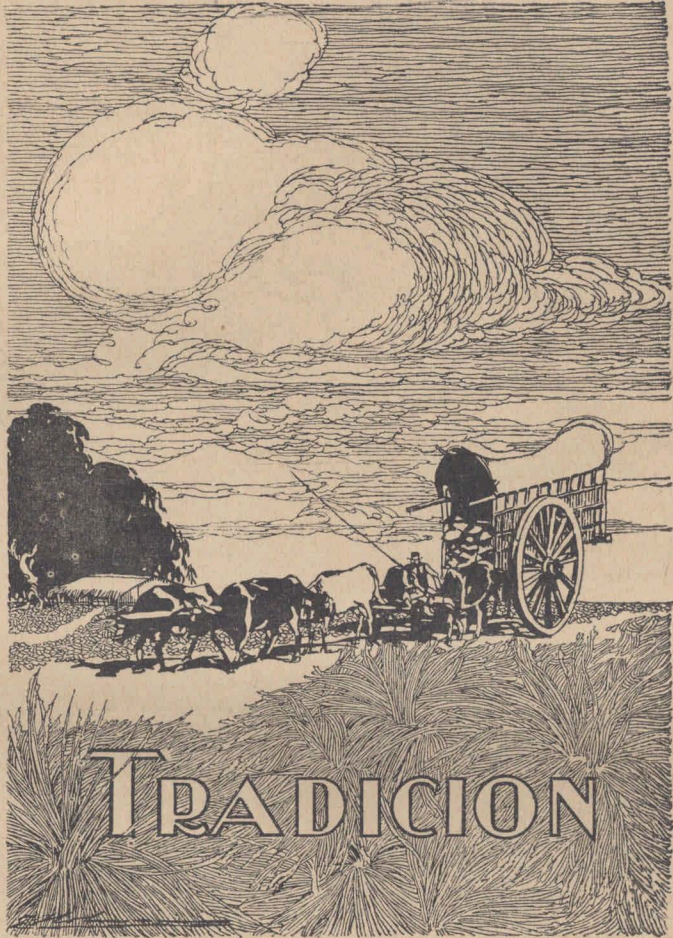
*"El baqueano"*  
óleo de Carlos  
Ripamonti







BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## TRADICIÓN

*Carreta criolla - La Carreta - El  
Rancho - El toro y la locomotora.*

*Yo soy la música vaga  
Que en los confines se escucha,  
Esa armonía que lucha  
Con el silencio, y se apaga :  
El aire tibio que halaga  
Con su incesante volar,  
Que del ombú vacilar  
Hace la copa bizarra,  
¡ Y la doliente guitarra  
Que suele hacerte llorar !*

Rafael Obligado.



## CARRETA CRIOLLA



VERME la pampa bajo la noche estrellada.  
La carreta avanza cabeceando por la interminable culebra de la huella, y el ojo amarillo del farol oscila lentamente con el parpadeo de un fantasma soñoliento.

— ¡Huella, huella, Barcino!...

La voz del boyero es un lamento que llena la noche, al que responde el quejumbroso chirriar de las pesadas ruedas.

Honda meditación grava la cabeza del buey delantero mientras guía por la huella conocida. En tanto, el pertiguero escucha las dolientes confidencias del paisano. Él conoce todos los secretos del boyero, a quien el destino tiene amarrado a un yugo también.

— ¡Huella, Barcino!...

Y el silbo tóbico del hombre de la picana víborea en la sombra.

★ ★ ★

¡Carreta criolla! ¡Tradición de nuestro suelo, que te arrastras perezosa a través de la inmensi-



dad de nuestras pampas, gimiendo por las grietas de tus maderos roídos, poblando de lamentos la noche callada!

¡Símbolo de una raza fuerte y resignada que allanó el camino del futuro rasgando la niebla de las soledades sin fin!

¡Quizá sea éste tu último viaje; tu viaje sin retorno!

Quizá tus ruedas no aguanten la violenta sacudida del próximo pantano, y quedarás clavada en medio del camino.

El tiempo esfumará las memorias que guardas bajo tu techo de cuero, y tu caja tumbada se poblará de fantasmas en las noches sin luna.

Los zorzales vendrán a llorar tu muerte, de madrugada, y el campo amanecerá mojado por el llanto piadoso de las estrellas.



## LA CARRETA

Héctor P. Blomberg.

Siempre al rayar las auroras sobre los campos, volvía con los bueyes melancólicos la solitaria carreta; algún pájaro dormido o alguna víbora inquieta entre las ruedas crujientes se despertaba y huía.

Siempre cantaba el boyero, mirando el sol que nacía, una canción en que su alma de gaucho errante y poeta volcaba todos los sueños de su nostalgia secreta sentado en la cruz del yugo. Y la carreta seguía.

Pero en una madrugada, fué en el tiempo de la yerra, — estaban tristes los cielos y estaba seca la tierra — pausados y melancólicos bajo el amor de un lucero,

volvieron solos los bueyes por el angosto camino familiar y polvoriento... Y allá en los campos de lino, junto a las parvas doradas, estaba muerto el boyero.

## EL RANCHO

R. Montiel Ballesteros.



PARA construir la casa del gaucho, Tata Díos no le ofreció ni piedras labradas, ni cal blanca, ni mármoles lujosos. Le previno:  
— Todo muere menos el dulce recuerdo del bien.

Y agregó un consejo:

— Hazlo hospitalario.

El criollo pensó:

— Un techo, unos terrones para preservarse de la intemperie, de la resolana, de la lluvia... Vamos a hacerlo como los pajaritos y los bichos de Díos.

Como el espínero, juntó palos; amasó barro, trajo pajas y alzó su vivienda imitando al bullicioso hornorito.

Tierra, maderas frágiles, hojas, cañas fugaces... Cosas para volverse polvo. Como nosotros.

Entre tanto, las cuatro paredes eran acogedoras; la sombra de la choza, cordial; reparador su fresco en el estío y grata su tibieza en el invierno.



Nació un ombú, para que bajo su sombra descansar las caballerías.

El perro y los teros anunciaron las visitas.

Y por allí anduvieron cantando zorzales, calandrias y mirlos.

\* \* \*

En un alba limpia y clara llegó un forastero: un niño rubio y bello.

— Entre, entre; ésta es su casa.

Era el Amor.

Un atardecer llegó un hombre encorvado bajo un fardo de herramientas.

— Adelante, amigo, aquí hay posada y un churrasco.

Era el Trabajo.

Ya oscuro, los visitó un prójimo flaco y pálido.

— Descanse, compañero.

Era el Dolor.

Y así fueron llegando el Alma del terruño, el Coraje, la Bondad, la Alegría, la Tristeza...

— Ave María Purísima.

— Sin pecado concebida...

Y el viejo saludo tradicional abría de par en par la puerta franca del hogar humilde.

Los huéspedes se aglomeraban en todos los rincones.

El criollo pensaba:

— No tengo miedo de que me estropeen la casa...

Es fácil de componer: amasar un poco de barro, cortar

paja brava en el bañado... Después mi hijo alzaré otro rancho y también dará posada al que la necesite, o una sed de agua, un mate o un bocado...

Ya no había nadie en la vivienda cuando, tras el anuncio de los terutereros vigilantes, se sintió un rumor de caballos.

De lejos, como con cierta desconfianza, saludaron:

— ¡Oh de casa! y siguió la súplica:

— ¿Se puede desensillar?, ¿dan posada?

El paisano salió y, lamentando dar una negativa, se disculpaba:

— No es mala voluntad, amigo, pero la casa es chica y está repleta... si se pueden acomodar por ahí afuera...

Entre los recién llegados alguien rezongó una interjección cruda, y se sintió el tropel de los matungos que se alejaban.

\*\*\*

Era el Egoísmo con su comitiva.

Por suerte, — o por sabios designios de Tata Dios, que multiplicó los huéspedes para que no cupiesen los indeseados — el Egoísmo fué el único que no encontró sitio en el rancho del gaucho.

## EL TORO Y LA LOCOMOTORA

Joaquín V. González.



IMPERABA en toda la hacienda un señor absoluto, con el nombre de Temerario: un toro negro-overo, de esbeltas, vigorosas formas y afiladas puntas, con las cuales había derribado y despanzurrado a muchos rivales, y asentado por tan sangriento modo su indiscutida personalidad.

Los demás seguíanle como a un rey y hacíanle coro a sus bramidos; y cuando, por rabia o por lujo de predominio, empacábase y comenzaba a echarse tierra sobre el lomo mugiendo y mirando con ojos torvos en torno suyo, no había cerco ni barrera que sujetasen a la turbamulta de los otros en su despavorida fuga.

Aconteció que unos ingenieros trazaron por el medio de esos campos una línea férrea. El Temerario púsose hosco y más bravo que nunca, como si aquella obra hubiese violado el sagrado recinto de su soberanía o cual si presentiese el fin de su prestigio. Él no se apartaba de las proximidades de la vía; y era que ha-



bía advertido un toro extraño, un Unicornio, que al caminar echaba negras bocanadas de humo y chirriadores chorros de vapor caliente.

La rabía le ahogaba al ver que todos sus súbditos se aterraban en presencia del monstruo y parecían olvidados ya de su valor, su pujanza y su destreza en la pelea, y para demostrárselos, atacó e hirió de muerte, sin motivo alguno, a más de media docena de toros de la comarca.

— Esto no es justo — atrevióse a decirle un anciano muy filósofo, tan venerable como indefenso — porque mientras ese toro desconocido nos amenaza y nos amedrenta, tú la pegas también con nosotros, en vez de defender nuestro terruño y nuestra antigua libertad doméstica invadidos por el extranjero, que ha hecho del uno su pasadizo y de la otra un estropajo, sin que ninguno de vosotros, que os pasáis la vida desangrándoos en reyertas fratricidas, haya sido capaz de alzar la voz en nombre de los derechos inviolables del dominio.

— Te juro, viejo gruñón, que ese toro nuevo no pasará más por este lugar, porque tendrá que



habérselas conmigo en lucha cuerpo a cuerpo. Ya veremos de qué le sirven sus herrajes, sus humazos y sus alaridos ensordecedores, y ya aprenderá a respetar la propiedad ajena y la paz de sus moradores.

Y, esto diciendo, se puso a marchar casi al trote y fué a situarse en medio de los rieles, sobre un terraplén aun no consolidado, y en el cual todavía no se formara el más leve tapiz de hierbas espontáneas. Iba a esperar al temido adversario, al usurpador, al misterioso Unicornio de metal, dispuesto a derribarlo de su vía de acero con un solo tope de su testa invencible.

El duelo iba a ser formidable; y con la emoción más intensa, en la que se confundirían la esperanza y el terror, todos los animales de la hacienda congregáronse en el anfiteatro de las verdes colinas y lomadas a presenciar aquel magno juicio de Dios.

Mientras el Temerario bramaba y arrojaba al espacio puñados de tierra arrancados por la dura pezuña de entre los travesaños de la vía, sintióse tras de los barrancos de una cerrada curva con marcada pendiente, el alarmado anuncio de la locomotora, que traía un largo





tren de pasajeros. Era imposible detenerla en tan corto trecho, y todo el esfuerzo se concentró en hacer el mayor ruido de pito y vapor, para advertir a la obcecada bestia de la inminencia del peligro.

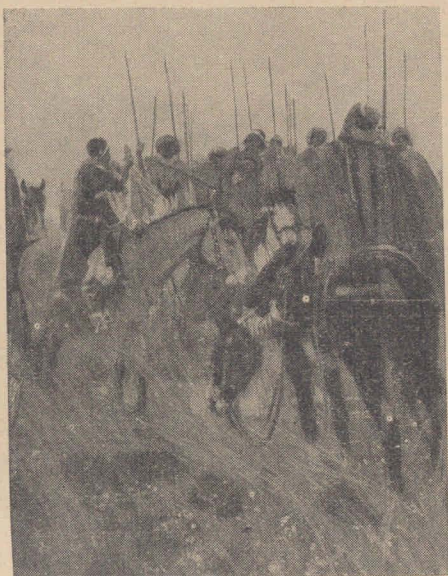
Un minuto más, y tanto los espantados viajeros del tren como los mudos espectadores de las lomas vieron, al primer contacto de la masa férrea con la ruda frente del Tenerario, rodar al suelo una masa informe de carne y de huesos entre una densa nube de polvo, mientras el incontrastable toro de hierro se perdía, con sus alaridos, herrajes y humazos, entre las sinuosidades rocosas del camino.

Dolorido coro de mugidos se levantó en torno del cadáver del mártir, cuyas entrañas humeantes y cuya sangre roja y cálida inspiraron al buey filósofo, que en silencio las contemplaba, esta triste, honda y resignada reflexión:

— ¡Qué estéril y qué ridícula resulta la resistencia del valor, del heroísmo y aun del martirio, cuando se alza en nombre de la rutina y de la barbarie, contra estas fuerzas nuevas, dóciles al genio del hombre!

Y esto diciendo, volvió a echarse a la sombra de su tala, rumiando, junto con su filosofía, un bocado de pasto tierno cogido al pasar...





*"Santos Vega"*  
acuarela de  
Mario  
Zavattaro





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS





## CAMPO ARADO

*Al arado - En una escuela rural:  
La invitación - La fiesta - La  
sorpresa - Loa a las gentes del  
campo.*

*... para nosotros, para nuestra  
posteridad, y para todos los hom-  
bres del mundo que quieran habi-  
tar el suelo argentino.*

Preámbulo de la Const. Arg.

## AL ARADO

Carlos Ortiz.

Noble arado: tú eres fuerte;  
Sí, más fuerte que la espada fratricida;  
Ésta mata, tú redimes;  
Tus conquistas son más grandes, más sublimes;  
Las cosechas de la espada  
Son cosechas de la Muerte,  
Tus cosechas son las mieses opulentas de la Vida.

Sí fulguran las espadas es que el odio las inflama;  
Y cuando odian se enrojecen  
En los trágicos encuentros de la guerra;  
Y tú brillas, noble arado, y tus rejas resplandecen  
Como espejos que ha bruñido la caricia de la tierra;  
De esa tierra que fecundas  
Con tu beso;  
De esa tierra que te ama,  
Porque sabe que en tus líneas paralelas y profundas  
Vas trazando la leyenda del progreso.

# En una escuela rural

## LA INVITACIÓN



o sea terco, don Vicente; ya le he dicho que por concurrir a la fiestecita de la escuela donde se educa su hijo, Ud. no traiciona a su bandera.

— Mire, señor Director: yo quiero mucho a esta tierra; yo aprecio la

escuela, y estoy orgulloso de que mi hijo aprenda a amar a su patria; pero... yo no sé... Cada vez que recibo su invitación para las fiestas del 25 de mayo o del 9 de julio, me vienen a la memoria las palabras de mi pobre viejo.

Cuando nos despedimos en la estación de mi pueblecito, sabíamos que no nos volveríamos a ver. Yo venía a la Argentina para establecerme definitivamente. Mientras me abrazaba, mi padre me dijo en voz baja: ¡Que Dios te acompañe, hijo mío; que seas feliz allá en América; pero no te olvides de la casa de tus pobres viejos, de tu aldea, de tu patria. ¡No te olvides de que eres italiano!...

Yo no dije nada. Lo estreché fuertemente entre mis brazos y subí al tren rápidamente.



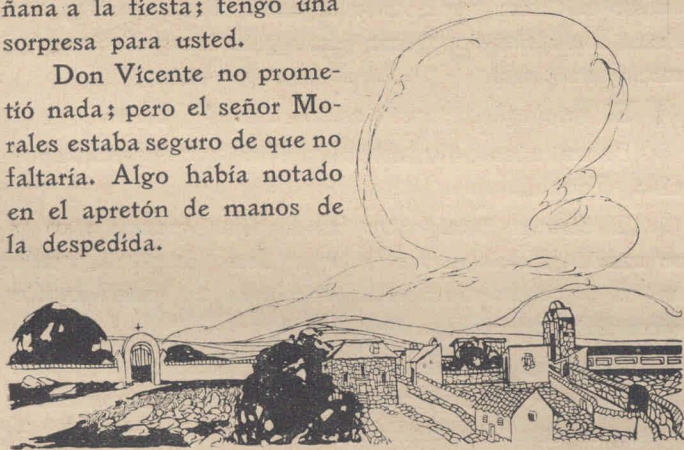
Cuando me asomé a la ventanilla para despedirme de mi aldea, el tren corría ya por entre los campos, y las casitas blancas estaban lejos; se veían pequeñas, como una majada de ovejas sobre la cuesta empinada.

Mis ojos, velados por las lágrimas, distinguían aún el pequeño cementerio, y el recuerdo de mi pobre viejecita... Bueno, señor director... ¿qué quiere que le diga!...

El señor Morales, que se había levantado de su sillón, posó la mano sobre el hombro del chacarero.

— Mire don Vicente; si yo no lo conociera a usted no insistiría; pero como director de la escuela y como amigo, le ruego venga mañana a la fiesta; tengo una sorpresa para usted.

Don Vicente no prometió nada; pero el señor Morales estaba seguro de que no faltaría. Algo había notado en el apretón de manos de la despedida.



## LA FIESTA



A fiesta estaba anunciada para las diez, pero antes de las nueve se veía ya un hormigúear de guardapolvos blancos alrededor de la escuelita. ¡Qué claro el cielo, y qué brillante el sol! Brillantes también los ojos de los chícuelos, y claras y argentinas sus voces y sus risas. Las niñas de primer grado parecían gallínitas pigmeas con copete.

El acto se efectuaría en el solar del frente.

Pocos minutos antes de las diez la campana anunció: ¡Formación!

El director miró entre las familias concurrentes y se sonrió. Había descubierto a don Vicente apoyado en un poste del alambrado, sombrero en mano, medio escondido entre el gentío.

Una vez cantado el Hímnico Nacional el señor Morales se dirigió a los niños. Con palabras sencillas, como si estuviera narrando un cuento, habló de la patria chica, del hogar, de los padres, del pueblo natal;



y de la patria grande, de la Nación, de la Patria inmortal, de la bandera azul y blanca...

En ese instante algunas miradas se dirigieron hacia arriba. En lo alto de la escuelita flameaba la bandera de la patria... y los mayorcitos recordaron los versos:

Azul un ala, del color del cielo,  
Azul un ala, del color del mar...

Antes de terminar, el director anunció que iba a tomar a los niños el juramento a la bandera.

Se hizo un momento de silencio. Todos los ojos estaban fijos en la puerta de la dirección.

Cuando el abanderado, seguido de un grupo de niñas de primero, apareció con la bandera desplegada, una atronadora salva de aplausos llenó los aires, al tiempo que una bandada de palomas blancas levantaba el vuelo desde el techo de una casa vecina.

Mientras la bandera era conducida hasta el pequeño altar improvisado, trecientas voces infantiles entonaron el



“¡Salve, Argentina!; bandera azul y blanca”...



## LA SORPRESA



El director miró hacia el lugar donde había visto a don Vicente. Los ojos del rudo labrador estaban fijos en el altar de la patria. Era Federico, ¡era su hijo! el que sostenía en alto la bandera azul y blanca.

Cuando lo vio aparecer con la carita radiante, empuñando con firmeza el asta bandera, el corazón del buen chacarero experimentó una fuerte sacudida.

La emoción se le anudó en la garganta al oír los aplausos, y escuchó como atontado el saludo solemne a la enseña nacional...

¡A su Federico le había correspondido el honor de sostener el sagrado emblema de la patria!

“La bandera blanca y celeste, Dios sea loado, no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra”...

Es la voz del director. Está leyendo la fórmula consagrada.

Don Vicente no oye nada; no ve nada. Las lágrimas que velaban sus ojos corren ahora por sus mejillas.

Vencido por la emoción, se aleja lentamente.

“Que flamee por siempre como símbolo de la libertad, objeto y fin de nuestra vida; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa”.

¡¡Sí, juro!! — prorrumpieron cien voces argentinas.

La respuesta vibrante estremeció los aires.

Don Vicente creyó oír nítidamente la voz de Federico. Levantó la frente con orgullo, ensanchó su pecho aspirando profundamente el aire de aquella fresca mañana de julio, y apretó el paso por entre los campos inundados de sol.



## LOA A LAS GENTES DE CAMPO

Romeo Murga.

Bajo la azul mansedumbre del cielo,  
sembrando granos o atando gavillas,  
o dándoles agua y amor a las flores  
pasan su vida las gentes sencillas.

Saben canciones antiguas y tristes,  
y en sus cansadas pupilas se queda  
la ancha visión de los campos de trigo,  
del llano blanco y la verde arboleda.

No hay inquietud que en sus almas florezca,  
no hay ilusión que les vende los ojos.  
Aman con clara ternura lo humilde:  
gleba y maleza, guijarros y abrojos.

Gozan con ávida unción de la sombra  
fresca y sutil de los árboles buenos;  
y en afanosa jornada reciben  
besos de sol en sus rostros morenos.



Y hacía el hogar luminoso y lejano  
por el camino de todos los días,  
al terminarse la dura labor,  
van con las ásperas manos vacías.  
Hacia el hogar luminoso y lejano  
por el camino de todos los días.



*"Los segadores",  
óleo de Lorenzo Gígli.*





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



# MESOPOTAMIA





## MESOPOTAMIA

*Carapachay - El camalote aventurero.  
De Corrientes al Atlántico - La muerte  
de Verdos'n - La inundación - Noche  
de angustia - Gerardo.*

*De las entrañas de América  
Dos raudales se desahucan:  
El Paraná, faja de perla,  
Y el Uruguay, faja de nácar.  
Los dos entre bosques corren,  
O entre floridas barrancas,  
Como dos grandes espejos,  
Entre marcos de esmeraldas.*

L. L. Domínguez.

## CARAPACHAY

Martín Coronado.

A lzada la esbelta proa,  
el agua en sus flancos ríza,  
y rápida se desliza  
como un cisne, mi canoa.

Los sauces, la cabellera  
sumergida entre las ondas,  
alzan murallas de frondas  
en una y otra ríbera.

En lechos de algas, mecidos  
por una brisa indolente,  
al paso de la corriente  
tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona  
el árbol al lado mío,  
porque ha empezado el estío  
a deshojar su corona.

A veces, furtiva, lanza  
un destello a la pupila  
una luz que tiembla, oscila  
y se extingue en lontananza.

Y a veces lejano suena  
un rumor, que hasta el oído  
llega claro, difundido  
en la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado  
de algún remo que voltea,  
ya es el ave que aletea  
entre el ramaje callado.

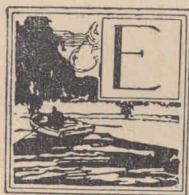
La noche está transparente,  
tibia, vestida de gala,  
y mi canoa resbala  
sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo  
de la madre ante la cuna,  
está mirando la luna  
el paisaje desde el cielo.



# El camalote aventurero

## LA CRECIENTE



NGANCHA tus raicillas a las nuestras, hijo; y agárrate fuerte, que la creciente no ha de tardar.

Así diciendo, el viejo camalote miraba paternalmente a Verdosín, mientras el jovenzuelo dirigía la vista lejos

de la ríbera del Alto Paraná.

Hacia tiempo se venía hablando, entre las plantas acuáticas del remanso, de la creciente que estaba por venir.

¡Tremenda la creciente! No sólo camalotes, sino islotes enteros arrastra en su empuje turbulento.

Pero Verdosín no sentía temor alguno. Había nacido con alma aventurera. Un camalote que se pasa la existencia en el remanso natal — se decía — no vive su verdadera vida. La quietud, la inmovilidad, están bien para los terrestres, agarrados al suelo con sus raígones. ¡Un camalote de fibra debe ver mundo!

Y vino la creciente.

Al principio la correntada no hizo más que mecer

acompañadamente las plantas del remanso; mas bien pronto comenzó la zozobra.

Conforme aumentaba el volumen de las ondas el ritmo se aceleraba, hasta que aquello se convirtió en una danza frenética.

El pánico cundió entre la población vegetal.

Las aguas, furiosas, zarandeaban despiadadamente a los pobres camalotes.

Muchos fueron estrellados contra la ribera; otros quedaban deshechos entre los juncos de la orilla.

Verdosín, imperturbable, capeaba con verdadera maestría las embestidas de las olas.

Desligado de sus vecinos desde el comienzo del desbarajuste, iba alejándose poco a poco.

Nadie oyó en el remanso el adiós del animoso camalote.

Las olas se entrechocaban, violentas, y las aguas se revolvían en un hervir de espumas.

Una vez fuera del remanso, Verdósín sintió el vértigo de los remolinos furiosos.

No perdió la serenidad, sin embargo. Poco a poco iba internándose río adentro. Deseaba ganar la corriente para iniciar su viaje. Un tronco de ceibo estuvo a punto de destrozarlo en su marcha veloz. Con una maniobra hábil Verdósín esquivó la masa arrolladora, y tras dura lucha se sintió en medio de la corriente.

Y ahora, ¡adelante! ¡A ver mundo!..

## DE CORRIENTES AL PLATA



El viaje de Verdosín fué largo. Horas interminables se sucedían una tras otra sin que el osado aventurero pudiese detener su marcha. ¡Cuántas veces le asaltó el deseo de aproximarse a la orilla a descansar un rato de las fatigas del viaje, a admirar de cerca los bellos panoramas que se extienden a lo largo del Paraná!

Pero ¿cómo sustraerse a la impetuosa corriente central que lo empujaba río abajo?

¡Adelante! ¡Adelante!...

Alcanzó a ver los campos inundados del Norte de Santa Fe; admiró las hermosas barrancas de Paraná. Cuando navegaba frente a San Lorenzo recordó la hazaña del comprovinciano, oída tantas veces, allá, en la quietud del remanso..., de aquel granadero cuyo arrojo salvó la vida del gran Capitán de América, ofreciendo la suya en sublime sacrificio...

Verdosín no podía detenerse. Ni siquiera podía distraer su mente con recuerdos placenteros. Era necesario estar continuamente alerta para esquivar los troncos y ramas flotantes, los remolinos traicioneros...



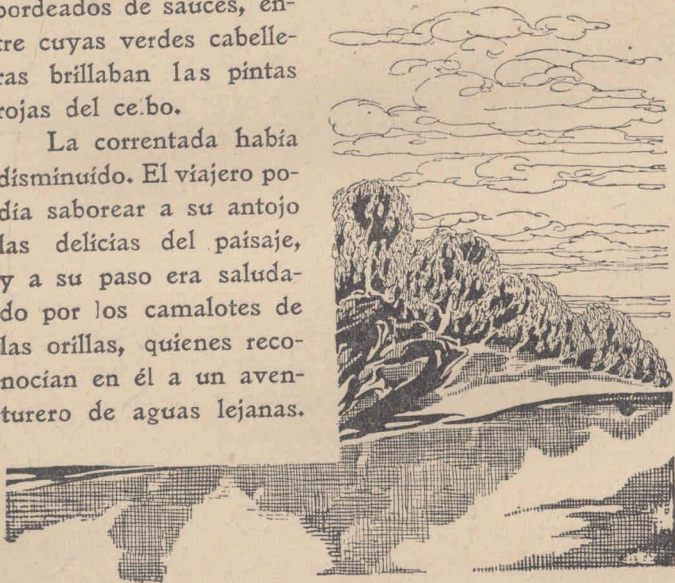
¡Adelante! ¡Adelante siempre!

Y llegó al Delta. Algo había oído él del Delta del Paraná; el tempe argentino, como le llaman.

Verdósín gozaba del espectáculo que se extendía ante sus ojos. Los efectos de la fatiga se disipaban ante la magnificencia que la madre naturaleza despliega en aquellas islas encantadoras, que el Paraná ciñe con sus brazos innumerables.

Muchas veces el curioso viajero se detenía, perplejo, antes de decidirse entre dos canales maravillosos bordeados de sauces, entre cuyas verdes cabelle-  
ras brillaban las pintas rojas del cebo.

La correntada había disminuído. El viajero podía saborear a su antojo las delicias del paisaje, y a su paso era saludado por los camalotes de las orillas, quienes reconocían en él a un aventurero de aguas lejanas.



## LA MUERTE DE VERDOSIN



CUANDO Verdósín entró en el Río de La Plata experimentó una impresión extraña. A la vista de aquel gran mar de agua dulce sintió un estremecimiento desde la punta de su raíz hasta las bandejitas de sus hojas carnosas.

No se acobardó sin embargo.

Siguiendo la margen derecha continuó navegando. Tigre, San Fernando, las coquetas barrancas de San Isidro y Anchorena, Olivos, Vicente López... ¡Buenos Aires!

Era de noche cuando cruzó frente a la gran capital. Al principio creyó que una hoguera colosal lanzaba sus resplandores contra las nubes. Las olas lo acercaron al balneario de la ciudad y quedó encantado de la profusión de luces.

De nuevo entró en las sombras.

Ahora empezaba a sentirse cansado. ¡Qué frío en medio de aquella vasta extensión desierta!

La danza sin tregua de las aguas aumentaba su desasosiego. El oleaje, cada vez más bravo, lo zarandeaba sin miramientos.

Cuando amaneció se encontró en medio de un verdadero mar alterado. La orilla no se divisaba.

Deshecho por las sacudidas violentas de las olas, el camalote sintióse desfallecer.

Advirtió que estaba próximo al océano, al terrible Atlántico...

Una amarga onda de savia subía por su tallo hueco.

Pensó en las aguas dulces y calientes de allá arriba; en los crepúsculos serenos; en el ambiente tranquilo y sosegado del remanso natal; en los viejos camalotes que lo vieron nacer... y lo invadió una pena profunda, una angustia inmensa.

Cerró los dulces ojos de sus flores azules, y se abandonó al oleaje.

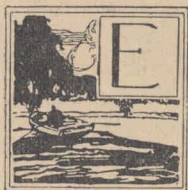
Estaba vencido.





# La inundación

## NOCHE DE ANGUSTIA



ESTEBAN Bermejo se había cruzado a la otra orilla para vender unos cueritos y unas plumas. Pensaba volver al día siguiente con el producto de la venta, que le permitiría pasar sin privaciones la mala época que se adelantaba. Él no creía que la inundación se vendría encima muy pronto, como aseguraban muchos.

Su mujer, en cambio, era presa de una inquietud extraña mientras contemplaba la canoa que se internaba en el río.

Las aguas seguían creciendo lentamente. Hacia el anochecer cubrían totalmente los juncos de las riberas bajas.

Josefa acostó a su hijita y fué a acallar al pequeño que lloraba en su cunita de mimbre.

Las horas transcurrían lentas aquella noche. La pobre mujer, de espaldas en el lecho, no podía conciliar el sueño.

Largo rato después de media noche creyó oír un rumor sordo. Prestó atención y percibió un suave chapaleo entre los pilares que sostenían la construcción en alto.

Abrió la puerta.



Las aguas, silenciosamente, habían llegado a la altura del rancho. Una masa negra se extendía en torno. El silencio de aquella noche sin luna era roto solamente por el chocar blando de las aguas contra la escalerilla.

La pobre mujer, aterrada, atinó a encender la lámpara. El haz de luz fué otra pincelada siniestra sobre aquel cuadro de horror.

El rancho estaba aislado, y las aguas subían, subían, tranquilas, cal'adas, como un ca'mo mar de tinta.

Muda de terror, la pobre madre comprendió que aun estaba a tiempo para salvarse. El agua le llegaría al pecho a lo sumo. Pero ¿y los chicos? ¿Cómo haría para sostener a los dos en alto y andar a tientas con el agua al cuello?

¿Gritar en medio de la oscuridad? ¿Y quién la oiría? Los ranchos de los otros pobladores estaban lejos, en los parajes altos. Y la pobre mujer recordaba los consejos dados a su hombre, cuando éste decidió construir el suyo junto a la orilla para estar más cerca de los lugares de caza de las nutrias.

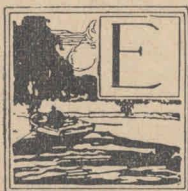
Las aguas avanzaban siempre, y los minutos transcurrían con una lentitud desesperante.

No faltaba mucho, sin embargo, para el alba. Un resplandor blanquecino se insinuaba en el oriente. Sería mejor esperar. Algún vecino al advertir la crecida se acordaría de ellos.

La tenue lucecita de una esperanza iluminó su alma sencilla, y postrada junto a la cuna de su hijito rezó con fervor. Las lágrimas resbalaban ardientes por sus mejillas, y abismada en la plegaría no sintió el frío helado de las ondas que lamían sus rodillas.



## GERARDO



El río se había colado en el rancho y sobre la superficie flotaban algunos trapos y cueros.

La pobre mujer, con el agua hasta la rodilla, permanecía junto a la puerta con los ojos fijos en las tierras altas.

El sol había salido ya y ni una canoa aparecía sobre la extensión tranquila.

El agua subía siempre. Pocos centímetros faltaban para que llegara a cubrir la cama donde aun dormía su hijita. El cesto de mimbre en que yacía el pequeñuelo estaba colgado más arriba.

Poco a poco las aguas se iban llevando las cosas menudas del rancho. Josefa no se preocupaba por lo que le robaba el río. El peligro que corrían sus hijos constituía la torturante angustia de la pobre mujer. Tomó a la nena en sus brazos y se asomó de nuevo.

¿No era una canoa aquel punto que se divisaba a lo lejos?

Sí; una diminuta embarcación avanzaba hacia el rancho. Josefa sintió circular rápidamente la sangre por

su cuerpo entumecido. La angustia que agrandaba sus ojos se trocó en riente esperanza.

¡Gerardo! ¡El pequeño Gerardo! ¡Gerardo Montiel!

Gerardo, con el brío de sus doce años lozanos, impulsaba vigorosamente la barquilla. ¡Si sabrían sus brazos lo que eran remos! Desde el año de la muerte de la madre en la inundación del 31 ayudaba a su padre en la caza y en la pesca por el río y los arroyos.

El muchacho había pasado solo la noche en el rancho, porque don Demetrio también había cruzado el río para vender unos cueritos. Al despertar advirtió la crecida, e inmediatamente pensó que podía haber personas en peligro. El recuerdo de la madre muerta en una inundación no se le borraba al pequeño.

Corrió a buscar la ligera canoita que utilizaban en los arroyos y se internó en las aguas.

Sólo emergían las copas de algunos árboles, y allá, entre el verde de unos sauces, se veía el techo del rancho de Bermejo.

— ¡Cuidado con las estacas, Gerardo! ¡Aquí, a un costado!

— Pierda cuidado, Josefa, que yo me sé de memoria todo esto. Déme la nena primero y luego alcán-ceme el pibe.

Cuando el sol estaba ya alto se vió en medio del río una canoa que avanzaba velozmente. Varios vecinos salieron al encuentro de Esteban para adelantarle la

noticia de que su mujer y sus hijos estaban en salvo. El ribereño pasó sin detenerse junto a su rancho sumergido y corrió a abrazar a los suyos.

Gerardo continuaba atendiendo el asado. Muy pronto llegaría el "viejo" y comerían todos con buen apetito.

— Ustedes se quedarán con nosotros hasta que bajen las aguas, supongo.

Esteban volvióse y miró en silencio al muchacho. Se acercó a él.



— ¡Gerardo!... — comenzó; pero no pudo seguir. Tomó al muchacho entre los brazos y lo apretó fuerte, fuerte, contra el pecho. Sólo las lágrimas del agradecimiento pudieron desatar el nudo de emoción que ahogaba el pecho del rústico ribereño.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



*"La venus del  
río", dibujo de  
J. Hohmann.*





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS





## NUESTRA TIERRA

*El cóndor - El bosque de Cochuna,  
La calandria - La fragata Sarmiento,  
Buenos Aires - Petróleo.*

## El Pampero

*Hijo audaz de la llanura  
y guardián de nuestro cielo,  
que arrebatas en tu vuelo  
cuanto empaña su hermosura  
¡Ven y vierte tu frescura  
de mi patria en el ambiente!  
¡Ven, y enérgico y valiente,  
bate el polvo en mi camino,  
que hasta soy más argentino  
cuando me azotas la frentel*

Rafael Obligado.

## EL CÓNDOR

Carlos B. Quiroga.



EL cóndor es el ave que ha nacido para el vuelo, para unir con la franja oscura de su vagancia celeste cumbre y cumbre, montaña y montaña, confín y confín. Ha nacido para surcar espacios altos y azules, para ampliar ilimitadamente el círculo fantástico de sus horizontes con el empuje de su ala y la penetración, única en el mundo, de su vista.

El cóndor es el ala privilegiada y sola que se atreve a todo riesgo y supera todo obstáculo.

Vuela todo el día, desde la primera luz del alba hasta el anochecer.

La mitad de su vida, por lo menos, la pasa volando. Surca altísimos cielos para satisfacer su destino, para complacerse en su mecimiento del azur.

Es el arquetipo del volador.

Cuando lo sorprende el huracán en el espacio, no le cede la extensión que surca, sino que lucha a rudos aletazos con la racha rebelde, la doma, rasga el aire y va adonde se propone. Que él no consiente en ser do-

minado o coartado de ninguna manera en el espacio. Cumple su destino con caudalosa potencia.

Durante sus largas jornadas azules deja, para mayor grandeza, sus polluelos al cuidado del precipicio.

— ¿Quién es el guardián de su vida?

— La inmensidad.

— ¿Quién cuida su nido y su prole?

— El abismo.

Anida por encima de todos los hogares, de todos los nidos. Su vivienda es la primera en recibir la luz del alba; la última en anochecer. Sus noches son las más cortas del mundo, y sus días los más largos y espléndidos de luz.

El cóndor carece de grito, carece de canto. Él canta en su vuelo. Cuando une pico y pico con la franja oscura de su cuerpo, en amplia abertura de alas y en un deslizamiento ritual por el cielo de América, su vuelo es un himno al sol, a la divinidad y al espacio sin límites.





"El cóndor"  
Uno de los cuatro bronces del monumento  
"A los dos Congresos" - Buenos Aires





## EL BOSQUE DE COCHUNA

Fausto Burgos.



ARAVILLOSO es el bosque de Cochuna,  
en la montaña tucumana.

Un cielo azul ultramarino. Un tem-  
ple grato en la sombra.

Los cerros están cubiertos de bosques.  
Árboles y árboles, antiguos, altísi-

mos. Y ni una piedra en los suelos muelles y negros

Echamos a andar por una de las cuestas del bos-  
que de Cochuna. Parece que los cochamolles, los ce-  
dros, los nogales y laureles y la tierra vibraran, mien-  
tras ruedan y saltan entre los pedrones las limpias  
aguas del Cochuna bravío.

El rumor bríoso, juvenil, de las aguas limpias, es-  
pumosas, se derrama como un aroma animador entre  
los helechos altos como arbustos y por entre los co-  
chamolles, cedros, virarós, lanzas y nogales. El bosque  
tiene aquí su eterna canción de primavera, armoniosa,  
cambiante como la luz, animada por los vientos cum-  
branos, ¡como si el río fuera el alma antigua del bosque!

Mariposas gráciles de alas azules, de alas rojas con  
lunares negros, amarillas y blancas mariposas se asien-



tan en las manchas de oro que el sol pone en los caminejos del bosque.

De más adentro, de arriba, de donde la cuesta parece quebrarse, viene el trino plácido de las reinamoras y el canto dulce de los chalchaleros, el grito de las urracas azules y de pecho amarillo y el parloteo de los loros calancates, pruebistas y colílargos.

Pero la canción continúa del río, alma del bosque, es más honda, más bríosa, y se derrama como el aire, como la luz; sus aguas inquietas, precipitadas, frías y dulces, que echan su polvo irísado encima de los pedrones, atraen a los pájaros, a los insectos, a las fieras.

Este cochamolles de cuya sombra gozamos, sombra ancha, que se une con las sombras de cedros y laureles y de otros cochamolles altos de cincuenta y tantos metros, este cochamolles es un viejo lleno de bondad. ¡Qué tronco el suyo! En su cáscara rugosa y húmeda hay tierra negra que trajo el viento, tierra para toda una flora.

En las grietas de la cáscara viven ciempiés ariscos, babosas indefensas, caracoles lentos, arañitas blancas, coleópteros de vistosos élitros. ¡Cuántas vidas en un árbol viejo y verde!

La canción bríosa del río montañoero se derrama a los cuatro vientos. Es la canción juvenil y eterna de las aguas de nieve; es la gloriosa canción de los torrentes que saltaron las vallas de los pedrones. Y el bosque se anima al recibirla en la amplitud de su seno misterioso.

## LA CALANDRIA

Luis L. Franco.

Canta la hija de la aurora,  
La multilingüe criatura  
Que inaugura  
El día, la inspirada cantora  
De los celestes alegros,  
La reina de los ojos negros.

Busca las ramitas ralas,  
Oscila, baja la cola,  
Entreabre las alas.

Le palpita  
La maravillosa gola;  
Salta a un gajito seco,  
Y entrecerrando el pico, quietecita,  
En mágico silencio se abisma  
Como escuchando gozosa  
En melodiosa  
Intimidad su propio eco.

¿Canta para sí misma?  
Y es un trémolo de fruición  
    Vivísimo,  
Y una pausa profunda,  
Y un pío clarísimo.  
Una pausa todavía,  
Luego el suspenso corazón  
    Se inunda  
De un irisado arroyo de melodía...

Y el grito  
Del benteveo,  
Y el gorjeo  
Del cardenal,  
Y el pío  
Del zorzal,  
Y el flauteo  
De la perdíz,  
Y el chillido  
De la golondrina  
Y el píar feliz  
De los polluelos  
En el nido...

Todo se oye en la canción divina:  
¡Oh fiesta bajo el reino de los cielos!



## LA FRAGATA «SARMIENTO»

Dionisio R. Napal.



U arboladura ha escuchado en las jarcias los alaridos del viento y los bárbaros acordes del ciclón, y ha crujido en medio de los turbiones que levanta el abismo.

Los vientos glaciales, los chubascos opacos, las nieves arrachadas, las brumas lívidas que ocultan el sol semanas enteras, los balances acentuados, las olas enormes que alcanzan a cubrir el castillo, y el entrar, después de varios días a la capa, en zonas de tempestad con todo su cortejo de rolidos, mojaduras y riesgos continuados, han servido para poner de manifiesto las maravillosas condiciones maríneas de la fragata y el acendrado espíritu de disciplina de su tripulación.

Jamás olvidará el guardiamarina de la "Sarmiento" el cuadro alucinante del líquido convulsionado, que se alza en montañas para derrumbarse con amedrentador estruendo, mientras la nave parece por momentos hundirse en el abismo.

El carácter altivo y temerario de los nautas de antaño renace en el alma de los jóvenes marinos. La atención frente al peligro, el esfuerzo en lucha con los elementos, el sondear la sombra impenetrable, la vida del buque y su gente confiados a su custodia, la inquietud del piélago, soberano de grandeza, todo contribuye a templar el corazón y fortalecer el ánimo. Y se piensa, entonces, naturalmente, en la soledad, en la distancia, en la miseria, en las tempestades y en la incertidumbre que debieron vencer, vibrantes de fe y de audacia, los argonautas de la conquista.

\* \* \*

Desde el puente el esquilón va sonando las horas. La noche es plácida. El celeste palío está poblado de estrellas. Penetrado de su dulce resplandor, el marino recuerda con nostalgia las bellezas del terruño. Y frente



a las civilizaciones extrañas que lo sorprenden pero no interesan su corazón, evoca la fortaleza esencial de la patria ausente, y siente brotar de lo íntimo del alma, vigorosa y sagrada, la inefable dicha de ser argentino.



## BUENOS AIRES

B. González Arrili.

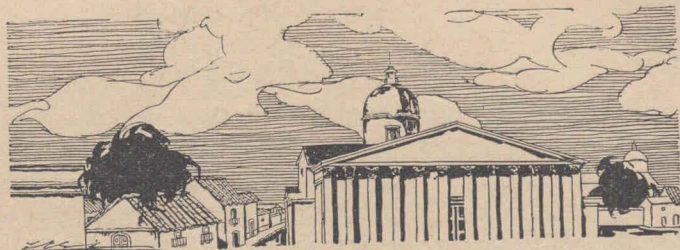


UANDO el cambio de sistema de gobierno expulsó al último Sr. Virrey, y la ciudad, junto con el país, comenzó los dolorosos y sangrientos ensayos del gobierno propio, Buenos Aires no era más que una aldea. Esa es la verdad: la capital del Virreinato del Río de la Plata era una aldea. Pese al nombre sonoro y cascabeleante, no había plata. Para hacer un paso sobre el Maldonado, camino de San Isidro, los señores cabildantes debieron prestar dinero de su peculio. En la esquina de la Catedral—actual diagonal Norte, Rivadavia y San Martín—existía un famoso pantano en el que naufragó, sin salvación posible, algún lechero a caballo.

Aquella aldea, muchos años después, asegurada ya su vida política después de caída la tiranía de Rosas y los rosistas—peores éstos que aquél—, aquella aldea progresó algo y mereció el bien ganado título de “La Gran Aldea”.

Fué necesario aguardar la llegada de la hora. Fué necesario esperar hasta 1880, hasta 1890...





Después de esas fechas comienza, tímidamente, a transformarse la ciudad para convertirse en la urbe que esta parte de América necesitaba.

Buenos Aires — hay que subrayar — *no tiene todavía cuarenta años de edad*. He ahí lo extraordinario: en menos de cuatro décadas se ha hecho a Buenos Aires.

Guardaba en sus entrañas fuerzas tan considerables como desconocidas. Venía gestándose desde la época en que fué la capital del virreinato más pobre y lejano. Venía nutriéndose de aquella llanura oceánica de la pampa y de aquel formidable río que se abre en pampa frente a su puerto. Venía formándose en espíritu desde la chatura colonial, la revuelta emancipadora, la anarquía de los caudillos, la sangre de la tiranía, el romanticismo de quienes supieron bien amarla, hasta la hora magna de su revelación, resultando tan grande su grandeza, que no la soñaron ni Rivadavia ni Sarmiento, los videntes argentinos que más fabuloso pronosticaron el porvenir de esta “nueva y gloriosa nación”.

## ¡PETRÓLEO!



ORRÍA el mes de diciembre de 1907. El ingeniero Fuchs examinaba un puñado de tierra negruzca junto a la perforación. Desde que había desembarcado en aquellas desoladas llanuras arenosas, los esfuerzos del técnico alemán en procura de agua para Comodoro Rivadavia habían sido vanos.

Humberto Beghín, destacado también por el Ministerio de Agricultura en aquella localidad como ayudante del ingeniero, hacía funcionar incesantemente la perforadora.

Aquella tarde llevaban muchas horas de tarea bajo el sol que reverberaba en el llano arenoso.

— ¿No siente un cierto olor a betún, señor Fuchs?

— Precisamente por eso estaba examinando esta tierra negra. Actíve la perforadora; veamos más abajo.

Después de un rato, el técnico tomó un nuevo puñado de tierra y sintió más penetrante el olor.

— Esta tierra está empapada de petróleo...

Y en el mismo instante, un chorro negro y espeso surgió de improvísio.



— ¡Es petróleo!; ¡petróleo!, gritó también el argentino.

No había duda. El olor característico de aquella masa semilíquida denunciaba de lejos que era una mezcla de tierra y petróleo bruto.

— ¡Petróleo! ¡Petróleo!

El grito se extendió por la árida región. La noticia corrió en alas del viento. El telégrafo llevó la fausta nueva a la gran capital, y empezó la peregrinación, la avalancha humana hacia el lejano Sur.

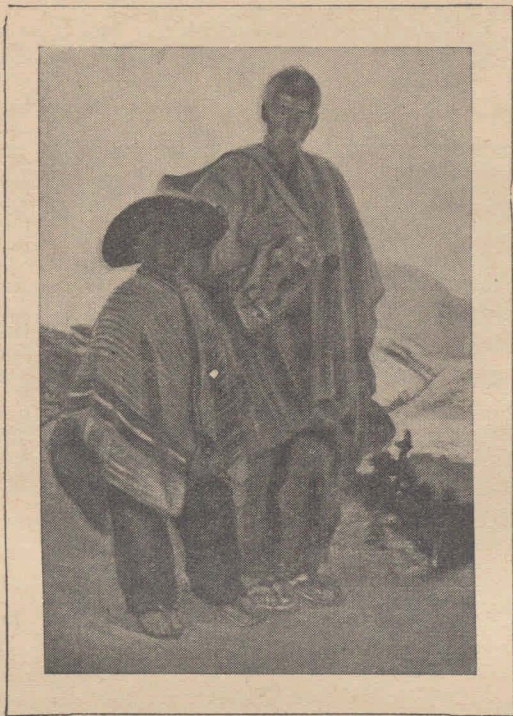
La ribera solitaria se pobló. Sobre la extensión interminable surgieron como por arte de encantamiento infinidad de torres, y los pozos empezaron a vomitar sin descanso el precioso líquido.

La triste soledad de aquellos campos yermos, castigados por el viento implacable, se pobló de galpones, de tanques, de casas. Un hormiguar afanoso de hombres que horadan sin cesar, un rumor de bombas que vacían las entrañas de la tierra es hoy la vida de Comodoro Rivadavia y sus alrededores.

Y en medio del trabajo febril, de la actividad incesante de aquel emporio portentoso, se diluye y se pierde poco a poco el recuerdo de aquellos dos modestos servidores del progreso, elegidos por la Providencia para anunciar la buena nueva a todos los ámbitos de la República.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



*"Tata Tintilay"*  
óleo de Miguel  
Petrone





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



DEL  
PASADO

*W. G. B.*





## DEL PASADO

*El secretario de la Primera Junta - La madre del héroe : Ignacio Funes - El encuentro - Visiones de gloria - Reunión en lo de Escalada - En lo de Escalada - La Montonera - Barranca Yaco.*

- ¿ Te llamas la Argentina ?  
— La Argentina.  
— ¿Cuál es el nombre de tu madre ?  
— Gloria.  
— ¿ Tu raza fué ? ...  
— Mi raza fué divina.  
— ¿ Quién te lo reveló ?  
— La Musa Historia.

Roberto J. Payró

## EL SECRETARIO DE LA PRIMERA JUNTA

(Moreno, el escribiente, el oficial mayor.)

(Noviembre 13 de 1810)



BUENOS días, señor secretario.

— Buenos días; ¿no ha venido el oficial mayor?

— Aun es temprano; don Manuel llega siempre a las nueve en punto. Hace un momento vinieron esos se-

ñores que reclaman contra las medidas adoptadas...

— Ya le he dicho que despida sin más trámite a esos importunos. Si fuéramos a emplear el tiempo en atender quejas...

— Así lo hago siempre, señor. Ahí llega don Manuel.

— Buenos días, doctor Moreno.

— Buenos días; ¿terminó el oficio?

— Sí; ya está preparado. Ayer a última hora concluí también los expedientes del abastecimiento de las tropas del Norte.

— Bien.

— Hoy a las diez vendrá el señor Quesada para hablarle. Quiere hacer una donación de libros para la Biblioteca Pública.

— Le dirá que me espere en caso de que a esa hora yo continuase ocupado con el oficio para Castelli.

— ¿Fusilamientos?

— Sanz, Córdoba y Nieto; es inevitable.

— ¿No hubo resistencia en la Junta?

— Cuando se trata de proceder con energía siempre surgen los tímidos. Lo mismo sucedió con el asunto de Cabeza del Tigre.

— Con permiso... Doctor Moreno: llegaron estas pruebas de «La Gaceta». El joven que las trajo espera los originales del primer editorial.

— Dígale que antes de mediodía pasará yo mismo por la imprenta. Haga dos copias de estos decretos, don Manuel; quiero publicarlos en este mismo número de «La Gaceta».

— “...porque ningún argentino, ni ebrio ni dormido, debe tener impresiones contra la libertad de su patria...” ¿Y cuándo aconteció todo esto?

— En el banquete de anoche. Si no fuera porque me aseguran que estaba ebrio, no sería el destierro la pena para el capitán Duarte... En cuanto llegue el Presidente se los lleva para la firma. Voy a preparar el oficio para Potosí y a dar una ojeada a estas pruebas.

— ¿Y el asunto de las recaudaciones?



— Lo dejaremos para esta tarde. Antes de esta noche deben quedar resueltos todos esos expedientes menudos. A propósito: ¿vino ese señor a quien citamos ayer?

— Aun no compareció.

— Con permiso... Doctor Moreno: una comisión de caballeros desea hablarle.

— Ruéguales se sirvan volver esta tarde. Ahora estoy sumamente ocupado y espero a otras personas para conferenciar.

— Muy bien, señor.

\* \* \*

Y así todos los días, todas las horas, todos los minutos. Aquel hombre de hierro, aquel incansable director de los asuntos públicos se prodigaba entero al servicio de la patria.

Manejaba con asombrosa lucidez todos los hilos; ponía en juego todos los resortes; sólo, prescindiendo de todos; enérgico, autoritario, absorbente.

Nadie sirvió la causa de Mayo con más honda fe, con más luminosa conciencia, con voluntad más inquebrantable.

¿Qué importa si el océano había de tragarse bien pronto a aquel luchador formidable? Antes de bajar a la tumba inmensa, aquel timonel gigante había impreso a la nave de la Revolución el rumbo definitivo.

# La madre del héroe

IGNACIO FUNES



El primer día que los clarines del ejército libertador llamaron a los patriotas a las filas, Ignacio Funes se alistó entre los "Decididos de Salta", cuerpo de caballería que regó con sangre generosa los campos del Norte.

Después del desastre de Huaquí, Pueyrredón, que había asumido el mando para organizar la retirada, necesitaba ganar tiempo. Los realistas avanzaban triunfalmente a través del territorio desguarnecido, y era necesario detenerlos. Inútil pensar en una resistencia; sería un sacrificio estéril de vidas, tan preciosas en aquellos momentos de angustia.

Se imaginó un ardíd. Un soldado, con un parte falso, debía dejarse apresar por la vanguardia enemiga. El parte engañaría a Tristán, haciéndole creer que un grueso cuerpo de ejército avanzaba desde el Este, amenazando caer sobre el flanco izquierdo de los españoles.

El salteño Ignacio Funes, conocedor experto de



aquellos valles y quebradas, fué el encargado de la comisión.

El muchacho sabía que la muerte iba a ser el premio de su hazaña, pues sería fusilado inmediatamente por el enemigo una vez descubierto el ardíd; pero no en vano aquel criollo había ganado las jinetas de sargento en Suípacha. Si la salvación del ejército de la patria dependía del sacrificio de su vida, ¿cómo iba a regatearla en aquella aventura que lo cubriría de gloria, si la había expuesto ya tantas veces en los entreveros confusos de los combates?

.....

Cuando Tristán, burlado y desorientado por el parte engañoso, mandó





por el prisionero para hacerle pagar cara su hazaña, el sargento Funes había desaparecido. El centinela que lo custodiaba fué hallado maniatado, sin uniforme y sin armas. Junto a él estaban las ropas del criollo.

El bando de muerte del general realista no infundió miedo al prófugo, y eran siempre de Ignacio Funes los informes más precisos y minuciosos que el comando del ejército argentino recibía sobre los movimientos del enemigo a medida que se efectuaba la retirada. La audacia del criollo llegaba al punto de pasar a espaldas de las patrullas de la vanguardia española, colándose por entre los ocultos desfiladeros de las sierras.

Una tarde su buena estrella lo abandonó. Le balearon el caballo y fué hecho prisionero.

Algunos soldados recordaban la fisonomía del prófugo, pero el criollo negaba rotundamente su verdadero nombre para evitar el fusilamiento inmediato.

El gauchaje tucumano se estaba organizando para presentarse al general Belgrano, nuevo jefe de las fuerzas libertadoras, y pedirle se hiciera frente a los realistas en Tucumán. Funes sabía esto, y su corazón le anunciaba un próximo triunfo de las armas libertadoras.

La esperanza sonreía a aquel indómito salteño aun en medio de la obscuridad del calabozo.

## EL ENCUENTRO



FUE un oficial subalterno, un criollo del Cuzco al servicio de los realistas, quien sugirió la idea de hacer comparecer a la madre de Ignacio Funes. El encuentro de la anciana con el prisionero despejaría la duda sobre la identidad de este último.

La pobre señora, enterada a medias y confusamente, entra en una estancia baja y oscura donde se hallan varios oficiales en torno de una mesa.

— ¿Hace mucho que su hijo sirve en las filas de los insurgentes?

— Desde el año diez — responde con firmeza la interpelada.

— ¿Sabe del bando que ordena su captura y su muerte?

— Sí, me he enterado.

— ¿Ha tenido noticias de él últimamente?

La anciana comprende que es menester desorientar a aquellos jueces implacables. ¿Sería su Ignacio el prisio-



nero? Si así fuese, la prueba de su identidad decretaría el fusilamiento. Con entereza responde:

— Sí; sé que está en Tucumán, camino de Buenos Aires, a la vanguardia del ejército en retirada.

— ¿Está usted segura?

— Segurísima.

— Que pase el prisionero.

El centinela sale para volver un momento después.

Detrás del soldado la anciana reconoce una silueta que avanza con dificultad. Ignacio Funes viene engrillado. Al principio no comprende bien, pero cuando reconoce a su madre un estremecimiento recorre su cuerpo; piensa que la pobre anciana no podrá sobreponerse

a la emoción, y jugando el todo por el todo, en el momento mismo en que se adelanta hasta la mesa ruge sordamente:

— ¡Ya les he dicho que yo no me llamo Ignacio Funes! ¡Basta de comedia!

La pobre señora, que hasta ese momento no había vuelto la mirada en su esfuerzo terrible por dominar el corazón que quería saltársele del pecho, fué sacudida





por el tono áspero y viril de aquel hijo suyo, de su Ignacio, de aquel héroe cuyas hazañas había oído contar como cosas de leyenda.

— ¡Señora! — habló un oficial —, ¿no reconoce usted a su hijo?

La madre volvió la cabeza lentamente evitando el encuentro de las miradas. Su ojos se fijaron primero en los pies engrillados, luego en las manos amarradas, aquellas manos que ella había enseñado a juntarse en oración; se atrevieron después hasta el pecho del prisionero. Aquella figura de varón fuerte animó a la vieja salteña, y con audacia clavó su mirada en el rostro rígido del hijo.

— Este no es mi hijo, señor oficial; usted está confundido.

— Fíjese bien, señora; muchos soldados reconocen en él al prisionero evadido antes...

— ¿Pero usted cree que no reconocería a mi hijo?

Y en ese momento volvió el rostro porque sentía que su ánimo empezaba a flaquear.

El muchacho permanecía impassible. El rostro se



le había puesto intensamente pálido por el esfuerzo sobrehumano con que contenía su ansia loca de correr a estrechar a su heroica viejecita.

Los españoles, confundidos, ordenan al soldado que se lleve al prisionero.

La anciana tiene los ojos fijos en las baldosas rojas del piso. Cada paso arrastrado del hijo que se aleja es un estrujón violento para su pobre corazón que sangra.

La voz del oficial que la despide le llega lejana.

Aquella madre dolorosa, embotados sus sentidos, sintiendo un vacío horrible a su alrededor, se vuelve maquinalmente y sale de la estancia lóbrega arrastrando los pies, como si siguiera el ritmo de los pasos del hijo, que aun suenan en sus oídos con insistencia de pesadilla.

\* \* \*

Pocos días después, entre el humo de las bocas de fuego que atronaban los campos tucumanos, la caballería gaucha perseguía los restos dispersos de las fuerzas de Tristán. Meses más tarde, después de la jornada de Salta, delante de la casa donde la viejecita rezaba por su hijo se detiene un jinete con los galones de sargento mayor del ejército argentino. Se apea y entra resueltamente hasta el patio.

— ¡Madre! ¡Madre!

— ¡Hijo de mi alma!...

Y la anciana cayó desvanecida en los brazos del héroe.



## VISIONES DE GLORIA



AS cimas heladas enmudecen de estupor.  
¿Qué nueva raza de titanes se atreve  
por los despeñaderos?  
Un pedazo de cielo y un copo de  
nieve flamean, prendidos de un asta,  
a la cabeza de aquellas legiones.

A la vanguardia los granaderos, olfateando la aventura, rastreando el peligro. Necochea, Lavalle, Zapiola, Suárez, Olavarría, Pringles, Pedernera...

¿Adónde van?, se preguntan los cóndores, asombrados por tanta audacia.

\* \* \*

El sol de la victoria ilumina la cuesta de Chacabuco. Maípo asegura el triunfo. En Bío-Bío, al Sur, se quiebra la última resistencia.

Los veleros corren ahora sobre el Pacífico, rumbo al Norte.

El avance de la cruzada libertadora limpia de enemigos la región. Pisco, Nazca, El Callao, Pasco, ¡Lima!...



En la plaza de la ciudad virreinal el pueblo se  
confunde con los soldados de América.  
¡Silencio! Habla el Protector del Perú.

\* \* \*

Después... el retiro, el silencio, la sombra. El des-  
tierto más allá del océano.

En tierras extrañas se sueña con la patria lejana...  
La mente del anciano se puebla de visiones de gloria.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



San Martín  
de  
Antonio Alice



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## REUNIÓN EN LO DE ESCALADA

Enrique Méndez Calzada

**G**randes abanicos... Altos peinetones...  
Obesos señores que toman rapé...  
(En tanto da el clave sus pausados sonos,  
damas y galanes bañan el minué).

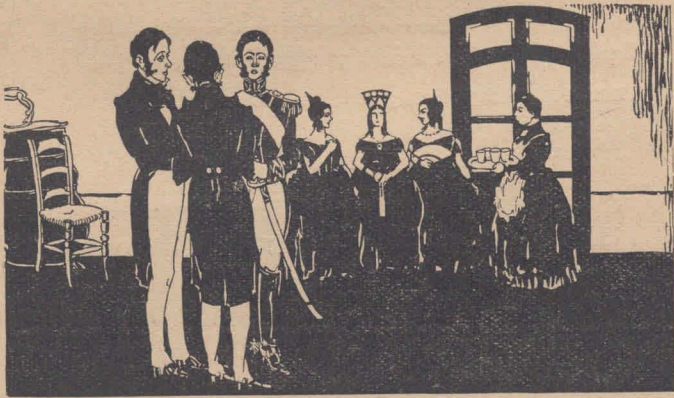
Áureos entorchados, charoladas botas,  
llevan las miradas hacia un brigadier  
que, sordo a pавanas y ajeno a gavotas,  
narra las hazañas que tiene en su haber.

O bien van los ojos hacia un licenciado  
que llegó de Charcas, y el pobre se hastia.  
(Él sabe el Derecho público y privado,  
pero es lego en lides de cortesanía...)

Una vieja parda solícitamente  
sirve las horchatas en el ambigú,  
o de mano en mano pasa diligente  
los mates de plata del Alto Perú.

Un señor muy tieso, de entallado fraque,  
da el brazo a una dama que entra en el salón.  
(A ella, tan oronda con su miriñaque,  
le interesa poco la conversación ..)

Grandes abanicos... Altos peinetonos...  
Obesos señores que toman rapé...  
(En tanto da el clave sus pausados sonos,  
damas y galanes bailan el minué).



## EN LO DE ESCALADA



¿Han visto a San Martín?

— No; aun no ha llegado.

— Parece que anda muy atareado con la formación de su regimiento.

— ¿No vendrá esta noche?

— ¡Cómo va a faltar! A propósito:

¿han notado las atenciones del viejo Escalada para con él?

— Yo creo que el noviazgo con Remedios es un hecho.

— ¡Quién lo diría! ¡Tan jovencita! Y él ¡tan serióte, tan austero!

— Al principio el viejo no miraba con buenos ojos los galanteos del comandante a Remedios.

— Es que la diferencia de edad es mucha, hija. Remedios va a cumplir quince años en noviembre y él debe pasar de la treintena.

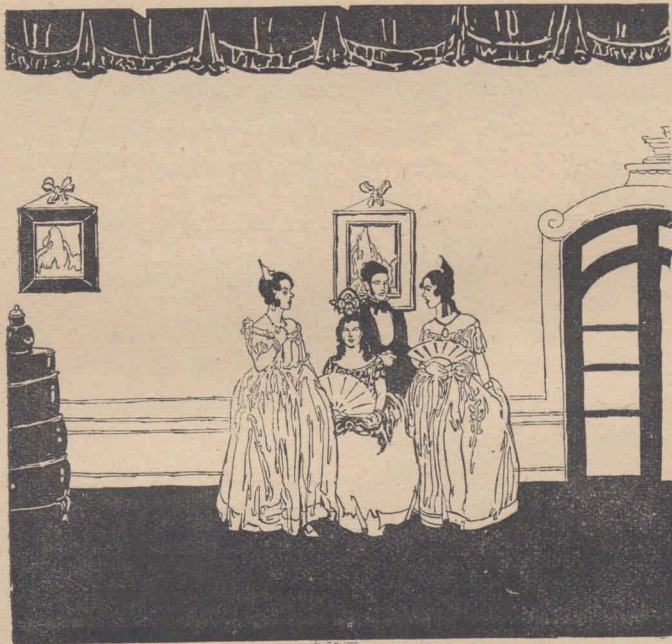
— ¡Ya lo creo! ¿A ver? Nació en el setenta y ocho... treinta y cuatro años.

— Pero no me negarás que es muy apuesto, arrogante, de porte distinguido.



— Y es fuerte como un roble ese hombre. Un verdadero militar.

— ¿Y en lo moral? ¡Cuánta nobleza! Es todo un hidalgo.



— Por eso el viejo Escalada lo tiene en tan alta estima. Ve en él a un futuro general llamado a grandes destinos.

— Lo que resulta extraño es que siendo un militar por los cuatro costados, formado en la austeridad de la vida de cuartel, tenga tan exquisito trato, tan fino don de gentes. En pocos meses se ha captado la simpatía de todos los jóvenes.

En el regimiento ya tiene alistados a los Olavarría, a los Necochea, a los Olazábal, a Soler, a Pacheco, a Juanito Lavalle...

— Manuel y Mariano también ingresarán.

— ¡Claro! Como futuros cuñados del jefe no podían faltar.

— Pero ¿ya se habla seriamente de la boda?

— He oído que todo está establecido para el 12 de noviembre.

— Creo que Alvear y su esposa serán testigos.

— San Martín y Alvear siempre fueron buenos amigos.

— Ya ven lo que son las cosas: don Carlos, tan altivo, tan orgulloso, todo un alférez de carabineros reales, no tuvo inconveniente en alistarse en el regimiento de Granaderos a Caballo.

— Sí, revista como sargento mayor.

— Ahí va Remedios. Se dirige hacia la puerta; debe haberse hecho anunciar San Martín.

— Ahí está el comandante.

— Vayamos a saludarlo.

## LA MONTONERA

Martín Goicochea.

**F**lamean en el viento las banderolas  
y se encrespan las crines y las melenas,  
y aunan al reflejo de las arenas  
su brillo diamantino las tercerolas.

Los pañuelos anudan sus rojas golas  
a las bravas gargantas de insultos llenas,  
y el prepotente puño muestra las venas  
donde pinta la sangre violadas olas.

Se encabritan los potros en el sendero,  
las vírolas responden en el apero  
a las dulces milongas de las cigarras.

Y en el hinchado lomo los mocetones  
van llevando la carga de sus canciones  
pendientes de las cuerdas de las guitarras.





*"Los montoneros".  
Acuarela de Peláez.*





## BARRANCA YACO



UN cielo bajo y denso pesa sobre el camino polvoriento y sobre el bosque como una capa de plomo. No se mueve una hoja. Los árboles parecen escuchar el sordo rodar de los truenos lejanos.

La partida, apostada en un recodo en medio de la barranca, también espera un rodar...

Hombres y brutos respiran afanosamente, aplastados por la atmósfera asfixiante. La espera es angustiosa. ¡Una galera pasará a las once!; ¡nadie debe escapar vivo! Es todo lo que saben.

Del cielo, cada vez más bajo, llueve un calor sofocante. Los jinetes sienten correr la sangre por las venas de las sienes bajo la presión de las vinchas.

.....

Un galope de caballos.

Ya deben ser las once.

El rumor de la galera se acerca.

Al volver el recodo, Santos Pérez mira rápidamente hacia los tres grupos emboscados y se planta en medio del camino.



— ¡¡Alto!!

Los cuatro peones y los dos postillones frenan, intimidados.

— ¡¡Maten!!...

Tres descargas responden a la voz de mando.

Los cuatro peones caen de sus caballos.

El capitán, que no ha disparado su pistola, se acerca a la galera.

En ese momento un hombre se asoma increpando:

— ¡Cuidado! ¡Soy el general Quiro... — pero cae fulminado por el tiro de Santos Pérez.

Terminado el degüello, los cadáveres son diseminados por el monte.

Luego, el saqueo. La galera también es internada en la espesura.

En vano se trata de borrar las huellas. Hay muchos charcos de sangre.

En silencio, la partida se aleja del lugar siniestro. Hasta ese momento los hombres no sabían de quién se trataba. Ahora el nombre de Quiroga les infunde miedo.

Los truenos se hacen cada vez más frecuentes. Estallan sobre las cabezas.

Por la noche la tormenta barre las huellas del crimen.

Sin embargo, las voces de las víctimas flotan aún en el aire de Barranca Yaco.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



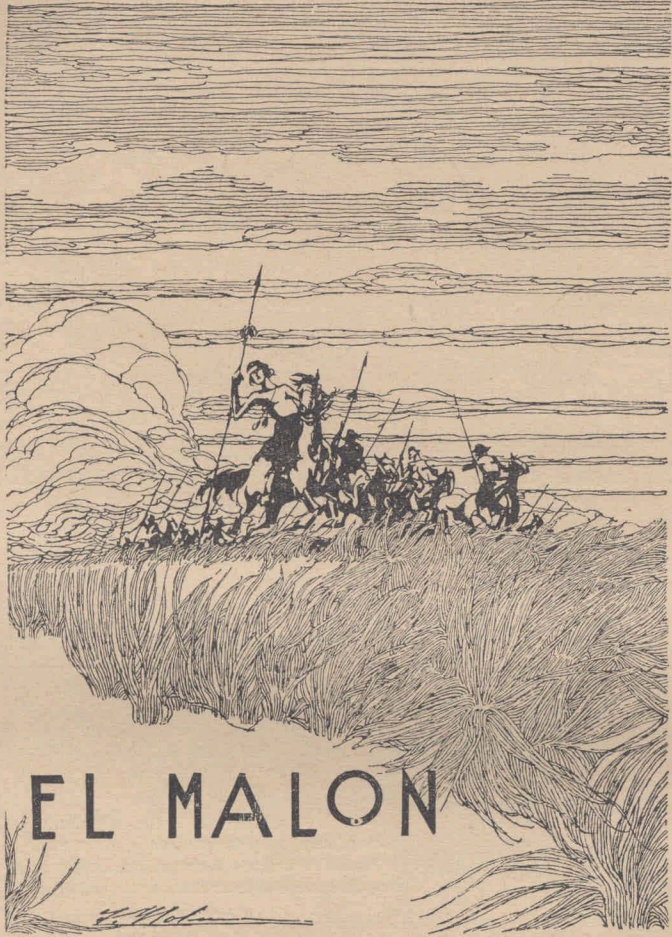
*"Buenos Aires  
de ayer"*  
dibujo de Juan  
Hohmann







BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



# EL MALON

*El Malon*



## EL MALÓN

*De La Cautiva - El Forín - En  
el poblado - Timburá - El malón.  
El rescate.*

*Por la enorme y desierta planicie del paisaje  
los pájaros de presa prorrumpen su grito.  
Y entre las humaredas del pajonal ardido,  
se descubre a lo lejos el horror del pillaje.*

**E. M. Barreda.**

## LA VUELTA DEL MALÓN

(De "La Cautiva")

Esteban Echeverría.

.....  
Ved! que las puntas ufanas  
De sus lanzas, por despojos  
Llevan cabezas humanas  
Cuyos inflamados ojos  
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje  
Al indomable coraje  
Que abatió su alevosía;  
Mira con torpe placer  
Las cabezas que cortaron  
Sus inhumanos cuchillos,  
Exclamando: «Ya pagaron  
Del cristiano los caudillos  
El feudo a nuestro poder».



«Ya los ranchos do vivieron  
Presa de las llamas fueron,  
Y muerde el polvo abatida  
Su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy del vituperio  
Sus mujeres, sus ínfantes,  
Que gimen en cautiverio,  
A libertar, y como antes  
Nuestras lanzas probarán».

Tal decía; y bajo el callo  
Del indómito caballo  
Crujiendo el suelo temblaba;  
Hueco y sordo retumbaba  
Su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
El rostro en manto nubloso,  
Echó en el vasto desierto  
Su silencio pavoroso,  
Su sombría majestad.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

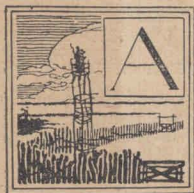
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



La villa del maoré  
del río de Valle  
Ángel Valle



## EL FORTÍN



UN no había aclarado del todo cuando el comandante Salinas montó a caballo y fué a recorrer los puestos avanzados. Quería enterarse personalmente de las noticias de la noche. Al acercarse a los pajonales donde estaban apostados sus centinelas detenía el galope de su alazán.

— ¿Novedades?

— Nada, mi comandante.

— ¿Y por el lado del estero?

— Ni un alma. Los indios deben haber maliciado que estamos alerta.

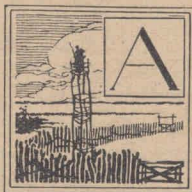
Desde el día anterior en el Fortín Chañar se vivía con la inquietud del peligro cercano.

La guarnición no era numerosa, y la tribu que acechaba era la de Tímburá.

El terrible cacique no se atrevía a atacar, pero tampoco se alejaba. Se veía que esperaba una ocasión favorable.

El comandante había pedido refuerzos al Fortín Barrancas. ¿Llegarían a tiempo?

## EN EL POBLADO



QUELLA mañana, antes de partir, don Prudencio recomendó por centésima vez a Gumersindo que no se alejara de las casas.

Desde el día en que se esparció la noticia de que los indios preparaban el malón una gran intranquilidad reinaba en la pampa del Chañar. En los palenques había siempre caballos ensillados para las mujeres, y los hombres esperaban a cada instante la señal del fortín para la pelea. Era necesario ayudar a la guarnición en caso de ataque, de lo contrario la indíada vencedora arrasaría con todo.

— Quiera Dios que esos malditos no vengan precisamente esta noche, en mi ausencia..

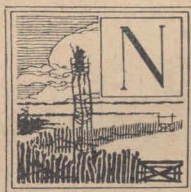
— Me han dicho que se fueron, patrón; ya no se ven luces de hoguera — contestó el peoncito.

La noticia, sin embargo, no tranquilizó al viejo. ¡Estaba tan acostumbrado a la malicia de los salvajes!...

Y al pensar en su mujer y en su hija Blanca, que se quedaban en las casas, se le apretó el corazón.



## TIMBURÁ



o hay duda. Aquel indio grande de mirada terrible es el cacique Timburá. Bien lo dicen los costurones que cubren su cuerpo. Aquellas cicatrices no son solamente de facones de gauchos o de balas de milicos. Muchas lanzas de salvajes han tentado en vano acabar con el cacique cruel. Porque Timburá no sólo hace la guerra a los poblados de los cristianos, sino que ataca las tolerías de otras tribus. Su crueldad llega al extremo de martirizar a los más valientes de su misma raza que no quieren someterse a sus caprichos.

Sus guerreros le obedecen ciegamente. Y si alguno de ellos se muestra cobarde en la pelea, Timburá lo atraviesa con su terrible lanza.

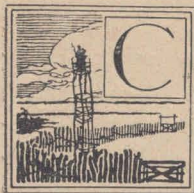
El temido cacique está ahora rodeado de sus valientes junto a los restos de una hoguera.

Mientras les habla en su lengua bárbara, los guerreros permanecen mudos. Saben que les costaría la vida cualquier desobediencia.

— ¡Primero al fortín: muerte, destrucción!... ¡Después al poblado: incendio, estragos, cautivas!...



## EL MALÓN



COMANDANTE! ¡Los salvajes!

—¡Todo el mundo a su puesto! ¡Cabo Ramírez: monte y corra a avisar a los paisanos!

El rumor sordo de los caballos de la indíada se acerca.

Ya están ahí. Sus gritos de guerra llenan la noche. A la débil claridad del oriente, por donde apenas despunta el alba, se alcanza a ver una masa confusa de hombres y brutos.

—¡Listos!— grita el comandante — ¡fuego!

Al estampido de las armas responden los alaridos de los salvajes. Muchos de ellos caen heridos de muerte. Los cascos de los caballos destrozan sus cuerpos.

Pero los indios de Timburá no retroceden. Mientras su jefe sigue lanzando el grito de guerra, ellos avanzan como un torbellino.

—¡A caballo!— ordenó el comandante.

Pero ya era tarde.

Con la velocidad del rayo los indios cayeron sobre el fortín.

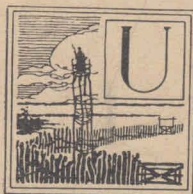
La resistencia fué heroica: muchos indios quedaron tendidos en el suelo, pero la pequeña guarnición quedó completamente aniquilada.

Inútil fué también la resistencia de los paisanos en el poblado. Tímburá había dicho: ¡Primero al fortín, después a las casas! ¡Sangre, muerte, incendio, destrucción, cautivas!...





## EL RESCATE



**U**NA enorme hoguera iluminaba la tolde-  
ría de Tímburá.  
Delante de su toldo, apoyado en su  
lanza, el cacique contemplaba el mon-  
tón enorme de los objetos saqueados.  
Los indios, en torno de la hoguera,  
esperaban, silenciosos, el reparto del botín.

Las mujeres cautivas miraban angustiadas los úti-  
les y adornos de sus hogares, junto a los «recados», a  
las botas, a los cuchillos de sus esposos, de sus her-  
manos...

Blanca y su madre pensaban en el regreso de don  
Prudencio a las casas. ¡Qué sorpresa, pobre viejo!

De pronto, como el fragor de un trueno en plena  
calma, una descarga cerrada petrificó a los salvajes.

Instintivamente los guerreros buscaron el gesto im-  
perioso del cacique que debía dirigirlos en la defensa.  
Pero Tímburá seguía inmóvil, apoyado en su lanza.  
Una bala certera le había destrozado la garganta. Dió  
dos pasos hacia adelante; intentó animar a los suyos  
con el alarido de guerra, pero sólo pudo lanzar un  
grito ahogado y se desplomó pesadamente.



En ese instante la caballería de los cristianos arrollaba la toltería.

Caído el jefe, la indiada, sobrecogida de espanto, se dió a la fuga perdiéndose en la oscuridad de la noche.

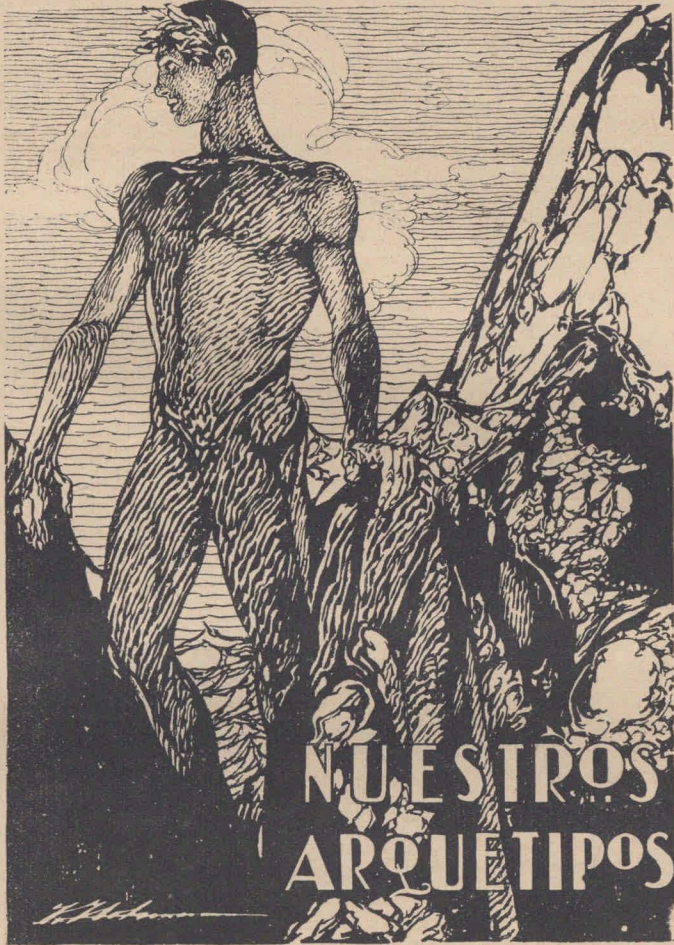


Pocas horas más tarde, la luz incierta del alba alumbraba el camino de regreso hacia El Chañar a una caravana de milicos y paisanos, que volvían con el precioso rescate de sus mujeres.





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS





NUESTROS ARQUETIPOS

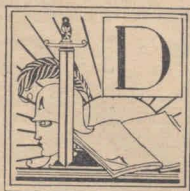
Mariano Moreno - Manuel Belgrano - Bernardino Rivadavia - Bartolomé Mitre.  
Domingo F. Sarmiento.

*¡ La barbarie se esconde amedrentada  
al divisar su enseña brilladora,  
como las sombras de la noche alada  
al centellar un rayo de la aurora !*

Olegario V. Andrade.

## MARIANO MORENO

Nicolás Avellaneda.



ON Mariano Moreno no puede ser designado como el promotor de los acontecimientos revolucionarios de 1810; pero fué el autor de la Revolución, porque la hizo nacer de aquéllos, dándole impulso decisivo, trascendencia y carácter. En medio del estupor de los espíritus, cuando sólo cundían ideas confusas entre los más avanzados, y cuando muchos empezaban a retroceder o vacilar en presencia de lo desconocido, fué él quien se levantó para decir: "Es necesario emprender nuevos caminos: debemos dirigir el espíritu público, educar al pueblo, contener o destruir a sus enemigos..." Y el programa de la Revolución quedó redactado.

Era necesario ejecutar actos decisivos, tomando por bandera lo irreparable, y don Mariano Moreno arrojó sobre la carpeta revolucionaria los dados de hierro forjados por el destino, expulsando de esta su ciudad metropolitana de Buenos Aires al virrey español, para que no volviera jamás.

La revolución debía ser explicada en sus propósitos, y Moreno fundó "La Gaceta".



La revolución necesitaba desprenderse de sus formas tumultuarias, asumir con firmeza el mando, y don Mariano Moreno la convirtió resueltamente en Gobierno, desempeñando los ministerios de Hacienda y de Guerra en la administración de la primera Junta.

Bajo sus inspiraciones fué formada la primera expedición armada que partió desde las márgenes del Plata y llegó, extendiendo el imperio de la Revolución, más allá de los confines del Virreinato, hasta el lago de Titicaca, donde los soldados argentinos se sentaron sobre las ruínas del Palacio de los Incas.

El desenlace se aproxima. La revolución no ha salido de su primer año, y es para Moreno mismo el mediodía de la vida. ¡Los acontecimientos nos llevan, sin embargo, a pisar ya los bordes de su tumba!

Los diputados de los pueblos interiores vienen, se sientan, después de ruidosos debates, en la Junta, y queda ésta convertida en una numerosa Asamblea. Las condiciones del Gobierno Ejecutivo desaparecen. El impulso revolucionario decae, y Moreno se ausenta, vencido, aceptando por disfraz de su ostracismo una embajada.

¡Llevaba en su alma la muerte ya cierta!



## BELGRANO

Bartolomé Mitre.



El general Belgrano es una de aquellas figuras históricas que, lo mismo que con una bandera o una espada, podría ser representada con la pluma del escritor o con el libro de la ley en las manos, o bendiciendo con ambas la cabeza de un niño deletreando en una cartilla, porque fué hombre de acción y hombre de pensamiento, y porque a la vez que combatió por su creencia, derramó a lo largo del surco de su vida la semilla fecunda de la instrucción y de la virtud.

Su grandeza, principalmente cívica y moral, no es el resultado de la superioridad del genio sobre el nivel común, ni está exclusivamente vinculada a los grandes hechos políticos y militares en que fué modesto actor. Ella consiste en el conjunto armónico de sus altas calidades morales, que no pretendían sobreponerse a la razón pública; en el equilibrio del alma serena en medio de la tempestad, que no se dejó arrebatar por el orgullo ni avasallar por el egoísmo; en la austeridad

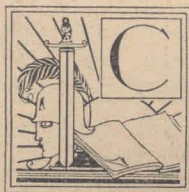


con que mandaba y en la humildad con que obedeció, teniendo la conciencia de su papel contemporáneo y de su papel póstumo ante la Historia; en que fué el representante de las generosas aspiraciones al bien de todos los tiempos; en que fué de los primeros que en la noche de la esclavitud presagió la aurora de la independencia, inspirado por el amor a la libertad; en que fué uno de los padres de la patria que legó triunfante a sus hijos el símbolo eterno de la nacionalidad argentina; en que fué humilde y perseverante apóstol, combatiente y jornalero, y regó con su sudor el campo de la labor humana, en medio de los combates, en los consejos del gobierno, en las páginas del periodismo, y hasta en el tosco banco de la escuela primaria, sobre el cual depositó, como en un altar, la ofrenda de su tesoro, muriendo en la oscuridad y en la pobreza.



# RIVADAVIA

Bartolomé Mitre.



## CONCIUDADANOS:

Estamos aquí congregados, hombres de todas las razas y pueblos del mundo, ancianos, mujeres, niños, antiguos guerreros, jóvenes trabajadores y magistrados del pueblo, para conmemorar el primer centenario del natalicio de don Bernardino Rivadavia, el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos, padre de sus instituciones libres, cuyo espíritu renace este día a la vida de la inmortalidad en los siglos.

Repúblico abnegado, estadista profundo, genio inspirado por el anhelo del bien, de este varón justo, para quien la verdad fué un numen y la virtud una fuerza, puede decirse, en presencia de su posteridad secular, que pertenece a la raza de los hombres selectos, cuyo molde rompen y renuevan las naciones cada cien años.

De las instituciones políticas y sociales de nuestro país durante el siglo transcurrido, ¿cuáles son las que sobreviven por su propia virtud a más de las que





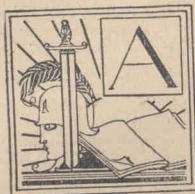
Rivadavia fundó hace sesenta años? Sin ellas, ¿cómo habría encontrado su fórmula constitucional la revolución argentina? Sin las semillas que con previsión depositó en el surco del trabajo, y sin los elementos de vida orgánica que nos legó, ¿cómo habría sido posible la resurrección inmediata de la Repú-

blica, apta para funcionar en su complicado mecanismo y equilibrada en sus necesidades, después del caos y la miseria que nos dejó la tiranía de veinte años?

Y si nos estudiamos a nosotros mismos, para investigar qué ideas y sentimientos tradicionales constituyen una parte de nuestro ser, qué doctrinas y qué moral pública profesamos como herencia del pasado, ante qué formas consagradas nos inclinamos con respeto, qué fuerzas vitales transmitidas nos impulsan en el camino de las mejoras, encontraremos que el alma, la mente y la fuerza inicial de Rivadavia están en nosotros; que su acción benéfica se prolonga en nuestra existencia, y que junto con nosotros su sombra va todavía en marcha hacia mejores destinos, a la cabeza de la gran columna de los jornaleros del progreso.

## MITRE

Ramón J. Cárcano.



QUEL joven militar, llegado de lejano y largo ostracismo a batirse en Caseros, reaccionario al día siguiente contra la política de absorción atribuida al libertador, había agrandado su reputación al servicio de su país y alzado su figura romanesca sobre los jóvenes y ancianos de la República.

Su altiva presencia acusaba la firmeza de su carácter y la seguridad de su acción. Su frente austera y pensadora revelaba un espíritu meditador.

Concluida la batalla, ocupó la tribuna parlamentaria, sostuvo convicciones desde los baluartes de la prensa diaria, cautivó a las multitudes hablando en la plaza pública, peleó en las calles de la ciudad y salvó a Buenos Aires del asalto enemigo, salió a campaña y contuvo a la invasión y la montonera; llamado a los consejos de gobierno, fué en ellos arquitecto y obrero, escuchado en las dificultades internas y requerido en las cuestiones externas, y en esta vida múltiple, afanosa y respetable, de constante esfuerzo y hondas





preocupaciones, no le faltó tiempo para escribir *Historia*, publicar las *Rimas*, cultivar su talento literario, mostrándose siempre luminoso, oportuno, decidido, acertado, suficiente y vibrante, sin una palabra ni una actitud falsas, siempre con algún concepto que se recogía como una síntesis, como una proclama o como una conducta.

*Autodidacta*, obra de sí mismo forjada en la adversidad, era un doctrinario lógico y continuo en sus principios. Su espíritu, por su comprensión y plenitud, abarcaba todos los problemas de su país y de su tiempo.

La República conocía a sus militares únicamente por su valor y pericia en los combates. Mitre rompió el molde común y tradicional; fué una revelación inesperada, atrayente y dominadora. Por la diversidad de sus aptitudes, el temperamento adaptable a las circunstancias y la inteligencia a las necesidades más distintas, despertó simpatías, infundió respetos y arrancó admiraciones.

Se destacó en su medio como un soldado de condiciones excepcionales, cuyos méritos nadie desconocía, y cuya autoridad a nadie inquietaba por la circunspección y la medida.

Era el más militar de los civiles, y el más civil de los militares.



## SARMIENTO

Carlos Pellegrini.



RA la cumbre más elevada de nuestras eminencias americanas. El sol coronaba de luz su sien soberbia y había en sus entrañas agitaciones de volcán. Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América, y en todo tiempo y en todo lugar hubiera tendido sus alas de cóndor y morado en las alturas.

Nacido en el primer año de la revolución, ha sido el que vió más lejos en el porvenir los destinos de nuestra patria y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos.

Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda.

Escrítor, orador, legislador, ministro, presidente, su labor ha sido vasta y continua. Fué apóstol y fué soldado.

Su vida fué de acción y de lucha; tenía en su panoplía todas las armas; pero su inteligencia, con músculos de atleta, prefería la maza hercúlea a cuyo golpe terrible saltaba en pedazos la más sólida armadura.



En todo momento, ya ocupara la más alta magistratura del país, en su banca de senador, manejando la pluma de polemista, en el seno de la intimidad, era siempre el mismo, espontáneo y genial, de pensamiento vastísimo y fecundo, con un soberbio desconocimiento de lo pequeño y del ridículo inmaleable, con un poder de iniciativa no igualado y con una energía y tenacidad inagotables.

Todo su organismo estaba absorbido, dirigido, dominado por su cerebro, y podía en ciertos casos no inspirar cariño, pero imponía siempre admiración y respeto.

Todo lo que constituye nuestro progreso debe algo o mucho a Sarmiento. En su vida laboriosa ha trazado largo y profundo surco en nuestro virgen suelo argentino, derramando en él a manos llenas la semilla fecunda del bien.

Su nombre pertenece ya a la historia, y cuando la República Argentina sea una de las grandes naciones de la tierra y sus hijos vuelvan la mirada hacia la cumbre de su grandeza, verán destacarse la sombra de Sarmiento, consagrado para siempre como uno de los Padres de la Patria.

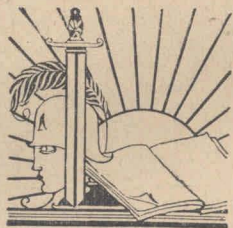
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



"Carlos Gudo y Spano"  
dibujo de Juan Hohmann







# HIMNO NACIONAL ARGENTINO

Vicente López y Planes.

## CORO

*Sean eternos los laureles  
que supimos conseguir:  
coronados de gloria vivamos  
o juremos con gloria morir.*

Oíd, mortales, el grito sagrado:  
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!  
¡Oíd el ruido de rotas cadenas!...  
Ved en trono a la noble Igualdad.  
Se levanta a la faz de la tierra  
una nueva y gloriosa Nación,  
coronada su sien de laureles  
y a sus plantas rendido un León.

De los nuevos campeones los rostros  
Marte mismo parece animar;  
la grandeza se anida en sus pechos;  
a su marcha todo hacen temblar.  
Se conmueven del Inca las tumbas  
y en sus huesos revive el ardor,  
lo que ve renovando a sus hijos  
de la Patria el antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten  
retumbar con horrible fragor:  
todo el país se conturba por gritos  
de venganza, de guerra y furor.  
En los fieros tiranos la envidia  
escupió su pestifera hiel;  
su estandarte sangriento levantan  
provocando a la lid más cruel.

¿No los veís sobre Méjico y Quito  
arrojarse con saña tenaz,  
y cual lloran bañados en sangre  
Potosí, Cochabamba y La Paz?  
¿No los veís sobre el triste Caracas  
luto, llantos y muerte esparcir?  
¿No los veís devorando cual fieras  
todo pueblo que logran rendir?



A vosotros se atreve, argentinos,  
el orgullo del vil invasor:  
vuestros campos ya pisa, contando  
tantas glorías hollar vencedor.  
Mas los bravos que unidos juraron  
su feíz libertad sostener,  
a esos tigres sedientos de sangre  
fuertes pechos sabrán oponer.

¡El valiente argentino a las armas  
corre ardiendo con brío y valor!  
El clarín de la guerra, cual trueno,  
en los campos del Sud resonó.  
Buenos Aires se pone a la frente  
de los pueblos de la ínclita unión,  
y con brazos robustos desgarran  
al ibérico altivo León.

San José, San Lorenzo, Suípacha,  
ambas Piedras, Salta y Tucumán,  
La Colonia y las mismas muralas  
del tirano en la Banda Oriental,  
son letreros eternos que dicen:  
«Aquí, el brazo argentino triunfó:  
aquí, el fiero opresor de la Patria  
su cervíz orgullosa dobló».

La Victoria al guerrero argentino  
con sus alas brillantes cubrió,  
y azorado a su vista el tirano  
con infamia a la fuga se dió.  
Sus banderas, sus armas, se rinden  
por trofeos a la libertad,  
y sobre alas de gloria alza el pueblo  
trono digno a su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena  
de la fama el sonoro clarín,  
y de América el nombre enseñando  
les repite: «¡Mortales, oíd!  
Ya su trono dignísimo alzaron  
las Provincias Unidas del Sud».  
Y los libres del mundo responden:  
«¡Al gran pueblo argentino, salud!»



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS





## LOS ANIMALITOS DE DIOS

*El coendú - Negraçia y Delgadina - Cri-cri y Rumorosa: El noviazgo - El casamiento - El discurso del loro - Jesús y el lobo - Rabón y lanudo - El caballo y el camello - Platero: El alba - La muerte.*

*Y se rieron de mí, porque una tarde  
a un hombre le compré  
tres palomas torcazas por un peso,  
y a volar las eché. .*

Antonio A. Gil.

## EL COENDÚ



COENDÚ se llamaba el hijo del cacique de aquella tribu misionera.

Se cuenta que el indiecito era bueno de niño; pero de pronto cambió su carácter y se transformó en un ser irascible, cruel, despiadado.

La india vieja que lo crió desde que quedó huérfano de madre lloraba noche y día por el cambio de Coendú, y aseguraba que alguna araña debía haberle picado en el costado izquierdo, envenenándole el corazón.

Coendú no sólo molestaba a sus compañeros de tribu, sino que se entretenía en martirizar a las inocentes bestezuelas de la selva.

Su padre lo reprendía a menudo, y hasta lo amenazó con castigarlo severamente si continuaba ofendiendo a los leales guerreros de la tribu y maltratando a los animalitos protegidos por el dios de la floresta.

Coendú no hacía caso ni de consejos ni de amenazas. Siempre iba cargado de flechas venenosas que arrojaba a los ciervos, a los aguties y otros animales inofensivos.

Un día Miriñay, consejero de la tribu, le advirtió que el dios de la selva vengaría a las inocentes víctimas. Coendú se encogió de hombros.

El viejo le enrostró entonces su crueldad con palabras ásperas.

Coendú, dominado por la ira, respondió con expresiones insolentes, y creyendo que Miriñay se acercaba con intención de castigarlo, tomó una de sus flechas y la arrojó contra el viejo.

Como un tala desgajado por el rayo el indio se desplomó con el corazón partido.

Coendú quedó sorprendido de su misma acción. No se atrevió a acercarse al muerto. Vaciló un instante; miró a su alrededor, y echó a correr internándose en la espesura.

\* \* \*

Todavía duraba su carrera desenfrenada a través de la maraña de lianas cuando las sombras empezaron a poblar la selva.

Coendú se detuvo sofocado, sudoroso. Estaba lejos de su tribu, solo, perdido en medio de aquellos troncos y ramas hostiles.

La voz del viento entre las hojas se le antojaba el murmullo acusador de sus víctimas.

Un sentimiento extraño lo iba penetrando poco a poco. Dejó caer las flechas, que no había soltado en su carrera, y acurrucó su cuerpo tembloroso junto a unas zarzas. Sentía miedo.



Las primeras luces del alba lo sorprendieron en la misma posición, encogido, agarrotado por el terror.

Quiso separarse de la mata de ñapindá que le punzaba horriblemente, pero advirtió con espanto que las espinas estaban adheridas a su cuerpo.

Sus manos y sus pies se habían transformado en patas pequeñísimas, y su cuerpo encogido se parecía al de un puerco espín.

Recordó las palabras de Miríñay, y comprendió que el dios de la selva lo castigaba por sus delitos.

Permaneció aún largo rato inmóvil.

El arrepentimiento iba apretándole el corazón.

Sus grandes ojos saltones se llenaron de dolorosa dulzura al pensar en las inocentes víctimas de su crueldad, y al mirar su manto de espinas recordaba con amargura sus flechas envenenadas.

Cuando apareció el sol, Coendú, arrastrando su manto verdoso, fué a internarse en lo más oscuro de la maraña. Una fuerza misteriosa lo empujaba a la penitencia...

Y aun hoy, después de tantos años, apartado siempre de los otros habitantes de la selva misionera, el coendú, arrepentido de sus maldades, permanece largas horas del día de espaldas a la luz del sol, sentado sobre sus patas traseras y con la cara entre las manos, haciendo penitencia.

## NEGRACIA Y DELGADINA



ADRINA: tú dices que nosotras, las hormigas, constituimos el pueblo elegido de Dios; que todo cuanto se extiende ante nuestra vista fué creado para recreo y solaz de nuestra especie. Sin embargo, yo veo que en este jardín vive una multitud de seres que gozan de las delicias de la madre Naturaleza. Mira los grillos cómo pastan entre los canteros floridos; mira aquella araña tejiendo su tela delicada entre las ramas del duraznero; las mariposas de alas multicolores revolotean ebrias de sol; las abejas...

—¡Ah, hija mía! Veo que tu razón no ha sido aún suficientemente disciplinada. Mucho me temo que haya sido prematura esta tu primera salida. ¿No comprendes, Delgadina, que todos estos seres carentes de razón están en el mundo para servir a nuestra especie? Ellos contribuyen, de un modo o de otro, a que las plantas florezcan, a que los frutos maduren, a que se reproduzca la vida, a que el mundo armonioso en que vivimos nos ofrezca a nosotras, las hormigas, infinitas posibilidades...

La vieja Negracia tomó aliento y continuó:

— La superioridad de nuestra especie es manifiesta. Echa una mirada a las obras gigantescas, a los monumentos imperecederos de nuestro genio. Nuestras ciudades, nuestras calles, nuestras galerías subterráneas, los acueductos, los almacenes, todo atestigua la supremacía de las hormigas, todo refleja la luz de una inteligencia animada por la chispa divina.



— ¡Madrina! Allí veo una compañía de hermanas nuestras. Parece que exploran el terreno junto a la verja. Acerquémonos.

— ¿Qué hablas, infeliz? ¿Hermanas nuestras, dices? No te muevas; que si nos descubren, ¡pobres de nosotras! Son hormigas rojas. Raza bárbara, raza ruin, enemiga irreconciliable de nuestra república. Cuando nuestros gloriosos antepasados vinieron a establecerse aquí tuvieron que desalojarlas. Nuestros invencibles ejércitos hicieron estragos entre las filas rojas. Queda-



ron dueños del campo los que combatían por el Derecho, la Libertad, el Progreso; y la tribu bárbara, diezmada, se vió obligada a emigrar.

\* \* \*

Las dos hormigas se alejaron de la patrulla roja, y mientras se encamaban hacia una de las bocas de sus galerías subterráneas, la vieja Negracia iba mostrando a la inocente Delgadina las maravillas del mundo circundante y explicando las razones de la indiscutible superioridad de la especie formícola.

De pronto, al atravesar una parcela con almacigos, Delgadina lanzó un grito de terror.

Negracia se arrojó en medio del remolino de arenilla en cuyo centro la hormiguíta se debatía angustiada.

— ¡Madre! ¡Madre mía! ¡Una mano de hierro me atenaza el flanco!

— ¡Ay! ¡Yo también, hija, siento el dardo mortífero de nuestro enemigo, el león de la caverna! ¡Adiós Delgadina! Nos veremos en el reino de la Muerte, donde nosotras tenemos reservado un lugar de privilegio...

\* \* \*

Momentos después, la panzuda araña asesina miraba con irónica piedad los dos pellejos negros, mientras meditaba sobre el tributo que los seres inferiores deben a las arañas, especie privilegiada con la chispa divina de la razón.

# Cri-crí y Rumorosa

## EL NOVIAZGO



COMO se conmovió el corazoncito del grillo cuando oyó la dura respuesta de la hormiga a la infeliz cigarra, que había ido a pedirle un poco de trigo! ¡Tan alegre la cigarra! ¡Tan alegre y tan generosa! ¡Cuántas veces, en las siestas sofocantes de enero, después de taladrar una rama para sorber la fresca savia, dejaba libre el magnífico surtidor para las hormigas sedientas!

El grillo se acercó a la moza, y con un modito galante le ofreció una hojita de lechuga que él pensaba mordiscar aquella tarde.

La acompañó hasta su casa y se despidieron cuando el sol descendía hacia el horizonte.

Mientras se encaminaba hacia su cuevita, Cri-crí advirtió que se había enamorado de la dulce cigarra.

A ella también le pareció muy simpático el grilito generoso; ¡tan amable, tan atento!... y aquella noche no podía conciliar el sueño.

Se disponía finalmente a cerrar los ojos, cuando notó que alguien debía haberse detenido delante de su



puerta, pues el rayito de luna que siempre se colaba en la cueva no penetraba.

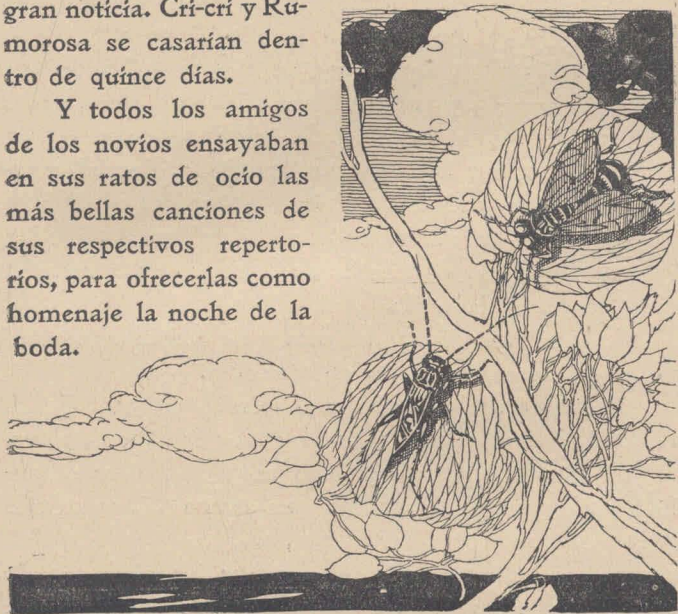
Se quedó escuchando en la oscuridad.

En medio del silencio de la noche oyó entonces dos notas claras, inconfundibles: ¡crí-crí, crí-crí!

¡Qué dulce y apasionada serenata cantó el grillo a la luz de la luna! ¡Cuánta ternura expresaba su cristalino crí-crí!

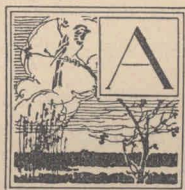
Al día siguiente se esparció por los alrededores la gran noticia. Crí-crí y Rumorosa se casarían dentro de quince días.

Y todos los amigos de los novios ensayaban en sus ratos de ocio las más bellas canciones de sus respectivos repertorios, para ofrecerlas como homenaje la noche de la boda.





## EL CASAMIENTO



QUELLA noche no había luna, pero una multitud de luciérnagas prendían sus gotitas de luz en las ramas del cerco vecino.

¡Qué linda estaba Rumorosa con su vestido de novia!

El cuervo redactó el acta matrimonial y un renacuajo echó la bendición a los desposados.

¡Cuántos invitados! Casi todos los animales de la comarca eran amigos de Cri-cri y de Rumorosa.

Terminada la ceremonia nupcial, cada uno quería entonar su canción.

— Si cantamos por turno — mugió la vaca madrina — no terminaremos en toda la noche. Mejor sería un coro.

— ¡Aceptado! ¡Aceptado!, respondieron todos.

El oso empuña la batuta, y al pronto comienza la más horrisona sinfonía que imaginar se pueda:

El burro rebuzna, el buey muge, ruge el león, brama el tigre y el cerdo gruñe. Son los bajos del coro.

El perro ladra, el lobo aúlla, el cuervo grazna, el

pavo gorgotea, el pato parpa, balan la oveja y su cordero, croorea la cigüeña, maúlla el gato, croan las ranas, pían los pollos y la gallina cacarea.

En los agudos se destacan los chillidos de monos y ratas, el quíquirí del gallo, el silbar de la serpiente, los pitidos del gamo, y de tiempo en tiempo el vibrante relincho del caballo.

En tanto, los pajarillos, escondidos en las ramas, sin importarles la batuta del director, gorjeaban sin cesar, vertiendo de sus gargantas torrentes de trinos.

Cuando terminó el concierto, el loro se encaramó a un arbusto y solicitó silencio. Todos se dispusieron a escuchar su discurso. ¡Un discurso en verso!



## EL DISCURSO DEL LORO

**M**u!» la dócil vaca muge,  
y lo mismo el manso buey;  
rebuzna el paciente burro,  
y la oveja bala «¡be!».

Brama el toro corpulento,  
y ladra el perro: «¡guau, guau!».  
Relíncha el potro impaciente  
y el gato maúlla: «¡míau!»

Pía el pollo: «pío, pío»,  
y el chanco gruñe: «o, o, o»;  
«quíquiríquí» canta el gallo,  
y la gallina: «clo, clo...».

El pato castañetea  
diciendo: «¡tué-tué, tué-tué!»;



el ganso casero grazna  
y el bello cisne también.

«¡Arrú!» la paloma arrulla,  
y gíme la tortolíta;  
trinan las aves cantoras... (1)

— ¡Ya se fué la parejita! ¡Se fugaran los novios!, grita de pronto la urraca. Y se lanza al mismo tiempo sobre la bandeja repleta de pasteles.

En efecto, mientras los invitados estaban pendientes de las palabras del charlatán, Crí-crí y Rumorosa se habían escabullido por entre unas matas, para encaminarse luego a su nueva casita.

— ¡Ya se fueron!

— ¡Huyeron los novios!...

Y empezó el desbande.

El loro continuó recitando los versos de su discurso. Aun quedaba la mona escuchándole, inmóvil.

Cuando terminó, casi de madrugada, bajó de la rama, se acercó a la cuadrumana, que aun permanecía quieta, y advirtió que roncaba como una bendita. Entre sus manos delanteras apretaba una botella de caña.

¡Estaba durmiendo la mona!

---

(1) Versos de Ismael Parráguéz

## RABÓN Y LANUDO



OLA! ¿Qué veo? ¿Mi querido Rabón transformado en un can aristocrático?  
— ¡Hermano Lanudo! ¡Cuánto me alegre! Déjame que te abrace.  
— ¡Cuidado; no vayas a mancharte!  
Pero dime: ¿Cómo has conseguido tan buena posición?

— Pues, te diré: el dueño de esta casa necesitaba un buen guardián. Ofrecí mis servicios, y aquí me tienes haciendo vida sosegada. ¿Y tú qué cuentas? ¿Has estado enfermo? Se te podrían contar las costillas.

— Hambre, querido Rabón, hambre crónica. De unos meses a esta parte me considero feliz el día que logro roer un hueso. Tiempos duros, amigo mío, tiempos terribles. Pero veo que a tí te tratan bien.

— Alimento no falta, Lanudo. La mesa del amo es abundosa, y entre los restos siempre quedan muy buenas presas; a menudo bocados exquisitos.

— Te felicito hermano, tienes suerte.

— Atiende, Lanudo: he oído decir que el amo necesita guardián para la casa-quinta; acércate y tratemos de hallar el medio de conseguir...

— Pero, ¿qué veo, Rabón? ¿Una argolla en el collar?

— Sí, para la cadena.

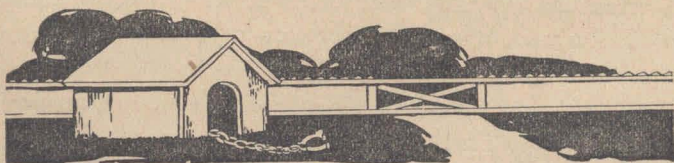
— ¿Con que hay cadena?

— Durante las horas del día, hermano, nada más. De noche uno puede recorrer toda la casa.

— Mira, Rabón. Tu posición es envidiable, no lo niego; yo estoy muerto de hambre; pero ¿qué quieres?; eso de la cadena no lo paso. Me moriría de tristeza si me viera privado de corretear por los caminos, de ladrar a los vehículos veloces, de beber en el arroyito del bosque.

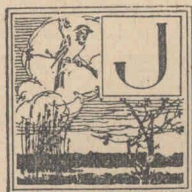
— Todo es acostumbrarse, Lanudo. Después de un tiempo...

— No, querido. Ante la perspectiva de una cadena prefiero acostumbrarme a no comer. Por otra parte, ya lo ves, ya estoy casi acostumbrado; de manera que te dejo, Rabón. Que seas feliz con tu dogal al cuello. Yo voy a seguir mi camino por esos mundos. Es cuestión de temperamento. Prefiero ser un perro atorrante a soportar la esclavitud. Prefiero ser libre.





## EL CABALLO Y EL CAMELLO



ÚPITER, sentado sobre una nube ribeteada por el oro del sol poniente, daba término a una excursión de reconocimiento.

Su rostro denotaba honda satisfacción. Sobre la tierra todo era orden y armonía. Todo se había efectuado de acuerdo con sus mandatos. Cada uno de los seres de la creación parecía estar contento de su suerte.

Al pasar cerca de una montaña de suave y vegetada pendiente oyó un relincho penetrante. Miró hacia abajo y vió al caballo que, en carrera desenfrenada, trataba de alcanzar la cima para detener la nube del trono.

El dios de los dioses se detuvo y esperó al noble bruto.

— ¿Qué quieres? — preguntóle en tono afable.

— Padre de los animales y de los hombres — díjole el caballo acercándose al trono — ; se dice que yo soy una de tus más bellas creaciones. No me cuesta creerlo. Pero, ¿no hay nada en mí capaz de ser mejorado?

— Veamos — repuso Júpiter con benevolencia — ; dime qué puedo mejorar en tí.

— Tal vez sería yo más veloz si mis patas fuesen más largas y finas ; no me vendría mal un cuello largo como el del cisne ; un pecho más ancho aumentaría mi fuerza. Y ya que me has destinado a cargar al hombre, bien podría tener una silla natural, en cambio de la que tu favorito me impone cada vez que me cabalga.

Sonrióse Júpiter ; acarició su barba lentamente, y después de un instante pronunció la palabra de la creación.

Inmediatamente advirtió el caballo que no estaba solo delante del trono.

Sus ojos asombrados vieron una figura rara ; una especie de caballo con las patas más largas, con un cuello arqueado que recordaba el del cisne, el pecho ancho y dos gíbas sobre el lomo.

Tembloroso a la vista de tan ridícula figura, el caballo exclamó :

— ¡Padre Júpiter ! ; Comprendo la lección !... ; Comprendo ! ; Déjame así, tal como soy !

Y Júpiter, que ese día estaba de buen humor, se rió del espanto del caballo y sentenció :

— Bien ; queda tal cual eres ; pero para que la lección no se te olvide, quedará también tu caricatura.

Así nació el camello ; y esa es la razón por la cual el caballo tiembla “de pies a cabeza” al advertir la presencia del señor de los desiertos.

## JESÚS Y EL LOBO

José Enrique Rodó.



ERA la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se apareció una forma blanca también como el camino cubierto de nieve. En derredor de esa forma flotaba una claridad que venía, no de la luz, sino del nímbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allá donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él. Él viene como receloso a su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbra, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escualído y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre.

Avanzan. Párase el lobo al borde de una roca, ya a pocos pasos del Señor, que también se detiene y lo mira.

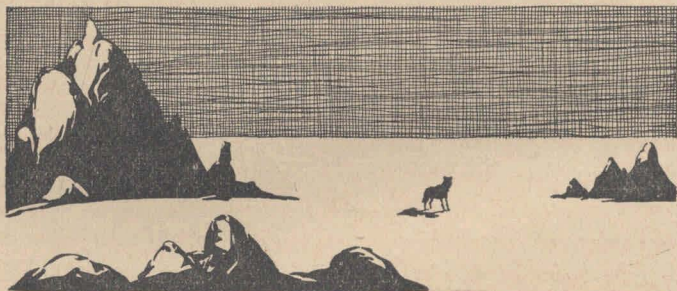
La actitud dulce, indefensa, reanima el espíritu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre



la roca... ya se abalanza a la presa... ya es suya... cuando Él, con una sonrisa que filtra a través de su inefable suavidad de palabras:

—“Soy yo” — le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio muda maravillosamente de apariencia; se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la nieve, las



flores forman una como nube mística, sobre la que el divino cuerpo flotara.

El Señor, mirando las flores que a sus plantas había, hizo sonar los dedos como quien llama un animal doméstico. Entonces de bajo del manto de flores se levantó, cual si despertara, un perro grande, fuerte y de mirada dulce y noble, de la casta de aquellos que en las sendas del monte San Bernardo van en socorro del viajero perdido.

## PLATERO

Juan Ramón Jiménez.



LATERO es pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: "¿Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su crística gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

— Tiene acero, acero y plata de luna al mismo tiempo.

## EL ALBA



EN las lentas madrugadas de invierno, cuando los gallos alertas ven las primeras rosas del alba y las saludan galantes, Platero, harto de dormir, rebuzna largamente. ¡Cuán dulce su lejano despertar en la luz celeste que entra por las rendijas de la alcoba! Yo, deseoso también del día, pienso en el sol desde mi lecho mullido. Y pienso en lo que habría sido del pobre Platero si en vez de caer en mis manos de poeta, hubiese caído en las de uno de esos carboneros que van, todavía de noche, por la dura escarcha de los caminos solitarios, a robar los pinos de los montes, o en las de uno de esos gitanos astrosos que pintan los burros y les dan arsénico, y les ponen alfileres en las orejas para que no se les caigan.

Platero rebuzna de nuevo. ¿Sabrá que pienso en él? ¿Qué me importa?

En la ternura del amanecer, su recuerdo me es grato como el alma misma. Y, gracias a Dios, él tiene una cuadra tibia y blanda como una cuna, amable como mi pensamiento.



## LA MUERTE



ENCONTRE a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fui a él, lo acaricié hablándole y quise que se levantara...

El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrodillada...

No podía... Entonces le extendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura y mandé venir a su médico.

— Nada bueno, ¿eh?

No sé qué contestó... Que el infeliz se iba... Nada... Que un dolor... Que no sé qué raíz mala... La tierra, entre la hierba...

A mediodía Platero estaba muerto. La barrigüilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas rígidas y descoloridas se elevaban al cielo. Parecía su pelo rizado ese pelo de estopa apolillada de las muñecas viejas, que se cae al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza...

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores...





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS





## EL AMIGO GENEROSO

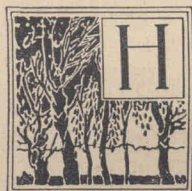
*Oración al árbol - Romance de ausencias - No corte nos flores - El coloquio de los leños - La muerte del árbol.*

*El sándalo a los golpes del hacha que lo hiere  
prodiga su perfume delicioso a los vientos,  
y a cada nueva herida de sus carnes prefiere  
devolver en esencia todos sus sufrimientos.*

**F. Estrella Gutiérrez.**

## ORACIÓN AL ÁRBOL

Marcos M. Blanco.



Hijo del Sol y de la Tierra, dador de sombra; regulador de los climas y de los meteoros, que son la vida y la muerte para las mieses y los ganados; tú que eres fresca en el verano, tibieza en el invierno, fuego y mesa en el hogar; mástil y vela, y timón, y casco sobre las olas indomadas; tú, que después de muerto, después de vencido al golpe del hacha cuyo cabo lo han hecho con tus ramas, tienes todavía vida suficiente para sostener de pie, sobre la tierra, por cientos de años, los hilos que llevan de pueblo en pueblo la palabra alada, el pensamiento vivo; tú que eres ternura y eres fuerza; que eres belleza y humildad; que estás hecho de materia y eres lleno de ideal; fruto nutritivo, color y aroma, libro y vestido; mantel de albura: bendito seas.

Sombra y perfume; cuna en la infancia, báculo del anciano, durmiente de vía: bendito seas.

Reposo del  
héroe, techo  
del caminante,  
líra del poeta,  
rama florida,  
nido de pája-  
ros, altar de  
amantes: ben-  
dito seas.

Savía, sel-  
va; oasis;  
monte; cua-  
dro y cántico:  
bendito seas  
por todos los  
hombres, aho-  
ra y en la ho-  
ra de las ge-  
neraciones que  
vendrán.

Nosotros  
prometemos  
multiplicarte,  
prometemos  
cuidarte y res-  
petarte.





## ROMANCE DE AUSENCIAS

Ricardo Rojas.

**A**rbolitos de mi tierra,  
crespos de vainas doradas,  
a cuya plácida sombra  
pasó cantando mi infancia...

He visto árboles gloriosos  
en otras tierras lejanas,  
pero ninguno tan bello  
como esos de mi montaña.

Cantando fui peregrino  
por exóticas comarcas,  
y ni en los pinos de Roma  
ni en las encinas de Francia  
hallé ese dulce misterio  
que sazona la nostalgia.

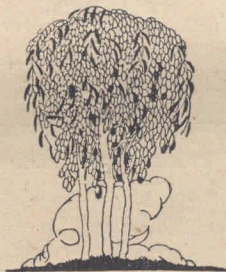
Algarrobal de mi tierra,  
crespo de vainas doradas,  
a cuya plácida sombra  
pasó cantando mi infancia...  
Mística unción del recuerdo  
que me estremeces el alma,  
trayéndome desde lejos,  
como en sutil brisa alada,  
un arrullar de palomas  
cuando el crepúsculo avanza,  
un aromar de poleos  
cuando el viento se levanta,  
y en el silencio nocturno  
un triste son de vidalas.

Algarrobal de mi tierra,  
crespo de vainas doradas,  
a cuya plácida sombra  
pasó cantando mi infancia...

¡Ay, cuándo volveré a verte,  
rústico hogar de mi patria!

Ser quiero yo tu hijo pródigo  
que torna a la vieja estancia,  
por merendar las colmenas  
en tu quebracho enjambradas.  
¡Ya en los manjares del mundo  
probé las heces amargas!  
¡Ya en la orgullosa melena  
me van pintando las canas!

Arbolitos de mi tierra,  
crespos de vainas doradas,  
a cuya plácida sombra  
pasó cantando mi infancia...





## NO CORTEMOS FLORES

Amado Nervo.



o cortemos flores!

Cuando os acercáis a una rosa, llevando en la diestra las tijeras afiladas, la rosa os ve: la ciencia ha probado hasta el convencimiento que las flores ven.

Os ve, sí, perfectamente. Pero no puede huir...  
La fatalidad de su origen la liga a la tierra.

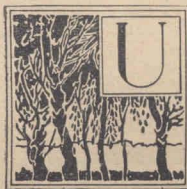
Sabe que váis a guillotinarla de un tijeretazo. Pero no puede gritar a vuestro corazón en demanda de misericordia. La flor es muda. Aguarda, pues, impasible al parecer.

Mas si vuestros ojos míopes pudieran advertir sus estremecimientos de espanto, tendríais lástima.

Sólo que vuestras pobres pupilas están deslumbradas por el oropel de todas las tonterías humanas... y, claro, no véis nada, no percibís eco alguno del poderoso, aunque silente, latido de la naturaleza.

¡Oh, hombres, hermanos míos, cuándo comprenderéis el sencillo y santo secreto que nos rodea!

## EL COLOQUIO DE LOS LEÑOS



H!... ¡Qué cierzo debe soplar ahora en el valle!

— Y ¿qué me dices de la ventisca que debe estar azotando la quebrada?

— Tiene razón el tala; a estas horas los arrieros deben haber cobijado las

mulas al amparo del murallón.

— ¿Tú también por acá, amigo olivo?

— ¡Qué quieren, hermanos! Así tratan a los viejos. Mientras daba aceitunas, todo era cuidados y buenas palabras; ahora que empezaba el reumatismo, me destinan al fuego como a vosotros. ¡Paciencia! Al fin y al cabo esta no deja de ser una muerte gloriosa. Para tiritar de frío, zarandeado por el vendaval, solo, olvidado hasta de los pájaros y sintiendo subir la muerte lentamente por los canales sin savia, prefiero crepitar en la chimenea transformado en rojo y ardiente tizón.

— ¿Y tú qué dices, viejo quebracho?

— Reconozco que es muy bello morir abrasado por una fuerte pasión, envuelto en la llama de un ideal, siempre que uno pueda sucumbir de súbito, como caen los va-



lientes en los campos de batalla; pero consumirse así, poco a poco, como voy consumiéndome yo, con la perspectiva de quedar reducido a un oscuro tizón, francamente... Además, te diré, hermano sauce: yo era joven y fuerte aún, y vivía contento en medio de mi bosque chaqueño. ¡Ah, los coloquios nocturnos con mis mayores, que habían visto acampar bajo sus ramas las tribus guerreras de los indios bravos, y habían presenciado sus encuentros formidables con los conquistadores, aquellos hombres vestidos de hierro, que se atrevían, impávidos, por entre las breñas, abriendo picadas con sus aceros!...

¡Y las noches cálidas del estío, el canto de los grillos, el lamento de los pájaros de la selva, el murmurio quejumbroso del viento!... ¡creedme, hermanos, que es muy triste ser arrancado del suelo natal al que nos atan tantos recuerdos!...

— En verdad que es triste, hermano quebracho.

Pero, dí: ¿cómo llegaste hasta aquí?

— Transformado en durmiente. ¡Cuántos her-





manos míos fueron talados cuando los hombres tendieron las vías para el monstruo de acero! Dicen que por las vías del monstruo marcha el Progreso, y nosotros, transformados en costillas de esa interminable serpiente, nos vemos obligados a hacer vida de penitentes bajo los rigores de los soles de enero, o bajo la lluvia de agujas de hielo que clava julio en nuestras carnes en las regiones de la cordillera. ¡Y cuando la acción del tiempo implacable nos roe y nos agrieta, los hombres levantan las vías, nos relevan con hermanos sanos y robustos y nos arrojan al fuego!...

— ¡Bueno, bueno, bueno!... No exageremos. Todo ser viviente nace para sufrir y para morir. ¡Si lo sabré yo de memoria, que serví de marco a la puerta principal de un convento de jesuitas! Yo también he visto talar a millares de descendientes míos, y — ¡palabra de algarrobo cordobés! — los he visto despedazados en pequeños adoquines, que iban luego a aguantar el peso de los grandes vehículos en las



calles de las ciudades populosas. ¡Claro! Los hombres toman en serio aquello del algarrobo fuerte y sufrido...

— ¡¡¡Fuu!!! ¡¡¡Fuuu!!!

— ¿Quién hace esa llamarada?

— Es el romero. Pero ya se extinguió. Siempre impetuoso el romero.

— Siempre ardiente y fulgurante.

— Siempre alucinado.

— ¡Felices los jóvenes como él, que pasan de la vida a la muerte en un instante fugaz, en un delirio de luz!

— Y el viento sigue soplando afuera...

— Parece un tigre hambriento cuando brama.

— Muy pronto los valles serán cubiertos por el sudario de la nieve.

— Recemos, hermanos; ya es hora de decir nuestras últimas oraciones al Señor de todo lo creado.

— Recemos.

Mientras afuera aúlla la tormenta, el parloteo chispeante de la lumbre se apaga poco a poco, y sólo se oye el suave murmullo de la última plegaria de los leños.

## LA MUERTE DEL ÁRBOL

Emilio Bobadilla.

**E**l viejo tronco bajo el hacha cae  
del leñador indiferente. Yerto,  
sin flores ni ramaje, ya el concierto  
de los pájaros músicos no atrae.

El jugo de la tierra ya no extrae,  
y al comparar su ayer de hojas cubierto  
con su presente escuálido de muerte,  
¡cuánta tristeza al pensamiento trae!

Puede al hombre aun ser útil; hecho leña,  
de sus inviernos suavizar el frío,  
o convertido en barca riberena,  
de una orilla llevarle a otra del río,  
y hasta servirle de mortuoria caja  
al mismo leñador que lo desgaja...





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MEXICO



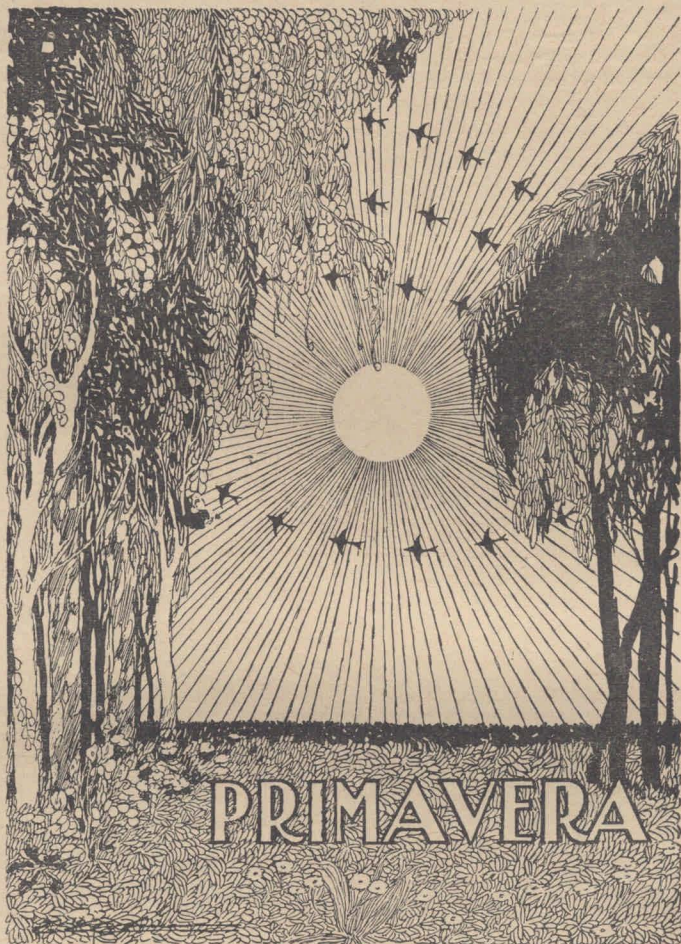
*"Tormenta en San  
Martín"*  
Agua fuerte de  
A. Bosco



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



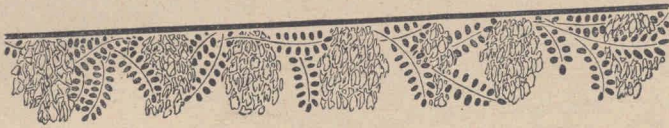
## PRIMAVERA

*Doña primavera - Primavera: El agua.  
Los árboles - Primavera - El nacimiento  
del alelí - Susurros en el jardín.*

*Pasó el invierno, por fin,  
Y tú reinas, semejante  
A una claridad fragante  
En la gloria del jardín.*

Leopoldo Lugones.





## DOÑA PRIMAVERA

Gabriela Mistral.

Doña Primavera  
viste que es primor  
de blanco, tal como  
limonero en flor.

Lleva por sandalías  
unas anchas hojas,  
y por carabanas,  
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla  
por esos caminos.  
¡Va loca de soles  
y loca de trinos!

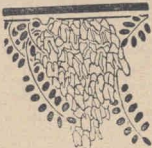
Doña Primavera,  
de aliento fecundo,  
se ríe de todas  
las penas del mundo...

No cree al que le hable  
de las vidas ruines.  
¿Cómo va a entenderlas  
entre sus jazmines?

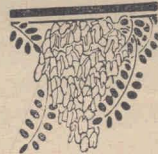
De la tierra enferma,  
en las hondas grietas,  
enciende rosales  
de rojas píruetas.

Pone sus encajes,  
prende sus verduras,  
en la piedra triste  
de las sepulturas...

Doña Primavera  
de manos gloriosas:  
haz que por la vida  
derramemos rosas:



Rosas de alegría,  
rosas de perdón,  
rosas de cariño  
y de abnegación.





## PRIMAVERA

R. Blanco Fombona.



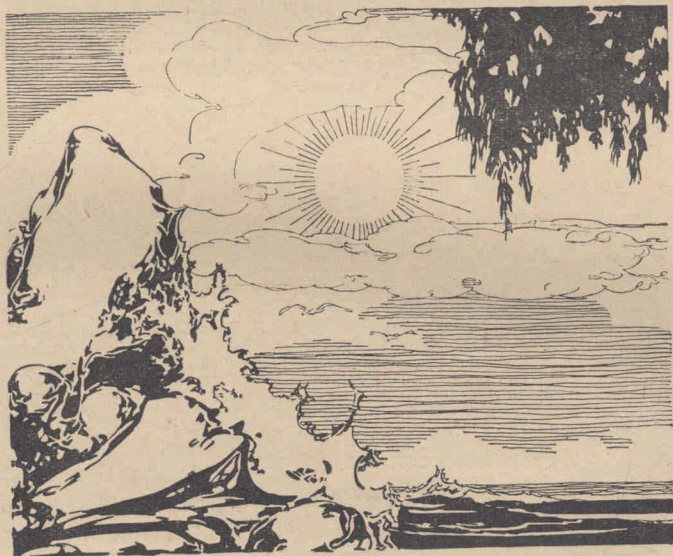
PRIMAVERA de ojos azules; bendita primavera, ¿cuál es tu magia? Embríagas más que el vino, primavera. Tu ebriedad es de aromas. ¿Qué filtro turba como tu aliento? ¿Cuál es como tu beso?

¿Qué has vertido en mi corazón?

Diría que una flor abre en mi alma, y la fragancia de la flor sube a mi cerebro embriagándolo deliciosamente.

Como el labriego arroja la simiente, arrojas tú el encanto. La semilla del labrador sólo fecunda la tierra. Tu encanto, vertido, fecunda seres y cosas: la tierra da su más pura esmeralda; el cielo su más claro zafiro; el crepúsculo, cambiantes ópalos; la atmósfera, cristalinos velos; y el pájaro sus redes de trinos, y la onda sus chales de espuma, y la nube sus caprichosos arabescos; y las flores, más ricas, dan su fragancia y su matiz, y los hombres, más grandes, dan el amor y el dolor.

En el alma germinan, primavera, a tu beso de luz, sensaciones inenarrables, deseos imposibles, aspiraciones confusas; y las tristezas no sufridas, y las estrofas que cantan, golpeando a las puertas del corazón, todo circula extrañamente por las venas como una savia, nos



afina los nervios, nos torna impresionables al suspiro del viento en los pinares, al batir de la onda en el acantilado melancólico, al contento del pájaro, que en la copa del abedul enriza el venturoso plumaje y rompe en trinos de ternura.



## PRIMAVERA

Julio Díaz Usandivaras.

### El agua

**E**l agua canta, al correr  
junto a los sauces dormidos,  
sus versos enternecidos  
con acentos de mujer.  
Va ofreciendo de beber  
y ofreciendo refrescar;  
y en su íncesante hablar  
el agua, en la primavera,  
es una tonadillera  
que no acaba de cantar.

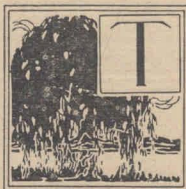




## Los árboles

Los esqueletos que ayer  
golpeó la racha de invierno,  
echaron su brote tierno  
y éste empezó a florecer.  
Noble delicia da al ver  
de nuevo fresco el paisaje;  
flores desprende el ramaje  
para que el suelo se alfombré,  
y cada árbol es un hombre  
que viste con nuevo traje.

## EL NACIMIENTO DEL ALELÍ



AP, tap!...

— ¿Quién es? — respondí.

— La lluvia. Ven; abre; ya llegó la primavera. ¡Vieras qué florecidos los campos!

— ¿Y a mí qué me importa de la primavera? ¡Déjame tranquilo!

— ¡Fít, fít!...

— ¿Quién anda por ahí rondando mi casita?

— Un rayito de sol. ¡Sal de una vez de tu semillita, cobardón! ¡Vieras qué azul está el cielo!

— Estoy muy bien aquí.

En efecto, yo me sentía muy cómodo dentro de mi semillita, bien abrigado por la tierra negra.

— ¡Tap, tap!... ¡Fít, fít!...

— ¿Otra vez?

Con los llamados de esos importunos me fué imposible seguir durmiendo. La lluvia había bañado de tal manera las paredes porosas de mi casita, que éstas iban hinchándose, hinchándose, amenazando asfixiarme.

Yo no sé cómo se arregló el rayito de sol para



filtrarse hasta mi casita subterránea. Los dientes de algún rastrillo curioso debieron remover seguramente la capa de tierra blanda. Lo cierto es que con el calor y la humedad yo no resistía más.

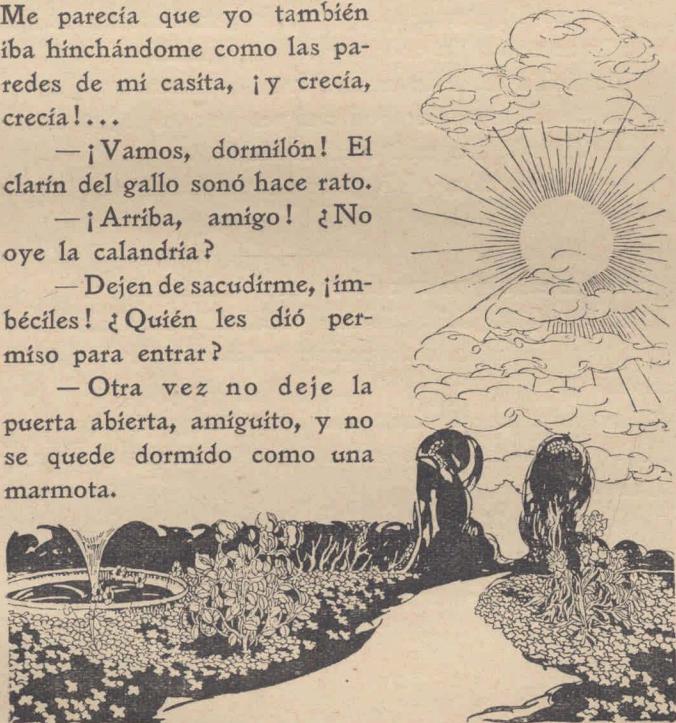
Esa noche dejé abierta la puerta de mi semilla hinchada. ¡Que sueño pesado! Un sueño de pesadillas. Me parecía que yo también iba hinchándome como las paredes de mi casita, ¡y crecía, crecía!...

— ¡Vamos, dormilón! El clarín del gallo sonó hace rato.

— ¡Arriba, amigo! ¿No oye la calandria?

— Dejen de sacudirme, ¡imbéciles! ¿Quién les dió permiso para entrar?

— Otra vez no deje la puerta abierta, amiguito, y no se quede dormido como una marmota.





— Bueno, ¡suéltense los cotiledones!

— No, querido, ahora vendrás con nosotros. Si te resistes te subiremos a la rastra.

No hubo más remedio.

Fuera ya de la semilla, la frescura de la tierra disipó mi mal humor.

Cuando llegamos a la superficie, la lluvia y el sol me dijeron: pasa la cabeza por esta grieta.

Yo debía tener la misma cara de susto que ponen los chicos al bajar por primera vez por un tobogán.

— ¡Hola! ¡Ya está aquí el alelí!

— Buenos días, alelí. ¡Por fin te decidiste!

— ¡Ya salió!

— ¡Ya salió!

Yo miraba y oía todo aquello con asombro.

La rosa, la glicina, la margarita, el lirio, el clavel... todos me daban la bienvenida; todos me miraban sonrientes.

La arvejilla pizpireta me hizo una guiñada amistosa, y la anémona se inclinó graciosamente para saludarme.

Cantaban los pájaros, el viento susurraba entre las ramas, y la fuente de aquel jardín maravilloso murmuraba una fresca canción de regocijo.

## SUSURROS EN EL JARDÍN



HERMANA arvejilla: ¿estás durmiendo?

— ¡Durmiendo, bajo la gloria de este cielo estrellado! No, mi querida vecina. Estaba recogida escuchando la serenata del grillo. Está en la matita de reseda, junto al cerco.

— Quería preguntarte si habías descubierto algo de los amoríos del duraznero.

— Nada todavía. Tentada estuve hoy de preguntar al pensamiento; pero como está siempre sumido en honda meditación, una teme molestarlo.

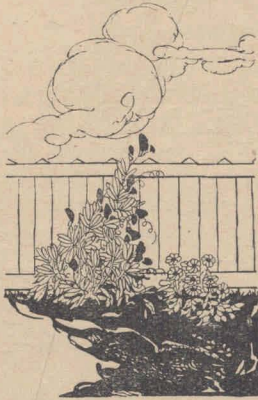
— Pues yo ya sé\* quién es la novia.

— ¡No digas! Ya decía yo que esta señorita margarita había de dar en el secreto. Nada se escapa a su ojo vigilante. ¡A ver, a ver; cuenta!

— Habla despacio, no vaya a oír el enamorado.

— ¡Qué ha de oír, si está lejos! Miralo; yo no sé de dónde saca tantas florecillas. ¿Has notado cómo aumentan sus galas mañana tras mañana? Pero cuenta, cuenta; ¿quién es ella?

— La aurora.



— ¿La aurora?

— Como lo oyes. Desde el día que noté el cambio en el duraznero yo me dije: “aquí hay algo”, y decidí averiguar. La cosa era difícil. Tú sabes lo reservado que es él.

— Ya lo creo, ¡como que no conversa ni siquiera con los pájaros!...

—Esta madrugada, sin embargo, lo descubrí todo. Una mariposa nocturna me despertó

antes del alba. Decidí permanecer despierta, ya que no tardaría en salir mi abuelo, el sol. De pronto advierto que nuestro joven vecino sacude sus ramas. “¡Vamos — me dije —; el duraznero está penando de amor!” Lo observé un rato y ví que su atención estaba fija en el oriente. En ese momento aparecía sobre el horizonte el carruaje de la aurora. El duraznero lanzó un suspiro hondo. La estaba esperando.

¡Nunca he visto una escena más deliciosa! Él la abrazaba con sus cien ramas y ella lo cubría de besos luminosos. La entrevista fué rápida. Tú sabes que la aurora no puede permanecer mucho tiempo afuera. Cuando se separaron noté que en las ramas del duraznero había aumentado el número de corolitas rosadas.



De modo que ya sabes, querida arvejilla, de dónde  
saca él tantas galas. Cada florecilla es un beso de su  
novia, la aurora.



— Pues me alegro, vecina. Yo creo que aunque  
humilde y modesto arbolillo, el duraznero tiene méritos  
suficientes para ser digno del amor de tan encumbrada  
doncella.





**NUBÉS**  
**DIAFANAS**





## NUBES DIÁFANAS

*Una madrugada - Romance para un  
amanecer - Una gota de agua - Sex-  
teto del hermoso día.*

*El cielo azul  
con una nube blanca.*

*El cielo azul  
con una nube rosa.*

*El cielo azul  
con una nube de oro.*

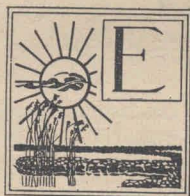
*Y un pajarito negro.*

Fernández Moreno.

## UNA MADRUGADA

Juana de Ibarbourou.

*Al frente, puerta de una cerca en la que se enreda una madreleña. Junto a ella, un álamo. Por el suelo, musgo. Al fondo, la casa. Amanece.*



**L** ÁLAMO (sacudiéndose). — La noche me ha llenado de diamantes. No puedo con el peso de tantos. Toma algunos, musgo.

**EL** MUSGO (a sus pies). — Gracias, álamo. Los esconderé bajo mi vestido rizado, pues sí los ve el sol me los robará.

**UN** PÁJARO (desde una rama del álamo). — Pí... Píii... Píiii... Toda la noche soñé contigo, sol. Me parecía que iba a buscar pajuelas para mi nido y, en vez de ellas, traía rayos tuyos, pequeñitos como briznas. El nido era tan resplandeciente que un duende, creyéndolo de oro, quiso llevárselo. Pero se quemó los dedos.

**EL** SOL. — Todos sueñan conmigo. Todos me aman. Y asimismo ¡qué solo estoy! A veces quisiera ser tan pequeño y tan humilde como tú, gorrión, para tener un nido, una compañera, alguien que me besase y a

quien poder besar yo también mucho sin hacerle daño, como todo el mundo.

Una vez me enamoré de una fuente y, loco, no hacía más que llenarle de cintas multicolores el penacho de su surtidor. Pero el amor de los poderosos es un peligro, gorrión. Y ella, casi consumida por el mío, se escondió horrorizada bajo la tierra, y ahora corre, suspirando, lejos de mis ojos. ¡Ah, cómo pesa ser grande! Si pudiera convertirme en cualquier ser humilde, en un pájaro, en una matita de musgo, en una enredadera...

EL VIENTO. — ¡Vean qué buen olor a flor traigo! Los naranjos de la huerta han amanecido con casi todos sus capullos abiertos.

UNA NUBE QUE PASA. — Adíós, adíós, álamo, musgo, madreSelva, gorrión. Traigo un cantarito lleno de agua. ¿Quieren ustedes beber?

EL ÁLAMO (al musgo). — ¿Tienes sed, pequeño?

EL MUSGO. — Por ahora no. Pero díle que no se aleje demasiado, pues si no, empleará muchos días para volver y entonces sí la tendré.

(Llega una carreta cargada de ramas verdes).

LOS BUEYES. — El camino está lleno de rocío. Da gusto hundir las pezuñas en el pasto. Parece que uno pisa cuentas.

EL ÁLAMO (a las ramas de la carreta. — Adíós, gajos de espinillo. ¿Sufren ustedes mucho?

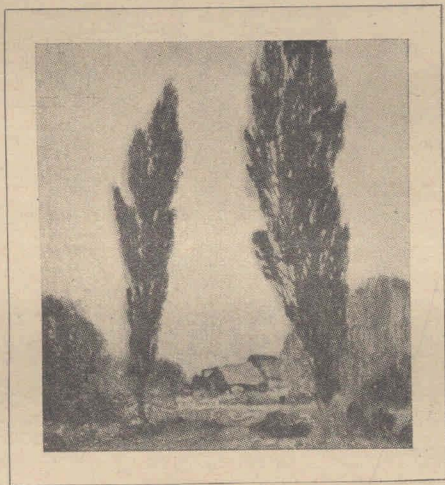
LAS RAMAS. — No. Ya somos viejas y apenas si teníamos fuerzas para brotar. Ahora vamos a trans-




formarnos en leña. El fuego nos pondrá collares de colores. Seremos llama y después nube. Desde el cielo te saludaremos, álamo.

LA CARRETA. — Estoy húmeda y toda fragante. Parece que trajera en mí falda a la selva entera. Y en uno de estos gajos viene colgada una casa de mariposas. ¡Qué lástima que no se abra ahora mismo! Mis viejos ojos se alegrarían viendo el deslumbramiento del gusanito con alas ante el hermoso espectáculo de esta viva mañana de enero. Procuraré no perder esto de vista. ¡Como que descanso cerca de la leñera!...

EL HOMBRE QUE CONDUCE LA CARRETA (abriendo la puerta de la cerca). — Hice bien en madrugar. Va a hacer un día de calor terrible. Ahora tendremos leña para todo el mes. Rosa se pondrá contenta.



"Llorisna". Óleo de Rodolfo Franco.



ROMANCE  
PARA  
UN AMANECER

**E**l buey rosillo del alba  
Por los caminos del cielo  
Viene tirando del día  
Buscando nubes de aliento.

No necesita de yugos;  
Viene uncido estando suelto;  
Una voluntad lo enyuga:  
La del celeste carrero.

Trae una carga liviana  
— Pura pluma, puro acento —,  
Trae una preciosa carga  
De pájaros tempraneros.



Ante su paso se oculta  
Hasta el último lucero,  
Pues no necesita luces  
Quien de luz tiene hecho el cuerpo.

Todo el campo se colora  
Con el tinte del misterio;  
Llega el aliento de Dios  
En las alitas del céfiro.

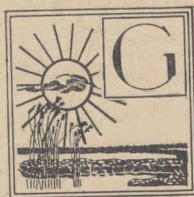
El buey rosillo del alba  
Por los caminos del cielo  
Viene tirando del día  
Bufando nubes de aliento.

Fernán Silva Valdés.



## UNA GOTTA DE AGUA

Enrique Herrero Ducloux.



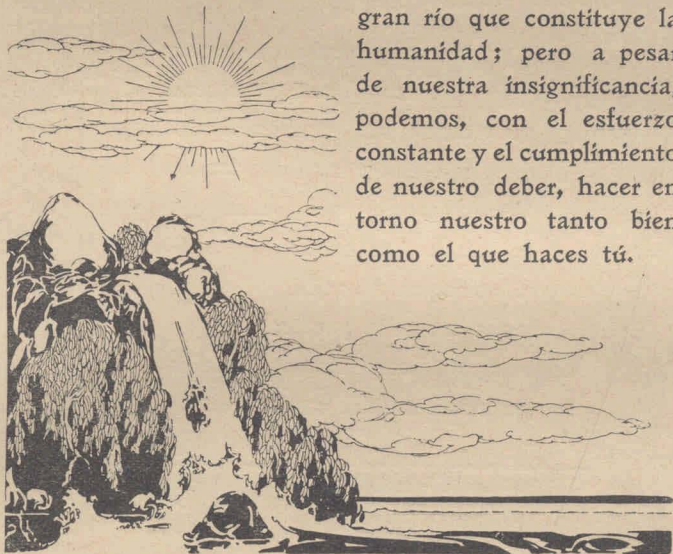
GOTTA de agua!: quién pudiera seguirte cuando vuelas en el copo de niebla sobre el cristal inmóvil del bañado al morir la tarde, y en los jirones de bruma que desvanece el sol de la mañana, como el aliento de la tierra dormida; quién pudiera flotar contigo en la nube errante que goza del espectáculo inenarrable del océano inmenso, y que bajo el sol de los trópicos se tornasola; quién pudiera correr en la onda de la acequia que baja de la sierra saturada de aromas, y bañar las ramas de los sauces, las frondas de los helechos, las raíces de algas como cabellos sueltos, y reflejar bajo los céibos, en el remanso, rientes imágenes de mujeres de espléndida belleza, que el sol mira a través de las hojas con mil ojos de oro...

Y cuando la tierra sedienta se entreabre en los ardientes días estivales, y la gota de lluvia desaparece en la grieta del terruño como grano en el surco, quién pudiera seguirla, buscando en la sombra la raicilla que lucha por vivir, ver cómo cede cuidadosa los principios

nutritivos que ha absorbido, y sube por los troncos, y llega hasta las hojas que hablan en voz baja con el viento, o se transforma en suave néctar azucarado que atrae, en el fondo de las corolas, a los mangangaes de terciopelo.

¡Gota de agua, tenue vesícula, perla transparente que quiebras en mil luces el rayo solar, símbolo del dolor en la lágrima y del trabajo en el sudor fecundo: en tu pequeñez y en tu grandeza nos has dado una lección inolvidable de alta sabiduría!

Gotas de agua somos nosotros también en ese gran río que constituye la humanidad; pero a pesar de nuestra insignificancia, podemos, con el esfuerzo constante y el cumplimiento de nuestro deber, hacer en torno nuestro tanto bien como el que haces tú.



A decorative border with a repeating floral and leaf pattern, possibly a stylized carnation or similar flower, framing the central text.

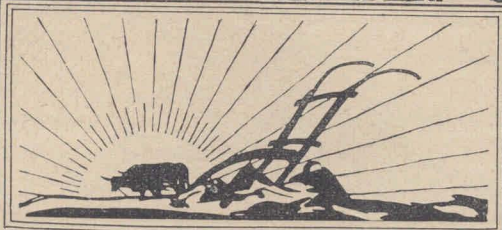
SEXTETO  
DEL HERMOSO DÍA

Julio Díaz Usandívaras.

Alba

Húmeda alfombra imprecisa  
tapiza el campo oloroso  
que, como un hombre dichoso,  
despierta en franca sonrisa...  
Canturreando va la brisa  
su letrilla de metal;  
el zorro en el pajonal  
lanza su grito postrero,  
y cruza, hendiendo, el boyero  
las sombras del carrizal.





### Aurora

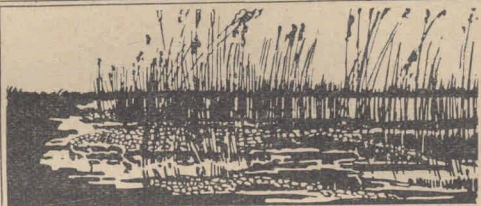
Fresca niña, la mañana  
deslie su cabellera,  
que peina en grácil químera  
del sol el peine de grana.  
El horizonte desgrana  
espesa lluvia de luz,  
y ante la pesada cruz  
implacable del arado,  
inclina el buey resígnado  
su generoso testuz.



### Mediodía

**E**n la vieja quinta umbría  
entreábrese, en floración,  
la dulce breva en sazón  
y la rosada sandía.  
Arde el campo; medio día.  
Rezonga a ratos la rana,  
y la somnolienta iguana,  
como un borracho de alcohol,  
duerme sus sueños de sol  
tendida a la resolana.





## Siesta

Lejos, por el campo abierto,  
irritado brama un toro...  
vuelca la siesta su oro  
sobre el pajonal desierto...  
Irrumpe el rebuzno incierto  
del burrito garañón,  
y canta la tradición,  
para que el alma desborde,  
la guitarra monocorde  
del agua del cañadón.





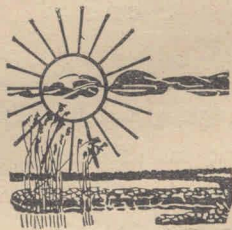
## T a r d e

R espíra el campo feliz  
olor a mies sazonada,  
que celebra la lorada  
en la chacra de maíz.  
Triste silba la perdiz  
el monte que abandonó,  
y al viento que allí pasó,  
cantando su melopea,  
el álamo cabecea  
diciendo siempre que no.



## O c a s o

**S**e fué la tarde... Ya el cielo  
recogió sus nubes lílas,  
y sonaron las esquílas  
como llorando algún duelo...  
un trágico, raudo vuelo  
me hizo el pecho estremecer,  
y la mirada al volver,  
de la arboleda en la angustía,  
me miró la tarde mustia  
más triste que una mujer...





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



EN EL REINO DE LA FÁBULA

El jumento murmurador - El águila y el  
caracol - La zorra y las uvas - Los dos  
perros - El sol y el polvo - El martillo.

— ¿Crees en brujas, Garay?

Díje a mi viejo criado.

— “No, señor, porque es pecado;  
Pero haberlas, sí las hay”.

Moratin.

## El jumento murmurador

Hartzenbusch.

— Señor: es fuerza que la sangre corra  
— dijo al león, solícita, la zorra — ;  
sin cesar, el estúpido jumento  
de ti murmura con furor violento.

— ¡Bah! — respondió la generosa fiera — ;  
déjale que rebuzne cuanto quiera.  
Pecho se necesita bien mezuño  
para sentir injurias de pollino.





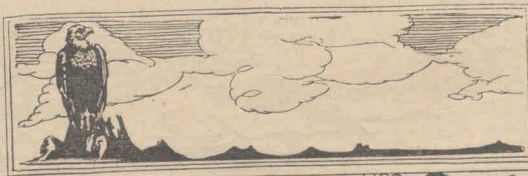
## El águila y el caracol

Hartzenbusch.

Vió, en eminente roca donde anida,  
el águila real, que se le llega  
un torpe caracol de la honda vega,  
y exclama sorprendida:

— ¿Cómo, con este andar tan perezoso,  
tan arriba subiste a visitarme?

— Subí, señora — contestó el baboso —,  
a fuerza de arrastrarme.



## La zorra y las uvas

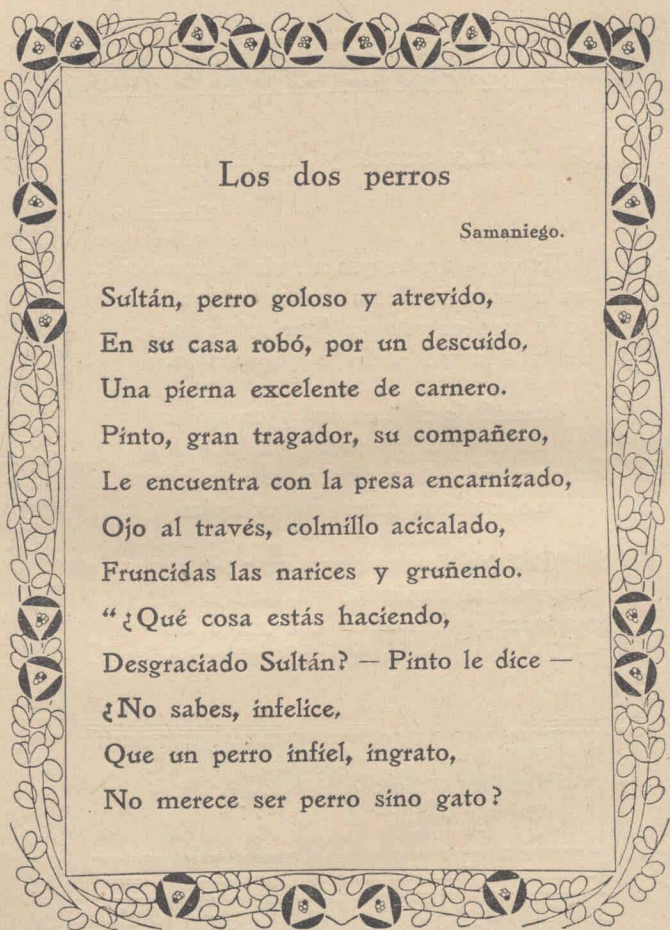
Samaniego.

Es voz común que a más del mediodía,  
en ayunas la Zorra iba cazando:  
halla una parra; quédase mirando  
de la alta vid el fruto que pendía.

Causábale mil ansías y congojas  
no alcanzar a las uvas con la garra,  
al mostrar a sus dientes la alta parra  
negros racimos entre verdes hojas.

Miró, saltó y anduvo en probaduras;  
pero vió el imposible ya de fijo;  
entonces fué cuando la Zorra dijo:  
—No las quiero comer: no están maduras.





## Los dos perros

Samaniego.

Sultán, perro goloso y atrevido,  
En su casa robó, por un descuido,  
Una pierna excelente de carnero.  
Pinto, gran tragador, su compañero,  
Le encuentra con la presa encarnizado,  
Ojo al través, colmillo acicalado,  
Fruncidas las narices y gruñendo.  
“¿Qué cosa estás haciendo,  
Desgraciado Sultán? — Pinto le dice —  
¿No sabes, infelice,  
Que un perro infiel, ingrato,  
No merece ser perro sino gato?”



¡Al amo, que nos fia  
La custodia de casa noche y día,  
Nos halaga, nos cuida y alimenta,  
Le das tan buena cuenta,  
Que le robas, goloso,  
La pierna del carnero más jugoso!  
Como amigo te ruego  
No la maltrates más: déjala luego”

“Hablas — dijo Sultán — perfectamente.  
Una duda me queda solamente  
Para seguir al punto tu consejo:  
Dí, ¿te la comerás sí yo la dejo?”



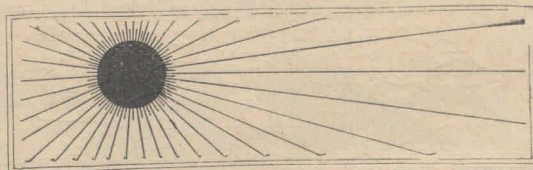
## El sol y el polvo

Rafael Pombo.

Alzándose en furioso torbellino  
eclipsó el polvo al sol,  
y gritóle por mofa: ¡Astro divino!  
¿Dónde estás? ¿Qué te hiciste?...

Y su camino  
siguió en silencio el sol.

Y cesó el huracán; y tornó al ciego  
el polvo vil; y en el azul sereno,  
de gloria y pompa lleno,  
siguió en silencio el sol.



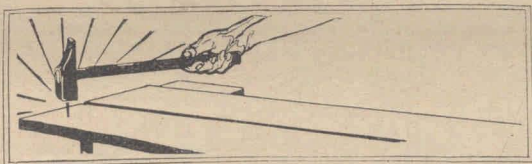
## El martillo

Germán Berdiales.

“Tac-tac”, el martillo,  
le dice al tornillo  
que gira y suspira  
de espira en espira :

— Las gentes resueltas  
no dan tantas vueltas...

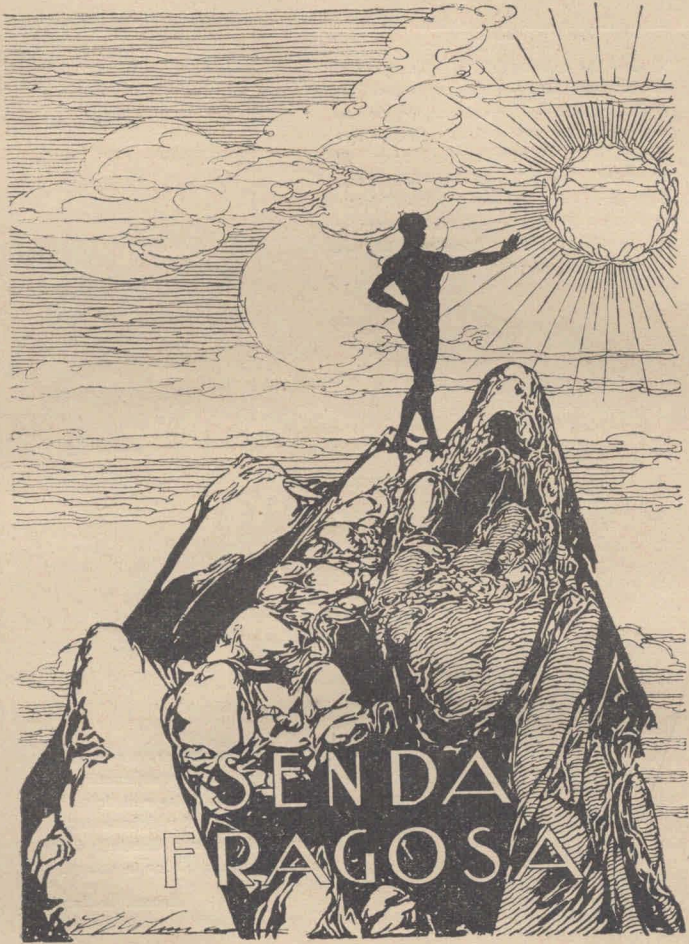
Y al tiempo que habla,  
con ímpetu bravo,  
¡tac!... ¡tac!... mete un clavo  
que raja la tabla.







BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## SENDA FRAGOSA

Valor - Los dos compañeros - La dignidad.  
Obrenito - El héroe - Consejos de don Qui-  
fote a Sancho - La conjuración de las  
palabras - Su majestad el alcohol - Re-  
conciliación - En el campo de juego - El  
héroe de la jornada - El abrazo - Las musas.  
Las parcas - El Centauro Quirón - El juicio  
de Paris - Aquiles - Vulcano y la madre  
de Aquiles - Héctor y Aquiles - Magna-  
nimidad de Aquiles.

*Trabaja y persevera, que en el mundo  
nada existe rebelde ni infecundo  
para el poder de Dios o el de su idea.*

*¡Hasta la estéril y deforme roca  
es manantial cuando Moisés la toca,  
y estatua cuando Fidias la golpea!*

Manuel de Sandoval



## VALOR

Arturo Capdevila.



OY a puntualizarte mi palabra de admonición: lo que más detesto de tu alma es la cobardía con que vives. Muy pocas veces te he visto ser valiente. ¿No eres tú uno que se angustia hasta el horror cuando arriba brilla el rayo y se destroza el trueno? ¿No eres tú uno que de puro temeroso pliega en abanico su sonrisa para esconderse en ella, como el grillo debajo de la hoja seca? ¿No eres tú uno que se basta tan poco a sí mismo, que espera más de sus ídolos que de su propio corazón?

Ahora pienso cuál sería tu infame terror en las grandes catástrofes si tan apocado eres para el suceso cotidiano de la vida. Ahora te imagino lívido de estupor, sobre la nave que arde en el océano desierto. Ahora te supongo en presencia del terremoto, hipando por las calles, en un trote miserable de bestia mal herida.

Tu llanto es la prueba de tu cobardía. Te es tan fácil derramar lágrimas como al durazno jugoso gotear

jugo. Y he ahí cabalmente una cosa que te afea en doble forma, porque te seca por dentro y te moja por fuera, es decir, que por dentro pierde riego tu jardín, mientras por fuera riegas arcilla árida. Nada hay tan grotesco, por otra parte, como una cara que llora. El mascarón de la gárgola no hace una mueca peor que la tuya.

Verdad es que cuando sopla el viento se dobla el cañaveral; verdad que cuando el hacheador hachea el árbol, la corteza gime; verdad que cuando pones fuego en la leña ésta rechina astilla por astilla. Pero no te compares con la naturaleza inferior, ni hagas como ella, porque tú vales más.

Eres cobarde, mas tu deber primordial, sin embargo, radica en ser valiente. Tu principal tarea debe consistir en fortalecer tu espíritu, en afianzar tu coraje, en afirmar tu estoicismo. Mas no ha de ser el tuyo un valor acometivo y baladí: tanto valiera que te hicieras saltador de caminos. Yo no te digo eso. Ni ha de ser el tuyo un valor vocinglero y malhablado; no ha de constar de impulso primo, sino de resistencia estable.



¿No ves que puede más la roca de la playa en su quietud, que la ola eléctrica que se le despedaza contra el filo de las aristas?

No has de hacer alarde tampoco ni de tus fuerzas, ni de

tus armas, porque el valor no reside en tan míseros objetos, sino en lo excelso de tu alma.

Cuenta, además, que siendo la vida un permanente peligro de perderla o disminuirla, tu valor debe alcanzar a todos los momentos que vives. Así, no consentirás que el instinto predomine sobre tus sentimientos; ni dejarás que te invadan las víboras del odio, porque no eres una cueva; ni prohijarás al sapo de la envidia, porque no eres un pantano; ni a la pantera de la ira, porque no eres un cubil.

Quiero, pues, proponerte por lo pronto el ejercicio de una excelente virtud: no llores nunca; seca para siempre la fuente de tu llanto.

Por este camino irás muy lejos; tan lejos, que un día te asombrarás de haber caminado tanto. No creas que por esto te habrás endurecido de maldad. Por el contrario, nunca tendrás amor más justiciero y ecuánime para los hombres.

Y bien; no llores nunca, así se te abran las carnes. No llores nunca, así se te partan los huesos. No llores nunca, así se te caigan los cielos.





## LOS DOS COMPAÑEROS

León Tolstoy.



Dos jóvenes se paseaban por un bosque cuando, de pronto, descubrieron un oso que al parecer los seguía cautelosamente. Uno de ellos, delgado y ágil, se trepó al árbol más próximo y, sin cuidarse del compañero, trató de ocultarse bien entre las ramas.

El otro, grueso, pesado, no pudiendo imitarlo, se tendió en el suelo y retenía la respiración para pasar por muerto. El oso se le acercó, lo olfateó, pero, quien sabe por qué, no le hizo daño alguno, y se alejó lentamente.

Cuando la fiera estuvo lejos, bajó el otro de su escondite y preguntó, riendo, a su compañero:

— ¿Qué te decía el oso al oído?

— Me decía — respondió el interpelado — ¡que el que abandona a un amigo en el peligro es un cobarde!

## LA DIGNIDAD

José Ingenieros.



Si eres artesano, evita enlodazarte recibiendo alguna cosa que no sea la compensación de tus méritos; si eres poeta, no manches la túnica de tu musa cantando en la mesa donde se embriagan los cortesanos; si eres sembrador, no pidas la protección de ningún amo y espera la espiga lustrosa, que al encantamiento de tus manos rompe el vientre de la tierra; si eres sabio, no mientas; si eres maestro, no engañes; si eres pensador o filósofo, no tuerzas tu doctrina ante los poderosos que la pagarían sobradamente; por tu propia grandeza debes medir tu responsabilidad, y ante la raza entera tendrás que rendir cuenta de tus palabras. Sea cual fuere tu habitual menester, hormiga, ruiseñor o león, trabaja, canta o ruge con entereza y sin desvíos, pues en tí vive una partícula de tu raza.

No imites al siervo que se envilece para aumentar la ración de su escudilla. Desprecia al corruptor y compadece al corrompido; desafía, si es necesario, al encono y la maledicencia de ambos, pues nunca podrán

afectar lo más seguramente tuyo de tí: tu personalidad. Ninguna turba de lacayos puede torcer a un hombre de carácter. Es como si una piara diese en gruñir contra el chorro de una fuente dulce y fresca: el agua seguirá brotando sin oírlos y, al fin, los mismos gruñentes acabarían por abrevarse en ella. Algo necesitamos de los demás y no es poco: respeto. Debemos conquistarlo con la inflexible virtud de nuestra conducta. No es respetable el que obedece contra el sentir de la propia conciencia. Todos respetan al que sabe jugar su destino sobre la carta única de su dignidad.





## OBRE RITO

Gabriela Mistral.

Madre, cuando sea grande  
¡ay! ¡qué mozo el que tendrás!  
Te levantaré en mis brazos  
como el viento alza el trépal.

Yo no sé sí haré tu casa  
cual me hiciste tú el pañal,  
o sí fundiré los bronce,  
los que son eternidad.

Qué hermosa casa ha de hacerte  
tu niño, tu titán,  
y qué sombra tan amante  
el alero te va a dar.

Yo te regaré una huerta,  
y tu falda he de colmar  
con las frutas perfumadas:  
pura miel y suavidad.

O, mejor, te haré tapices,  
y la juncia he de trenzar;  
o, mejor, tendré un molino,  
el que canta y hace el pan.

¡Ay! qué alegre tu hombrecito  
en la fragua va a cantar,  
o en la rueda del molino,  
o en las jarcías en el mar.

Cuenta, cuenta las ventanas  
que estas manos abrirán;  
cuenta, cuenta las gavillas  
sí las puedes tú contar...

(Con la greda purpurina  
me enseñaste tú a crear,  
y me diste en tus canciones  
todo el valle y todo el mar...)

¡Ay, qué hermoso niño el tuyo,  
que jugando te pondrá  
en lo alto de las parvas  
y en las olas del trégal!...

## EL HÉROE

Rabindranath Tagore.



FIGURATE tú, madre, que andamos de viaje, y que atravesamos un peligroso país extranjero. Tú vas en un palanquín y yo troto al estribo en un caballo colorado. Es ya tarde y el sol se pone. Ante nosotros se tiende, solitario y pardo, el desierto de Joradígúí. Todo el paisaje está seco y triste. Tú piensas asustada: «Hijo, no sé adónde hemos venido a parar». Y yo te digo: «No tengas miedo, madre».

Los abrojos de la tierra desgarran. El camino que atraviesa el campo es estrecho y retorcido. Los ganados se han vuelto de los grandes llanos a sus establos de las aldeas. Cada vez son más oscuros y más vagos la tierra y el cielo, y ya no vemos por dónde vamos. De pronto tú me llamas y me dices en voz baja: «¿Qué luz será esa, hijo, que hay allí, junto a la orilla?».

Un grito horrible raja la oscuridad, y unas sombras se nos vienen encima. Tú te acurrucas en tu palanquín y repites, rezando, los nombres de los dioses. Los esclavos que te llevan se esconden, temblando de terror,



tras un espino. Yo gríto: «Madre, no tengas cuidado, que aquí estoy yo».

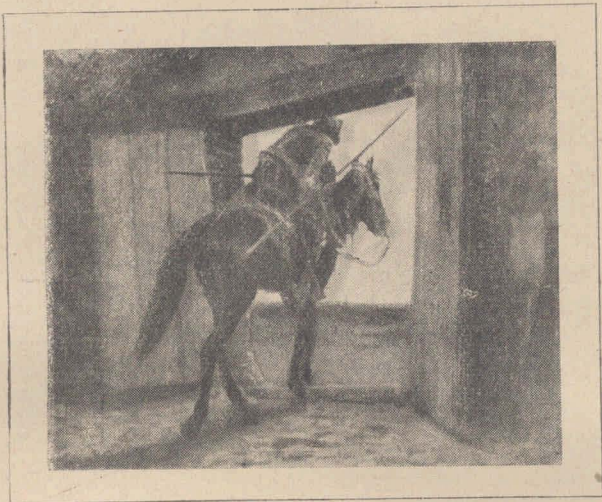
Al viento los cabellos, se acercan cada vez más los asesinos, armados con largas lanzas. Yo les gríto: «¡Alto ahí, villanos! ¡Un paso más y soís muertos!». Dan otro terrible aullido y se abalanzan. Tú, convulsa, me tomas de la mano y me dices: «Hijo mío, por amor de Dios, huye de aquí». Yo te contesto: «Madre, tú mírame a mí; ya verás».

Luego meto espuelas a mí caballo, que salta en furioso galope. Chocan resonantes mi espada y mi escudo. El combate es tan espantoso, que si tú lo pudieras ver desde tu palanquín te helabas de horror, madre. Muchos huyen; muchos más caen bajo mi espada. Tú, mientras — ya lo sé yo —, estarás pensando, sentada allí solita, que tu hijo ha muerto...

Entonces yo vuelvo a ti todo ensangrentado y te digo: «Madre, ha concluído la pelea». Y tú sales de tu palanquín, y apretándome contra tu corazón, te dices, mientras me besas: «¿Qué hubiera sido de mí si mi hijo no me hubiese acompañado?».

...Cada día pasan mil cosas sin razón. ¿Por qué no había de suceder una cosa así una vez? Sería como el cuento de un libro. Mi hermano diría: «Pero, ¿es posible? ¡Yo que lo creía tan endeble!». Y los hombres del pueblo repetirían asombrados: «¡Qué suerte que fuera el niño con su madre!».

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



*"Primera salida de Don Quijote"*  
Cuadro de Moreno Carbonero



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## CONSEJOS DE DON QUIJOTE A SANCHO

Miguel de Cervantes  
Siglo XVII



**P**RIMERAMENTE, ¡oh hijo!, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y precíate más de ser humilde y virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que, de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran. Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que nacieron príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniera a verte cuando estés en tu insula alguno de tus parien-

tes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con eso satisfacerás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea, a nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia.

# LA CONJURACIÓN DE LAS PALABRAS

## DESCRIPCIÓN DE LAS HUESTES

Benito Pérez Galdós.



**D**ELANTE marchaban unos heraldos llamados Artículos, vestidos con magníficas dalmáticas y cotas de finísimo acero. No llevaban armas, y sí los escudos de sus señores los Sustantivos, que venían un poco más atrás. Éstos, en número casi infinito, eran tan vistosos y gallardos que daba gozo verlos.

Unos llevaban resplandecientes armas del más puro metal, y cascos en cuyas cimeras ondeaban plumas y festones; otros vestían lorígas de cuero finísimo, recamadas de oro y plata; otros cubrían sus cuerpos con luengos trajes tálares, a modo de senadores venecianos. Aquéllos montaban poderosos potros ricamente enjaezados, y otros iban a pie. Algunos parecían menos ricos y lujosos que los demás; y aun puede asegurarse que había bastantes pobremente vestidos, si bien éstos eran poco vistos, porque el brillo y elegancia de los otros los ocultaba y oscurecía.

Junto a los Sustantivos marchaban los Pronombres,



que iban a pie y delante, llevando la brida de los caballos, o detrás, llevando la cola de los vestidos de sus amos, ya guiándolos a guisa de lazarillos, ya dándoles el brazo para sostén de sus flacos cuerpos, porque, sea dicho de paso, también había Sustantivos muy valetudinarios y decrepitos, y algunos parecían próximos a morir. También se veían no pocos Pronombres representando a sus amos, que se quedaron en cama por enfermos o perezosos, y estos Pronombres formaban en la línea de los Sustantivos, como si de tales hubieran categoría. No es necesario decir que los había de ambos sexos; y las damas cabalgaban con igual donaire que los hombres, y aun esgrimían las armas con tanto desenfado como ellos.

Detrás venían los Adjetivos, todos a pie; y eran como servidores o satélites de los Sustantivos, porque formaban al lado de ellos, atendiendo a sus órdenes para obedecerlas. Era cosa sabida que ningún caballero Sustantivo podía hacer cosa derecha sin el auxilio de un buen escudero de la honrada familia de los Adjetivos; pero éstos, a pesar de la fuerza y significación que prestaban a sus amos, no valían solos ni un ardite, y se aniquilaban completamente en cuanto quedaban solos. Eran brillantes y caprichosos sus adornos y trajes, de colores vivos y formas muy determinadas; y era de notar que cuando se acercaban al amo, éste tomaba el color y la forma de aquéllos, quedando transformados al exterior, aunque en esencia el mí.mo.

Como a diez varas de distancia venían los Verbos, que eran unos señores de lo más extraño y maravilloso que puede concebir la fantasía. No es posible decir su sexo, ni medir su estatura, ni pintar sus facciones, ni contar su edad, ni describirlos con precisión y exactitud. Basta saber que se movían mucho y a todos lados, y tan pronto iban hacia atrás como hacia adelante, y se juntaban dos para andar aparejados.

Lo cierto del caso es que sin los tales personajes no se hacía cosa a derecha en aquella república, y, si bien los Sustantivos eran muy útiles, no podían hacer nada por sí, y eran como instrumentos ciegos cuando algún señor Verbo no los dirigía.

Tras éstos venían los Adverbios, que tenían cataruras de pinches de cocina, como que su oficio era prepararles la comida a los Verbos y servirles en todo. Es fama que eran parientes de los Adjetivos, como lo acreditaban viejísimos pergaminos genealógicos, y aun había Adjetivos que desempeñaban en comisión la plaza de Adverbios, para lo cual bastaba ponerles una cola o falda que decía "mente".

Las preposiciones eran enanas; y más que personas parecían cosas, moviéndose automáticamente. Iban junto a los Sustantivos para llevar recado a algún Verbo, o viceversa.

Las conjunciones andaban por todos lados metiendo bulla; y una de ellas especialmente, llamada "que", era el mismo enemigo, y a todos los tenía revueltos y



alborotados, porque indisponía a un señor Sustantivo con un señor Verbo, y a veces trastornaba lo que éste decía, variando completamente el sentido.

Detrás de todos marchaban las interjecciones, que no tenían cuerpo, sino tan sólo cabeza con gran boca siempre abierta. No se metían con nadie, y se manejaban solas; que aunque pocas en número, es fama que sabían hacerse valer.

De estas palabras, algunas eran nobilísimas, y llevaban en sus escudos delicadas empresas, por donde se venía en conocimiento de su abolengo latino o árabe; otras, sin alcurnia antigua de que vanagloriarse, eran nuevecillas, plebeyas o de poco más o menos. Algunas había también en calidad de emigradas de Francia, esperando el momento de adquirir nacionalidad. Otras, en cambio, indígenas hasta la pared de enfrente, se caían de puro viejas, y yacían arrinconadas, aunque las demás guardaran consideración a sus arrugas; y las había tan petulantes y presumidas, que despreciaban a las demás mirándolas enfáticamente.





## SU MAJESTAD EL ALCOHOL

Catulle Mendes.



¿E conoces? Yo soy el príncipe de todas las alegrías, el compañero de todos los goces mundanos, el mensajero de la muerte; el príncipe que gobierna el mundo.

Yo estoy en todas las ceremonias y ninguna reunión se verifica sin mi presencia.

Yo fabrico los crímenes, hago nacer en el corazón los pensamientos malos, mancho los hogares, enveneno la raza, traigo el envilecimiento, la locura, el crimen, la depravación, el suicidio.

Yo acabo con las familias, persigo los abuelos en los nietos, hago perder la vergüenza, la dignidad, el honor, la buena educación.

Yo pongo un velo sobre los ojos, sobre la conciencia, y hago aparecer el crimen como venganza; la abyección, como pasatiempo; la inmoralidad, como entretenimiento.

Yo he guiado más victorias que Alejandro, he uncido más pueblos a mi carro que Roma, he asaltado más pueblos que Atila.

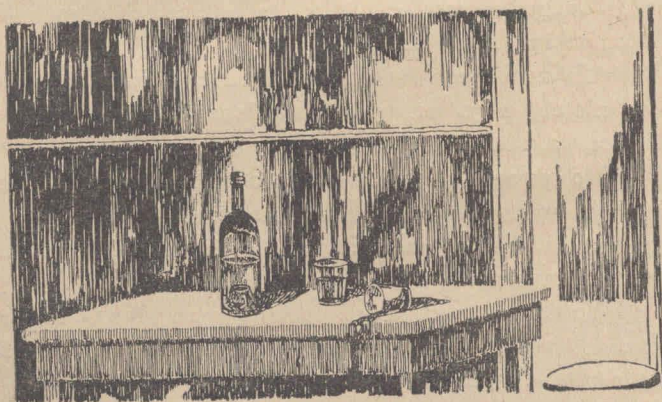
Yo aspiro a convertir el mundo en un hospital, en un manicomio, en un circo, donde estén encerrados tigres, asnos, cerdos, halcones y buitres; quiero sangre, desolación, ruina, liviandades, rencores, guerra, desesperación y blasfemia.

Yo nazco en todas partes; conozco las regiones de Laponia y Siberia, las ardorosas de Egipto e Italia; yo tengo origen en el trigo, el arroz, el maíz, la cebada, el jugo de la uva, la vid, la leche de yegua; mi patria es la tierra; mis esclavos, los hombres; el que me envía, el príncipe del mal.

Yo sé que me conocéis; pero no queréis nombrarme porque todavía os resta el pudor de los nombres, ya que habéis perdido el de los hechos.

Yo soy vuestro rey.

Yo sov... su majestad el alcohol.





# Reconciliación

## EN EL CAMPO DE JUEGO



El bando de "Cinco Esquinas" empezaba a impacientarse. El partido había sido concertado para las ocho; si los de "Barrancas" no conseguían sustituir al guardavalla Rojito debían jugar con diez hombres; compromisos son compromisos.

El capitán de "Barrancas", apoyado en uno de los postes del arco del fondo, ha reunido a sus muchachos.

— ¿Qué hacemos? Rojito mandó decir que no lo dejan salir. ¡También!... ¡Ocurrírsele al maestro ponerle una mala nota precisamente en día sábado!...

— Yo creo que debemos buscar a alguien para integrar el equipo; si jugamos con el cuadro incompleto "Cinco Esquinas" nos dará la paliza del año.

— ¡Ahí viene Terrada!

— ¿Y si lo invitásemos?

— ¡Sí, bonito refuerzo con semejante!...

— Mira, Carozo: tú eres el capitán y tienes derecho a oponerte a la inclusión de Terrada; pero te advierto



que no porque estés enojado con el muchacho tienes derecho a despreciarlo. Cuando Terrada era guardavalla nuestro, antes del incidente del "Bañado", eran contadas las veces que "Barrancas" volvía perdedor.

— Bueno; por mí pueden llamarlo, pero yo no le dirijo la palabra.

El partido comienza. Las acciones en uno y otro campo demuestran que las fuerzas están equilibradas. Las líneas de ataque, hábilmente dirigidas por los centrodelfanteros, presionan constantemente; pero las defensas responden bien. Carozo, en la zaga de "Barrancas", está desarrollando un juego admirable.

Van transcurridos cuarenta minutos del primer tiempo, y Terrada aun no ha tenido ocasión de emplearse seriamente. Un avance rápido de "Cinco Esquinas" es cortado por Carozo sobre la misma línea del "goal". Del rechazo del zaguero toma la pelota Malvín, el centrodelfantero de "Barrancas". El endiablado negrito avanza rápidamente por el centro del campo. La defensa contraria se cierra, y cuando la situación se torna confusa frente al arco por el apeñuscamiento de jugadores, Malvín cede la pelota a su puntero derecho, quien a la carrera enfila un potente tiro a media altura.

— ¡"Goal"!

— ¡Bien por Malvín!

Los de "Barrancas" se abrazan alborozados.

Un minuto después termina el primer periodo.

## EL HÉROE DE LA JORNADA



HA comenzado el segundo período. “Cinco Esquinas”, decidido a igualar posiciones, ataca con denuedo. Los medios apoyan eficazmente a la línea delantera, y la defensa de “Barrancas” debe apelar a todos sus recursos para detener el empuje arrollador de los perdedores.

Carozo, sometido a una labor ímproba, siente que sus fuerzas flaquean. No obstante, el bravo capitán de “Barrancas” sigue cortando avances con maravillosa precisión.

Han transcurrido quince minutos. Un avance del ala derecha de “Cinco Esquinas” pone en peligro la valla contraria. El puntero despide un centro alto; Carozo, atento a la jugada, salta, pero falla el cabezazo y la pelota cae frente al arco. Los tres centrales enemigos arremeten a la carrera; todo el mundo cree ya hecho el “goal”, cuando Terrada, arrojándose con decisión a los pies de los contrarios, logra aferrar la pelota. Con los brazos deshechos por los golpes recibidos, el intrépido guardavalla aleja finalmente el peligro.



El capitán enemigo corre a felicitarlo, y los componentes de "Barrancas" lo abrazan efusivamente.

Carozo mira la escena en silencio. No hay duda: un yerro suyo casi malogra el triunfo de su equipo; el arrojo de Terrada salvó la situación. Sin embargo permanece alejado y ni siquiera dirige la mirada al bravo muchacho.

El partido continúa. "Cinco Esquinas" presiona. Los ágiles maniobran constantemente en la zona de peligro contraria. La defensa de "Barrancas" está desorientada. Los tiros se suceden sin interrupción, y es creencia general que la valla no ha de tardar en caer vencida.

Pero ahí está Terrada, sereno, listo, ágil, decidido, atento a las endiabladas maniobras de los centrales enemigos, cortando los ceñidos centros de los punteros; atajando tiros bajos, rasantes; desviando las pelotas altas; despejando situaciones confusas y apremiantes con temerario arrojo. Los delanteros enemigos están frenéticos. Les parece imposible que un hombre solo oponga tanta resistencia. Menudean los tiros en todas las direcciones, desde todas las distancias. En vano. Aquel arquero es una cortina metálica.

El duelo desigual continuó hasta los cuarenta minutos. En los últimos momentos la lucha se equilibró. Los ágiles de "Cinco Esquinas" estaban agotados después de tantos esfuerzos vanos.



## EL ABRAZO



UANDO el sílbato anunció la terminación del partido, un clamoreo de júbilo se oyó en el campo. "Barrancas", conservando la ventaja de un tanto obtenida durante la primera etapa, resultaba ganador.

Los de "Cinco Esquinas" dieron los hurras por los vencedores, y luego, adelantándose en pelotón hasta donde se hallaba Terrada, uno a uno fueron estrechando la mano de aquel gran jugador rival.

Los componentes de ambos bandos se palmeaban fraternalmente.

Terrada, después del primer momento de efusión, se despidió con un gesto y se encaminó lentamente hacia su casa.

Todos se quedaron mirándolo.

Se hizo un breve silencio. Las miradas se dirigieron hacia el capitán. Carozo tenía los ojos fijos en el guardavalla que se alejaba. En su rostro se retrataba una gran angustia. De pronto, una decisión lo empujó tras de aquél. Poco antes de alcanzarlo:

— ¡Terrada!, llamó.

El muchacho volvióse. En su rostro se dibujaba una sonrisa.

— ¡Terrada! — Y Carozo, al encontrarse frente a frente con el héroe de la jornada, se detuvo. No pudo articular más palabras, pero sus ojos hablaron claramente al corazón de Terrada.

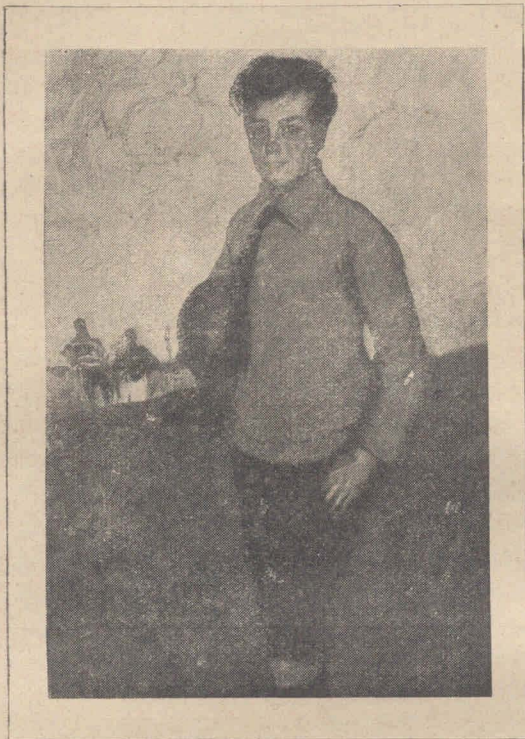
Alargó éste la mano, y el bravo zaguero de “Barrancas”, el capitán que tenía fama de no doblegarse nunca, echó los brazos al cuello de su antiguo camarada.

Aquel abrazo efusivo de reconciliación fué festejado por los jugadores y partidarios de “Barrancas” con hurras y vitores, que atronaron los aires de aquel tranquilo barrio de las afueras.





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



*"Nueva  
Generación"*  
óleo de Juan  
Alonso





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## LAS MUSAS



EN las faldas del monte Helicón, por entre los bosquecillos de mirtos y laureles, a la margen de las cristalinas fuentes y los límpidos arroyuelos, vagaba el coro de las Musas inmortales, hijas de Júpiter y la Memoria. Apolo, dios de la luz, de la gracia, de la belleza, dirigía a las nueve hermanas, acompañando sus danzas y canciones con los acordes de la cítara, que resonaba armoniosamente entre sus manos. Eran las protectoras de las bellas artes y habían bajado del cielo para inspirar a los hombres las grandes ideas, las acciones nobles, los pensamientos sublimes, todo lo que el espíritu humano colocó siempre en las regiones luminosas de lo ideal.

Clio representaba la historia: llevaba consigo el libro donde las razas y los pueblos aprendieron a descifrar el misterio de las cosas pasadas.

Euterpe, la dulce inventora de la flauta, simbolizaba la música con todos sus encantos y placeres: el

arte ímpalpable de los sonidos que alegra las almas y domestica las fieras.

Coronada de yedra, calzada con sandalías, una máscara en una mano y un cayado en la otra, Talía era la divinidad de la comedia, de los poetas bufones, de las escenas grotescas y divertidas. En cambio Melpómene, de estatura majestuosa y grave semblante, personificaba la tragedia, que los griegos supieron elevar a su más alta perfección.

Terpsícore enseñaba a los mortales los graciosos y acompasados movimientos de la danza; Erato encendía la inspiración en el cerebro de los poetas líricos; Polimnia, la musa de la memoria, los instruía en la pantomima y en el gesto; y mientras Uranía, con su diadema de estrellas, su compás, su globo y su varita mágica, los deleitaba en la contemplación de los espacios celestes, Caliope, la más sabia de aquel coro encantador, evocaba en los poemas épicos las hazañas de los dioses y de los héroes.

Para los habitantes de Grecia, todas estas ideas formaban parte de sus creencias religiosas; para nosotros no son más que símbolos o representaciones de ideas. Pero recordaremos siempre el mito de las Musas como una de las más bellas creaciones del pueblo de cuya vida participo, pueblo de tan hermosas concepciones en la ciencia, en la filosofía, en la política y en las bellas artes, que ha podido ser llamado justicieramente "una sonrisa de la historia".





## LAS PARCAS



AS Parcas eran tres hermanas, hijas de la Noche. Su recuerdo se asociaba a todos los acontecimientos, tristes o alegres, venturosos o desgraciados, que hacen de la vida humana algo así como una tela de complicada urdimbre. Se las invocaba en el nacimiento de las personas, al celebrarse los matrimonios, al llegar la hora de la muerte. Representaban, pues, las tres divinidades, el destino de los hombres en su paso por la tierra, los azares de la vida y el misterio de lo que está más allá de la vida.

Algunos artistas las han imaginado como tres mujeres decrepitas, feas, antipáticas; otros, en cambio, las han dotado de una figura juvenil y de una espléndida belleza. Pero es lo cierto que, feas o hermosas, los griegos creían en su poder terrible y en la importancia de sus respectivos papeles.

Cloto, se llamaba la una; Laquesís, la otra, y la tercera Atropos.

Cloto, la hilandera, tiene en sus manos un huso, porque a ella le correspondía preparar el hilo de la existencia. Laquesis tejía los hilos en complicada tela, es decir, distribuía los azares del destino, dando el suyo a cada uno de los mortales.

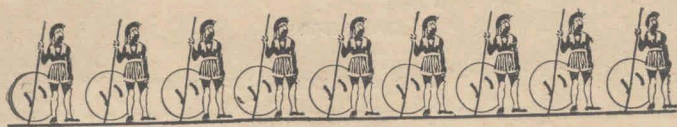
Atropos, armada de tijeras, aguardaba el momento decisivo de cortar el hilo de la existencia: representaba la muerte, y era la más temida de las tres hermanas.

En la historia de casi todos los pueblos de la antigüedad encontramos ideas y representaciones semejantes, pues la existencia, con sus oscuros problemas, es un misterio que ha sobrecogido siempre la imaginación de los hombres que se han dedicado a reflexionar acerca de ello. ¿Qué es la vida? ¿Cómo empieza y por qué acaba? ¿Qué es la muerte?

Filósofos y sabios de la más remota antigüedad han buscado con empeño una respuesta satisfactoria a tales preguntas; la ciencia moderna, con sus experimentos de laboratorio, también investiga tenazmente, deseosa de llegar a una solución del enigma. Pero jamás los resultados han satisfecho la curiosidad de los hombres, y así tal vez suceda con los estudios, cada siglo más inteligentes y tenaces, de las futuras generaciones.

Ese misterio insoluble de la vida y de la muerte, es el que los griegos han conseguido expresar, con toda belleza y energía, en el célebre mito de las tres Parcas.





## EL CENTAURO QUIRÓN



ENTRE los animales raros a que dió vida la fantasía de los griegos, los centauros fueron los más próximos a la humanidad por los caracteres de su organización y por los numerosos acontecimientos en que intervinieron.

Mitad hombre, mitad caballo, esgrimiendo su maza o armado con su arco de voladoras flechas, el centauro combate contra los héroes o a su favor; se jacta, como ellos, de un valor ímpetuoso, y hasta despliega los recursos de una inteligencia verdaderamente humana.

El más célebre, sabio y justo de los centauros se llamaba Quirón, nacido del dios Saturno y de una Ninfa del Océano. Hijo de dioses y educado por ellos, adquirió vastos conocimientos en todas las ciencias y las artes, de modo que bien pronto se sintió con capacidad de maestro. Y lo fué, de los héroes más destacados de la antigüedad fabulosa.

Diestro como pocos en la gimnasia y en los ejercicios de fuerza y agilidad; hábil músico que podía

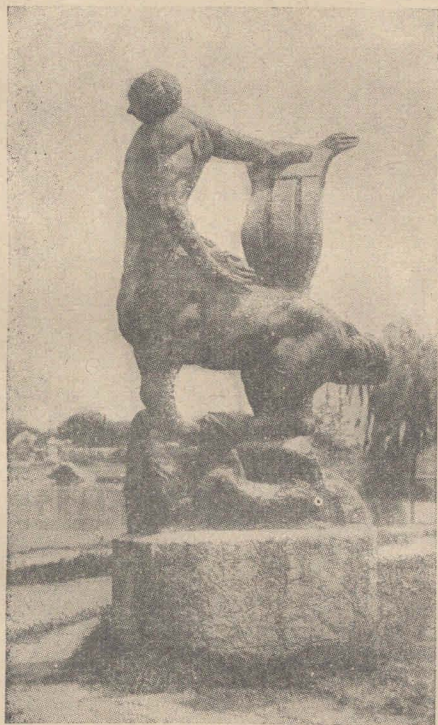


cerrar las heridas al son dulcísimo de su arpa; médico consumado para quien el arte de la medicina no tenía secretos, se entregó generosamente a la tarea de revelar a los hombres los tesoros de su sabiduría. Porque además de la ciencia, poseía la dulzura y la bondad; amaba el bien y deseaba comunicarlo para aumentar la felicidad de los mortales. Hércules recibió sus lecciones de astronomía; Esculapio se convirtió, gracias a él, en el más sabio de los médicos, y Aquiles en el más vigoroso de los guerreros, sin contar las numerosas ocasiones en que su intervención salvó a los héroes de las amenazas de una enfermedad mortal o de los lances arriesgados del combate.

Quirón no pudo, sin embargo, escapar al destino que le estaba reservado. Era inmortal, porque llevaba sangre de dioses; pero en el encuentro de Hércules contra los centauros, una flecha envenenada lo hirió. Todos sus conocimientos de medicina fueron inútiles para evitar los terribles dolores de aquella herida. Suplicó en ese momento a los dioses que le concedieran el descanso supremo de la muerte; y los dioses escucharon su súplica colocándolo entre los signos del Zodiaco. Allí figura todavía, con el nombre de Sagitario.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MADRID



*"La muerte  
del último  
centauro"*  
Bronce  
de  
Bourdelle



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS





## EL JUICIO DE PARIS

Manuel Vallvé.



**E**N el espeso bosque que cubría el monte Ida, no lejos de la fuerte ciudad de Troya, París, hijo del rey Príamo, guardaba una noche los rebaños de su padre.

De ímprovíso surgió de lo profundo del bosque una luz esp'endorosa, cual si juntamente brillaran el sol y la luna, y envueltas en el nimbo de aquella radiante luz, el joven distinguió a las tres diosas más bellas de todo el Olimpo: la majestuosa Juno, de los blancos brazos; la sabia Minerva, de brillantes ojos, y la graciosa Venus, diosa de la hermosura.

Cual música divina resonó entonces la dulce voz de Juno.

Entre todos los mortales, tú eres el más hermoso, París, y a tí acudimos las tres para que seas juez entre nosotras. Dínos, pues, cuál es la más bella, y a la que concedas el premio de la hermosura dale esta manzana de oro.

Así habló Juno, y tendió a París una manzana de oro purísimo, añadiendo:

— Si me das el premio de la belleza a mí, Juno, diosa de las diosas, y esposa del omnipotente Júpiter, rey de los dioses, te concederé poder inconmensurable. Serás rey desde donde nace la aurora hasta donde el sol se pone, y un centenar de pueblos te aclamarán por señor.

A su vez Minerva, hermosa y pura cual los plateados rayos de la luz de la luna, turbó la tranquilidad de la noche sin estrellas, diciendo:

— Dame el premio de la belleza, París, y serás tan sabio como los dioses. Con mi ayuda todas las cosas te serán posibles.

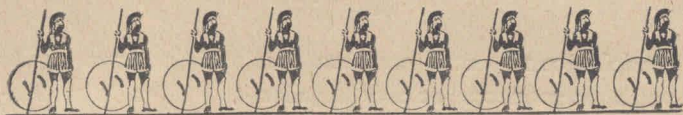
Habló la última, Venus, envuelta en rosada luz, como la aurora en primavera:

— ¿Qué son el Poder y la Sabiduría, hermoso París? — dijo —. Ninguna de estas cosas te darán la felicidad. Si me das el premio te concederé el Amor, y por esposa tendrás a la mujer más bella del mundo.

Y París, oyendo aún la melodiosa voz de Venus, y encantado al contemplar su sin par belleza, le tendió la manzana de oro.

Por esta razón la cólera de los dioses cayó sobre París y sobre su padre Príamo, pues Juno y Minerva, llenas de furor, juraron vengarse de él y de toda su raza, y pidieron auxilio a Júpiter para poder llevar a cabo su propósito.





## AQUILES



**A**QUILES de Peleo, cuyo nombre ha sido inmortalizado en las obras de los grandes poetas de Grecia como modelo perfecto del héroe y del soldado, tenía por madre a la diosa Tetis, una de las numerosas divinidades del mar. Las potencias de lo alto dejaron entrever a la madre que su hijo moriría durante la guerra de Troya, y la diosa, para protegerlo de las asechanzas del destino, sumergió a la recién nacida criatura en las aguas de la laguna Estigia, cuyo contacto hacía invulnerables a los hombres. Pero el talón, por donde tuvo que asirlo en el instante del baño, quedó sin mojar, y en consecuencia, resultó la única parte débil y vulnerable de su cuerpo.

Los habitantes de Troya, ciudad del Asia Menor, habían ofendido gravemente a dos de los príncipes más poderosos de Grecia: Menelao y Agamenón. Ésta fue la causa de aquella larga guerra que las ciudades griegas sostuvieron contra la población ofensora, conside-



rándola como una empresa nacional en que nadie podía permanecer ocioso. Aquiles se vió en la necesidad de participar en la expedición, a pesar de las muchas tentativas de su madre para impedirlo.

El ejército griego puso sitio a la ciudad de Troya durante diez años.

Los combates encarnizados se sucedían con creciente violencia, y en numerosas ocasiones eran los jefes quienes decidían la suerte de la batalla en un encuentro singular. Y aunque los troyanos soportaban la defensa con heroicidad admirable, los sitiadores ganaban terreno, lenta pero incansablemente. La victoria definitiva no habría tardado tanto en llegar, si un episodio no hubiera puesto en peligro la armonía que hasta entonces reinaba entre los jefes del ejército sitiador.

Agamenón, tras una disputa que sostuvo con Aquiles, cayó en la debilidad de arrebatar a éste una de las esclavas de su séquito. La injuria despertó la cólera terrible del héroe, cuyos esfuerzos habían decidido a favor de los griegos la mayor parte de los combates. Aquiles, irritado, se separó del ejército y se retiró a su tienda con todos sus partidarios y amigos.

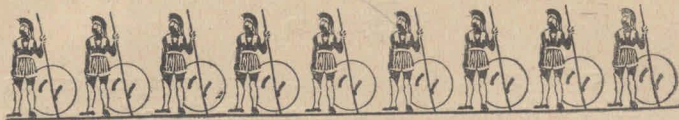
Tal acontecimiento cambió por completo la suerte de la lucha. Los sitiadores, sin la colaboración del más valiente y esforzado de sus guerreros, se sintieron vacilar: obligaron, entonces, a Agamenón a calmar el resentimiento de Aquiles con todas las satisfacciones necesarias, para que retornara a su puesto de combate.

Aquiles se negó tercamente a volver; pero un día le trajeron la noticia de la muerte de Patroclo, su íntimo amigo, a quien quería como a un hermano. Esto lo decidió. Con el ímpetu avasallador del torrente cayó sobre las filas de sus enemigos, deshaciéndolo todo a su paso; buscó a Héctor, el jefe troyano matador de Patroclo, lo venció a su vez en un combate cuerpo a cuerpo, y arrastró su cadáver por la arena dando siete vueltas a los muros de la ciudad.

Los sitiadores estrecharon de este modo el cerco, y hubieran logrado al poco tiempo su propósito; pero la hora de Aquiles estaba próxima. Una flecha envenenada le dió en el talón, único sitio del cuerpo donde lo podían herir. Y se cumplió el destino del héroe, como los dioses lo tenían prefijado.







## LAS ARMAS DE AQUILES

De "La Iliada" de Homero.



OR qué, ¡oh Tetis!, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? Antes no solías frecuentarlo. Di qué deseas; mi corazón me impulsa a realizarlo, si puedo y es ha-cedero ».

Y Tetis respondió, derramando lágrimas: « ¡Oh, Vulcano! ¿Hay alguna entre las diosas del Olimpo que haya sufrido en su ánimo tantos y tan graves pesares como a mí me ha enviado el Saturnio Jove? De las ninfas del mar, únicamente a mí me sujetó a un hombre, a Peleo Eácida; concedíome que tuviera y alimentara a un hijo insigne entre los héroes, que creció semejante a un árbol, lo crié como a una planta en terreno fértil y lo mandé a Ilión en las corvas naves, para que combatiera con los teucros; y ya no recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque,



llevarle socorro. Los aqueos le habían asignado, como recompensa, una doncella, y el rey Agamenón se la quitó de las manos. Apesadumbrado por tal motivo, consumía su corazón; pero los teucros acorralaron a los aqueos junto a los bajeles y no los dejaban salir del campamento, y los próceres argivos intercedieron con Aquiles y le ofrecieron espléndidos regalos. Entonces, aunque se negó a librarlos de la ruina, hizo que vistiera sus armas su amigo Patroclo, hijo de Menetio, y enviólo a la batalla con muchos hombres. Combatieron todo el día en las puertas Esceas. Y los aqueos hubieran tomado la ciudad, a no haber sido por Apolo, el cual mató entre los combatientes delanteros al esforzado hijo de Menetio, que tanto estrago causara, y dió gloria a Héctor. Y yo vengo a abrazar tus rodillas por si quieres dar a mi hijo, cuya vida ha de ser breve, escudo, casco, hermosas grebas ajustadas con broches, y coraza, pues las armas que tenía las perdió su fiel amigo al morir a manos de los teucros, y Aquiles yace en tierra con el corazón afligido».



Contestóle el ilustre cojo de ambos pies: «Cobra ánimo y no te preocupes por las armas. Ojalá pudiera ocultarlo a la muerte horriporosa cuando la terrible Parca se le presente, como tendrá una

hermosa armadura que admirarán cuantos la vean». Así habló; y dejando a la diosa, encaminóse a los fuelles, los volvió hacia la llama y les mandó que trabajasen. Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avivaba el fuego y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de prisa, y otras al contrario, según Vulcano lo deseaba y la obra lo requería. El dios puso al fuego duro bronce, estaño, oro precioso y plata; colocó en el tajo el gran yunque, y cogió con una mano el pesado martillo y con la otra las tenazas.

Hizo primero un escudo grande y fuerte, de variada labor, con tríple cenefa brillante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata. Cinco capas tenía, y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras. con sabia inteligencia.

Después que construyó el grande y fuerte escudo, hizo para Aquiles una coraza más reluciente que el resplandor del fuego; un sólido casco, hermoso, labrado, de áurea cimera, que a sus sienes se adaptara, y unas grebas de dúctil estaño.

Cuando el ilustre cojo de ambos pies hubo fabricado las armas, entrególas a la madre de Aquiles. Y Tetis saltó como un gavilán desde el nevado Olimpo, llevando la reluciente armadura que Vulcano había forjado.



*"La fragua de Vulcano"*  
*óleo de Velásquez*





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## HÉCTOR Y AQUILES

De "La Iliada" de Homero.



UANDO ambos guerreros se hallaron frente a frente, dijo el gran Héctor, de tremolante casco:

«No huiré más de tí, ¡oh hijo de Peleo!, como hasta ahora.

Tres veces dí la vuelta, huyendo, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu acometida. Mas ya mi ánimo me impele a afrontarte. Ea, pongamos a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más cuidarán de que se cumplan nuestros pactos: Yo no te insultaré cruelmente si Jove me concede la victoria y logro quitarte la vida; pues tan luego como te haya despojado de las magníficas armas, ¡oh Aquiles!, entregaré el cadáver a los aqueos. Obra tú conmigo de la misma manera».

Mirándole con torva faz, respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

«¡Héctor, a quien no puedo olvidar! No me ha-

bles de convenios. Como no es posible que haya fieles alianzas entre los leones y los hombres, ni que estén de acuerdo los lobos y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros, tampoco puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos hasta que caiga uno de los dos y sacie de sangre a Marte, infatigable combatiente. Revístete de toda clase de valor, porque ahora te es muy preciso obrar como belicoso y esforzado campeón.

En diciendo esto, blandió y arrojó la fornida lanza. El esclarecido Héctor, al verla venir, se inclinó para evitar el golpe: clavóse aquélla en el suelo, y Palas Minerva la arrancó y devolvió a Aquiles, sin que Héctor, pastor de hombres, lo advirtiese. Y Héctor dijo al eximio Pelida:

«¡Erraste el golpe, deiforme Aquiles! Y ahora guárdate de mi broncea lanza ¡Ojalá que todo su hierro se escondiera en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los teucros si tu murieses, porque eres su mayor azote».

Así habló; y blandiendo la ingente lanza, despidióla sin errar el tiro, pues dió un bote en el escudo del Pelida. Pero la lanza fué rechazada por la rodela, y Héctor se irritó al ver que aquélla había sido arrojada inútilmente por su brazo; paróse, bajando la cabeza, pues no tenía otra lanza de fresno, y con recia voz llamó a Deífobo, el de luciente escudo, y le pidió una larga pica. Deífobo ya no estaba a su vera. En-



tonces Héctor comprendiólo todo, y exclamó: «Cumplióse mi destino. Pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los venideros».

Esto dicho, desenvainó la aguda espada, grande y fuerte, que llevaba en el costado. Encogiéndose, se arrojó como el águila de alto vuelo se lanza a la llanura, atravesando las pardas nubes, para arrebatar la tierna corderilla o la tímida liebre; de igual manera arremetió Héctor, blandiendo la aguda espada. Aquiles embistióle, a su vez, con el corazón rebosante de feroz cólera; defendía su pecho con el magnífico escudo labrado y movía el luciente casco de cuatro abolladuras, haciendo ondear las bellas y abundantes crines de oro que Vulcano colocara en la cimera. Como el Véspero, que es el lucero más hermoso de cuantos hay en el cielo, se presenta rodeado de estrellas en la obscuridad de la noche, de tal modo brillaba la pica de larga punta que en su diestra blandía Aquiles, mientras pensaba en causar daño al divino Héctor y miraba cuál parte del hermoso cuerpo del héroe ofrecería menos resistencia. Éste lo tenía protegido por la excelente armadura que quitó a Patroclo después de matarle, y sólo quedaba descubierta el lugar en que las clavículas separan el cuello de los hombros, la garganta, que es el sitio por donde más pronto sale el alma. Por allí el divino Aquiles envasóle la pica a Héctor, que ya le atacaba, y la punta atravesó el delicado cuello.



## MAGNANIMIDAD DE AQUÍLES

De "La Iliada" de Homero.



El gran Príamo entró sin ser visto, y acercándose a Aquíles abrazóle las rodillas y besó aquel as manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos. Como quedan atónitos los que, hallándose en la casa de un rico, ven llegar a un hombre que tuvo la desgracia de matar en su patria a otro varón y ha emigrado a país extraño, de igual manera asombróse Aquíles de ver a Príamo, semejante a un dios; y los demás se sorprendieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquíles, dirigiéndole estas palabras:

«Acuérdate de tu padre, ¡oh Aquíles!, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado a los funestos umbrales de la vejez. Quizás los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y la ruina; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera



de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos valientes en la espaciosa Ilíon, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos. A los más el furibundo Marte les quebró las rodillas; y el que era único para mí y defendía la ciudad y a sus habitantes, a éste tú lo mataste poco ha, mientras combatía por la patria, a Héctor, por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, con un cuantioso rescate, a fin de redimir su cadáver. Respeta a los dioses, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de tu padre; yo soy aun más digno de compasión que él, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mis labios la mano del hombre matador de mis hijos».

Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre, y cogiendo la mano de Príamo, apartóse suavemente. Los dos lloraban afligidos por los recuerdos: Príamo, acordándose de Héctor, matador de hombres, derramaba copiosas lágrimas postrado a los pies de Aquiles; éste las vertía, unas veces por su padre y otras por Patroclo; y los gemidos de ambos resonaban en la tienda. Mas así que el divino Aquiles estuvo saciado de llanto y el deseo de sollozar cesó en su corazón, alzóse de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y mirando compasivo la cabeza y la barba encanecidas, díjole estas aladas palabras:



« ¡ Ah infeliz ! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿ Como te atreviste a venir solo a las naves de los aqueos y presentarte al hombre que te mató tantos y tan valientes hijos ? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla ; y aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha.

« Tu hijo, ¡ oh anciano !, rescatado está, como pedías ; yace en un lecho, y cuando asome el día podrás verlo y llevártelo. Habla y dime con sinceridad cuántos días quieres para hacer honras al divino Héctor, y durante este tiempo permaneceré quieto y contendré al ejército ».

Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios : « Si quieres que yo pueda celebrar los funerales del divino Héctor, obrando como voy a decirte, ¡ oh Aquiles !, me dejarías complacido. Ya sabes que vivimos encerrados en la ciudad ; la leña hay que traerla de lejos, del monte, y los troyanos tienen mucho miedo. Durante nueve días le lloraremos en el palacio, en el décimo le sepultaremos y el pueblo celebrará el banquete fúnebre, en el undécimo erigiremos un túmulo sobre el cadáver y el duodécimo volveremos a pelear, si necesario fuere ».

Contestóle el divino Aquiles, el de los pies ligeros : « Se hará como dispones, anciano Príamo, y suspenderé el combate durante el tiempo que me pides ».



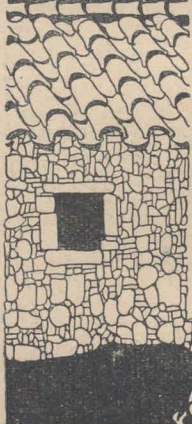
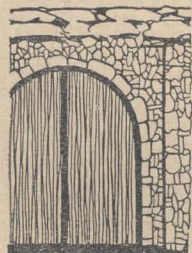
**D**ESPEDIDA





# ¡ADIÓS CAMPANITA!

MARTORELL



La dulce campana  
de voces de abuela,  
que ayer repicaba  
llamando a la escuela,  
con notas muy graves,  
con llanto en la voz,  
nos da tristemente

de nuevo su adiós!  
Y en tanto, mi pecho,  
que hierva de fuego,  
contesta sonriendo:

¿Me voy?... ¡Hasta luego!  
¡No tiembles, no gimas,  
no llores, campana!  
¿Por siempre nos vamos?...  
¡Volvemos mañana!

Al ir por los campos  
bebiendo aire puro,  
saltando contento,  
¡campana, te juro  
pedir a las aves  
que vengan a tí;





que den en tu bronce  
míl besos por mí!  
No dígas que íngratos  
nos hemos mostrado...  
¡sí es nuestro contento  
sentir tu llamado!...  
Sí ayer yo le dije,  
le dije a la abuela,  
que en todos sus cuentos  
me hablara de escuela;  
y en ellos dijera  
de alegres campanas  
que llaman sonoras  
con voces de dianas,  
de niños robustos  
y chicas rosadas  
que acuden alegres  
a las campanadas...  
Así, campanita,  
te digo mí adiós,  
llevando en mí pecho  
grabada tu voz;  
y al írme repito:  
¡No llores, campana!  
¿Por síempre nos vamos?...  
¡Volvemos mañana!





# NOTAS BREVES

Estas notas no tienen por objeto aclarar conceptos, explicar frases oscuras o dar el significado de términos raros — holgarían en este libro —; son simples indicaciones, fugaces consideraciones en torno de algún autor, o sugerencias sobre el sentido de una escena, de un diálogo, de un capítulo

*Oración por el libro*: Como introducción. Y ojalá este librito humilde resulte simpático a los niños, y sea para ellos “claro como el torrente, generoso como un fruto, blando como un nido”.

## EL HERRERO ARMONIOSO

La fábula “Entre Metales”, de Juana Martín, y los versos de “El Martillo” y “El Yunque”, explican y aclaran el símbolo de FORJADOR.

## CAMPO ARGENTINO

Un libro de versos de B. Fernández Moreno lleva este mismo título. Pancho, protagonista de estos episodios, es el tipo de nuestros paisanitos. Valiente y sufrido, ama por sobre todas las cosas a su “pingo”. El animal constituye su mayor orgullo porque con él se “floreá” y adquiere fama de diestro, de fuerte, de esforzado.

*La escapada*: ¡Mochito! ¡Cuánto cariño en ese diminutivo! ¿No te parece, lector, que el colorado es un verdadero cómplice de la escapada audaz del pequeño?



*La vuelta:* “¡La cara que pondrá padrino!..”, es decir, que no sólo siente haber faltado, sino que le aflige disgustar al hombre que le quiere bien.

*La historia del gauchito:* ¡Y pensar que hay tantos infelices, huérfanos de afectos, hechos a golpes sobre el duro yunque de la adversidad!...

*La carrera:* Han pasado algunos años. Pancho es conocido en el pago, y la fama de su colorado corre pareja con la de su dueño. Repara, lector, cómo trata nuestro héroe a su montado.

*Poesía:* Es la parte sustancial de un cuento de Roberto J. Payró. La poesía de la pampa satura el alma de nuestro paisano. ¡Cuánta ingenuidad en las frases de aquellos hombres recios! ¡Y cuánto sentimiento en la respuesta final de Pancho! ¿Conoces, amigo lector, la leyenda de Santos Vega? ¿Has leído nuestro “Martín Fierro”?

*En la yerra:* Ruda la faena; pero nuestros paisanos la transforman en un juego. La yerra es una competencia de fuerza, de destreza, de coraje. La frase que aprueba es breve, rápida, como los movimientos de los pialadores; la exclamación que reprueba es hiriente; silba como la trenza de un lazo.

*El forastero:* De un cuento del vigoroso escritor entrerriano. ¡Cuánta virilidad en el gesto de ese desconocido, que se lanza sin titubear a afrontar la muerte por salvar la vida de un semejante!

*La muerte del toro:* ¿No es una pincelada maestra cada uno de los versos de estos dos admirables sonetos del poeta salteño?

## TRADICIÓN

El rancho, la guitarra, la carreta... cosas que se van.

*El rancho*: Del libro "Fábulas", de Montiel Ballesteros, un poeta que ama las cosas del terruño. El autor es uruguayo, pero ¿hay diferencia entre nuestra campaña y la del país hermano?

*El toro y la locomotora*: Honremos la tradición de nuestro suelo, pero no enarbolemos su bandera para oponernos al progreso. Los tozudos de la tradición se estrellan siempre, como el Temerario de la fábula del ilustre riojano.

## CAMPO ARADO

"... para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino".

*En una escuela rural*: ¡Qué corazón tierno y sencillo el de este don Vicente! El conflicto sentimental de este rudo chacarero es más o menos el mismo de casi todos los inmigrantes que vienen a poblar nuestra tierra y a labrar nuestros campos feraces.

*La fiesta*: Limpia la mañana, límpios los corazones, la patria recibe la ofrenda sencilla en medio del candor de tantas almas buenas.

*La sorpresa*: He ahí cómo un niño puede pagar en parte la inmensa deuda que todo hijo tiene con sus padres.

## MESOPOTAMIA

Región de privilegio, cruzada por una red de arterias que nutren la tierra feraz, y bordeada por las dos caudalosas corrientes que van a formar el río "grande como mar".



*De Corrientes al Plata:* ¿No se gana nuestra simpatía también este animoso hijo de la flora acuática?

*La muerte de Verdosín:* Miles de camalotes, llevados por la corriente, van a parar al Atlántico. Con frecuencia las aguas arrancan de las orillas islotes enteros, que conducen animales sorprendidos por la crecida.

*La inundación:* Dura la vida del ribereño; dura y llena de peligros.

*Gerardo:* Otro héroe de doce años. Como ves, lector, el heroísmo no reside solamente en el manejo de las armas. ¿Has notado cuánta naturalidad en la invitación final de Gerardo, y cuánta modestia al mismo tiempo?

#### NUESTRA TIERRA

Monte y llanura, bosque y quebrada, río y océano, cóndor y calandria: cosas nuestras, elementos de nuestra tierra.

*El bosque de Cochuna:* ¿No es verdad que nos sentimos transportados hasta la umbría del bosque, tanta es la eficacia de la descripción del escritor tucumano?

*La calandria:* Lee en voz alta varias veces estos versos de Franco, para percibir toda la belleza de tan delicada composición.

*La fragata Sarmiento:* De "Visiones y recuerdos del camino". ¿Quién no ha oído hablar de la gloriosa nave, sobre cuya cubierta tantos jóvenes argentinos afrontaron por primera vez los peligros de las grandes travesías?

*Buenos Aires:* Si no tuviésemos pruebas fehacientes nos parecería un cuento de hadas todo cuanto nos dice B. González Arrilí en torno de esta urbe colosal del Plata.



*Petróleo*: Sólo los grandes economistas pueden formarse una idea cabal de la enorme importancia del petróleo en la actualidad. De ahí que se asigne tan alto significado al casual descubrimiento de los yacimientos de Comodoro Rivadavia.

#### DEL PASADO

Después de la patria de hoy, de su suelo, de sus montes, bosques, ciudades, tipos y costumbres, veamos el pasado, las vicisitudes, los hombres, las glorias.

*El secretario de la Primera Junta*: Moreno en su despacho durante las horas de la mañana siguiente a la noche del banquete con que en Buenos Aires se festejó el triunfo de Suipacha.

*La madre del héroe*: Funes, uno de los tantos héroes ignorados de nuestra epopeya libertadora.

*El encuentro*: Reflexiona lector, en la tortura de esa pobre madre, que debe negar a su hijo para salvarlo de la muerte.

*Visiones de gloria*: ¡Cuántas veces el glorioso militar habrá soñado en su destierro de Francia con los hechos salientes de su brillante gesta libertadora! El cuadro del pintor argentino Alice representa a San Martín sobre un peñón de la costa francesa, con la mirada y la mente dirigidas hacia la patria lejana.

*Reunión en lo de Escalada*: Los Escalada eran una de las principales familias de Buenos Aires en tiempos de la Revolución, en cuyos salones fué acogido San Martín al llegar de España.

*Barranca Yaco*: Este crimen se atribuye a Rosas, pero las opiniones a ese respecto están hoy muy divididas. Lee más adelante el enjundioso libro de R. J. Cárcano sobre Juan Facundo Quiroga. Supongo que no ignoras, lector, el "Facundo" de Sarmiento.

## EL MALÓN

¡Cuántos héroes ignorados en esas luchas sangrientas entre las indíadas rebeldes y los regimientos de frontera! ¡Cuántas tragedias en aquellos poblados amparados solamente por los precarios baluartes de los fortines!

## NUESTROS ARQUETIPOS

*Mariano Moreno*: Nicolás Avellaneda, además de gran estadista, fué un claro y elegante escritor, y al mismo tiempo orador brillante. A uno de sus magistrales discursos pertenece esta semblanza del prócer máximo de la Revolución.

*Belgrano*: Los que creen que Belgrano sirvió al país únicamente con la espada, lean y mediten las palabras del gran historiador del prócer de Mayo.

*Rivadavia*: "El más grande hombre civil de la tierra de los argentinos". Esta frase de Mitre ha quedado esculpida en el granito que la gratitud del pueblo levantó en Buenos Aires al gran estadista.

*Mitre*: Este investigador paciente y amoroso de nuestra historia ha recibido también la consagración merecida. Cárcano ha sintetizado admirablemente su vida dedicada al bien del país: "Fué el más militar de los civiles y el más civil de los militares".

*Sarmiento*: Es la voz de un contemporáneo del prócer. ¡Cuán certera la profecía final del ilustre orador!

## LOS ANIMALITOS DE DIOS

*El Coendú*: Horacio Quiroga, nuestro mejor cuentista, me hizo conocer este inofensivo roedor, en torno del cual los aprensivos cazadores de nuestros bosques tejen leyendas de ferocidad, flechas venenosas, etc.



*Negracía y Delgadina*: No somos los hombres los únicos vanidosos. Cada mundo diminuto cree ser el eje de la creación.

*Cri-crí y Rumorosa*. Amigo lector: tú sabes muy bien que no es cierto aquello de la cigarra y la hormiga de la conocida fábula; sabes que un insecto chupador como la cigarra no puede comer trigo u hojas de lechuga, y sabes también que no puede ser cierta la ceremonia que yo te he descrito; pero, si el cuento te gusta, ¿no se perdonan estas cosas en el reino de la fábula?

*Jesús y el lobo*: El autor de esta leyenda, nacido en el Uruguay, fué uno de los más excelsos espíritus de América. Más adelante trata de leer "Ariel", "Motivos de Proteo", "El Mirador de Próspero".

*Rabón y Lanudo*: Trabajo, orden, disciplina, sí; sumisión, esclavitud, ¡jamás!

*El caballo y el camello*: La parte central de esta leyenda la he tomado de una fábula del gran escritor alemán Lessing.

*Platero*: Juan Ramón Jiménez es una de las voces más delicadas de la poesía española contemporánea. Procura te sus prosas "Platero y yo"; su lectura es un verdadero regalo para el espíritu.

#### EL AMIGO GENEROSO

*Oración al árbol*: Para aprender de memoria, o para leer en coro.

*Romance de ausencias*: Ricardo Rojas es una de las personalidades más conspicuas de nuestro mundo literario. Toda su obra es una afirmación de argentinidad.



*El coloquio de los leños*: ¿Has tenido ocasión de oír, lector amigo, el murmullo que hacen en el hogar los troncos abrasados, mientras afuera silba con fuerza el viento?

*La muerte del árbol*: Lector: que el amor al "amigo generoso" no sea en tí una palabra vana.

#### PRIMAVERA

*Doña Primavera*: La poetisa chilena Gabriela Mistral es hoy uno de los valores más altos de la poesía femenina de América.

*Primavera*: R. Blanco Fombona es otra figura benemérita de las letras hispanoamericanas.

*Primavera*: Julio Díaz Usandivaras es un poeta nuestro, enamorado de las cosas del terruño.

#### NUBES DIÁFANAS

*Una madrugada*: Entre las poetisas hispanoamericanas de hoy se destaca con perfil definido la delicada personalidad de la uruguaya Juana de Ibarbourou.

*Romance para un amanecer*: Fernán Silva Valdez es un poeta contemporáneo del Uruguay que canta con verso llano las cosas de la tierra.

*Una gota de agua*: Herrero Ducloux es un hombre de ciencia de sólidos prestigios entre nosotros. Como ves, lector amigo, la ciencia no está reñida con la galanura del estilo.

*Sexteto del hermoso día*: ¿No es una deliciosa acuareleta cada una de las décimas de este sexteto? Los títulos son míos; ¿los aceptará el autor?

## EN EL REINO DE LA FÁBULA

Fábulas sin moraleja escrita. La intención es clara siempre y la moraleja es la que tú, amigo lector, quieras deducir.

## SENDA FRAGOSA

*Valor*: Arturo Capdevila es uno de los valores más altos dentro del campo de nuestra literatura.

*Los dos amigos*: Tolstoy fué un gran novelista ruso que dedicó su vida al bien de la Humanidad.

*La dignidad*: José Ingenieros ha sido un maestro de la generación argentina actual, que no sólo predicó, sino que hizo de su vida un ejemplo de moral sin tacha.

*Obrerito*: ¡Bravo! ¡Bravo, obrerito!; y ahora, ¡a mantener tus promesas!

*El héroe*: ¿quién no ha sentido alguna vez deseos de realizar algo maravilloso, alguna hazaña estupenda, de esas que despiertan la admiración del mundo, y procuran al héroe una vida inmortal en el recuerdo de la posteridad? Amigo lector: ¿has leído las hazañas de ese niño grande que el genio de Cervantes bautizó con el nombre de Don Quijote de la Mancha?

*Consejos de Don Quijote a Sancho Panza*: He aquí la pareja inmortal que creó la pluma de Cervantes. Hace más de tres siglos fué escrito el libro famoso (tú, lector, habrás advertido los términos antiguos del texto) y cada día es mayor el número de personas que se deleitan con las aventuras del loco insigne y su pintoresco escudero.



*La conjuración de las palabras:* ¿No es verdad que es ingeniosa y agradable esta delicada "fantasía" del gran novelista español?

*Su majestad el alcohol:* He ahí un enemigo. ¡Y qué enemigo! Oye su parrafada jactanciosa. Advierte el inmenso poderío de su fuerza, y apréstate a derribar el pedestal de soberbia de tan infame dominador. En cualquier diccionario encontrarás los nombres de Alejandro, Atila y otros grandes dominadores de la Historia, de quienes habla el escritor francés.

*Reconciliación:* En el campo de juego también hay héroes. No son aquellos que demuestran solamente más vigor, mayor habilidad. A estas cualidades hay que unir las condiciones morales: caballerosidad, fortaleza de ánimo, dominio de sí mismo, modestia, tolerancia, generosidad. Terrada, nuestro protagonista, es una gran figura porque su comportamiento revela excelentes dotes morales. Y fueron estas dotes de Terrada las que vencieron la enconada resistencia de Carozo.

*Las Musas:* ¡Cuánta gracia, cuánta armonía en todas las creaciones de la Grecia antigua!

*Las Parcas:* Los más grandes artistas de todos los tiempos han tomado elementos de la mitología griega, y hasta en el habla común, hasta en la conversación familiar han entrado los conceptos, los nombres, las expresiones de aquel mundo luminoso de los mitos helénicos.

*El Centauro Quirón:* El mito griego de los centauros ha inspirado a los poetas, pintores y escultores de todas las épocas. Es que el centauro constituye la más lograda creación estética de la fecunda fantasía de los griegos.



*El juicio de París:* En la mitología griega los dioses toman una parte tan activa en los acontecimientos de los hombres, que en realidad éstos se nos aparecen como meros instrumentos de la voluntad de aquéllos. Esta leyenda explica los antecedentes divinos de la guerra de Grecia contra Troya y de la desgracia de París, de su padre Príamo y de todos los teucros. Homero, el gran poeta heleno, cantó en la *Iliada* un episodio del largo asedio de Ilión, nombre con que también se designaba a la espaciosa ciudad de Príamo.

*Aquiles:* Aquiles no es bueno, no es tierno, no es clemente; al contrario, es colérico, vengativo, cruel. . . pero es fuerte, es valiente, es leal, y por eso se gana nuestra simpatía.

*Las armas de Aquiles:* ¿En qué se diferencia del común de las madres esta diosa Tetis, que deja a cada instante el monte Olimpo la morada de las divinidades griegas para estar cerca de su hijo bienamado?

*Héctor y Aquiles:* Es cierto que Héctor había dado muerte a tantos guerreros aqueos (aqueos, dánaos o argivos se denominaban los griegos) pero lo había hecho en defensa de su patria; por eso su muerte nos deja una impresión de pesar. Al llegar a este capítulo de *La Iliada*, el ánimo del lector se pone de parte de los teucros o troyanos, tanta es la fuerza moral que emana de esta vigorosa y sugestiva figura de héroe.

*Magnaninidad de Aquiles:* Pero Homero, que es todo equilibrio y armonía, no podía dejarnos una pintura de su héroe máximo, sin esa pincelada de humanidad que constituye la tierna escena de su coloquio con el anciano rey de los teucros.

*Adiós Campanita:* ¡Fin de jornada! Y ¿qué otro acento más puro en este momento de la despedida que el son de la campanita familiar?



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MEXICO



I N D I C E S





## ESTAMPAS DE FORJADOR

<i>Los forjadores</i> - Goya ( <i>Español, siglos XVIII y XIX</i> ) .....	21
<i>Capataz de Campo</i> - Jorge Bermúdez.....	35
<i>El baqueano</i> - Carlos Ripamonti.....	51
<i>Santos Vega</i> - Mario Zavattaro.....	65
<i>Los segadores</i> - Lorenzo Gigli.....	77
<i>La Venus del río</i> - Juan Hohmann.....	95
<i>El Cóndor</i> - Del monumento "A los dos Congresos".....	101
<i>Tata Tintilay</i> - Miguel Petrone.....	113
<i>Los montoneros</i> - Juan Peláez.....	135
<i>Carlos Guido y Spano</i> - Juan Hohmann.....	165
<i>Tormenta en San Martín</i> - A. Bosco.....	209
<i>Llovizna</i> - Rodolfo Franco.....	229
<i>Don Quijote</i> - Moreno Carbonero ( <i>Español contemporáneo</i> )... ..	263
<i>Nueva generación</i> - Juan Alonso.....	279
<i>La muerte del centauro</i> - Bourdelle ( <i>Francés contemporáneo</i> )..	287
<i>La fragua de Vulcano</i> - Velázquez ( <i>Español, siglo XVII</i> )....	297

### Reproducciones en colores

(Fuera de texto)

*El Truco* - Oleo de Pío Collivadino.

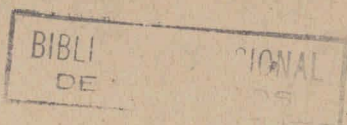
*Zaino y colorado* - Oleo de Fernando Fader.

*San Martín* - Oleo de Antonio Alice.

*La vuelta del Malón* - Oleo de Ángel Della Valle.







## ÍNDICE GENERAL

Oración por el libro. Rafael Helódoro Valle .....	15
<b>EL HERRERO ARMONIOSO</b>	
Entre metales (fábula en verso). Juana Martín.....	18
El martillo (versos). Ernesto M. Barreda.....	19
<i>Los forjadores</i> - Oleo de Goya .....	21
El yunque (versos). E. González Martínez.....	21
<b>CAMPO ARGENTINO</b>	
Zaino y Colorado .....	25
La escapada .....	29
La vuelta.....	31
<i>El Truco</i> - Oleo de Pío Collivadino ( <i>fuera de texto</i> )	
La historia del gauchito .....	33
<i>Capataz de campo</i> - Oleo de Jorge Bermúdez .....	35
La carrera .....	37
Poesía. Roberto J. Payró.....	39
En la perra .....	42
El forastero. Martíniano Leguizamón .....	45
<i>Zaino y Colorado</i> - Oleo de Fernando Fader ( <i>fuera de texto</i> )	
La muerte del toro (versos). Juan Carlos Dávalos:	
La volteada .....	49
La muerte .....	50
<i>El baqueano</i> - Oleo de Carlos Ripamontí.....	51

## TRADICIÓN

Carreta criolla .....	55
La carreta (versos), Héctor P. Blomberg .....	57
El rancho. R. Montiel Ballesteros .....	58
El toro y la locomotora. Joaquín V. González .....	61
<i>Santos Vega</i> - Acuarela de Mario Zavattaro .....	65

## CAMPO ARADO

Al arado (versos). Carlos Ortiz .....	69
En una escuela rural:	
La invitación .....	70
La fiesta .....	72
La sorpresa .....	74
Loa a las gentes de campo (versos). Romeo Murga .....	76
<i>Los segadores</i> - Oleo de Lorenzo Gigli .....	77

## MESOPOTAMIA

Carapachay (versos). Martín Coronado .....	81
El camalote aventurero:	
La creciente .....	83
De Corrientes al Plata .....	85
La muerte de Verdoso .....	87
La inundación:	
Noche de angustia .....	89
Gerardo .....	92
<i>La Venus del río</i> - Dibujo de J. Hohmann .....	95

## NUESTRA TIERRA

El cóndor. Carlos B. Quiroga .....	99
<i>El cóndor</i> - Bronce del monumento "A los dos Congresos" ..	101

El bosque de Cochuna. Fausto Burgos.....	103
La calandria (versos). Luis L. Franco.....	105
La fragata "Sarmiento". Dionisio R. Napal.....	107
Buenos Aires. B. González Arrilá.....	109
¡Petróleo!.....	111
<i>Tata Tintilay</i> - Oleo de Miguel Petrone.....	113

**DEL PASADO**

El secretario de la Primera Junta.....	117
La madre del héroe:	
Ignacio Funes.....	120
El encuentro.....	123
Visiones de gloria.....	127
<i>San Martín</i> - Oleo de Antonio Alice ( <i>fuera de texto</i> )	
Reunión en lo de Escalada (versos). E. Méndez Calzada ..	129
En lo de Escalada.....	131
La montonera (versos). Martín Goicochea.....	134
<i>Los montoneros</i> - Acuarela de Juan Peláez.....	135
Barranca Yaco.....	137
<i>Buenos Aires de ayer</i> - Dibujo de J. Hohmann.....	139

**EL MALÓN**

La vuelta del malón (versos). Esteban Echeverría.....	143
<i>La vuelta del malón</i> - Oleo de G. Della Valle ( <i>fuera de texto</i> )	
El fortín.....	145
En el poblado.....	146
Timburá.....	147
El malón.....	148
El rescate.....	150



**NUESTROS ARQUETIPOS**

Mariano Moreno. Nicolás Avelleda.....	155
Be grano. Ba tulomé Mitre .....	157
Rivadavia. Bartolomé Mitre .....	159
Mitre. Ramón J. Cárcano.....	161
Sarmiento. Carlos Pellegrini.....	163
<i>Carlos Guido y Spano</i> - Dibujo de J. Hohmann.....	165
Himno Nacional Argentino. Vicente López y Planes.....	167

**LOS ANIMALITOS DE DIOS**

El Coendú .....	173
Negracia y Delgadina .....	176
Cri-cri y Rumorosa:	
El noviazgo.....	179
El casamiento .....	181
El discurso del loro.....	183
Rabón y Lanudo.....	185
El caballo y el camello.....	187
Jesús y el lobo. José Enrique Rodó .....	189
Platero. Juan Ramón Jiménez.....	191
El alba. Juan Ramón Jiménez.....	192
La muerte. Juan Ramón Jiménez .....	193

**EL AMIGO GENEROSO**

Oración al árbol. Marcos M. Blanco.....	197
Romance de ausencias (versos). Ricardo Rojas.....	199
No cortemos flores. Amado Nervo.....	202
El coloquio de los leños .....	203
La muerte del árbol (versos). Emilio Bobadilla .....	207
<i>Tormenta en San Martín</i> - Aguafuerte de A. Bosco.....	209

**PRIMAVERA**

Doña Primavera (versos). Gabriela Mistral.....	213
Primavera. R. Blanco Fombona .....	214
Primavera (versos). Julio Díaz Usandivaras.....	216
El nacimiento del aleli.....	218
Susurros en el jardín.....	221

**NUBES DIÁFANAS**

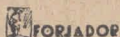
Una madrugada. Juana de Ibarbourou.....	227
<i>Llovizna</i> - Oeo de Rodolfo Franco.....	229
Romance para un amanecer (versos). Fernán Silva Valdez	230
Una gota de agua. Enrique Herrero Ducloux.....	232
Sexteto del hermoso día (versos). Julio Díaz Usandivaras..	234

**EN EL REINO DE LA FÁBULA**

El jumento murmurador (versos). Hartzenbusch.....	243
El águila y el caracol (versos). Hartzenbusch.....	244
La zorra y las uvas (versos). Samaniego.....	245
Los dos perros (versos). Samaniego.....	246
El sol y el polvo (versos). Rafael Pombo.....	248
El martillo (versos). Germán Berdiales.....	249

**SENDA FRAGOSA**

Valor. Arturo Capdevila.....	253
Los dos compañeros. León Tolstoy.....	256
La dignidad. José Ingenieros.....	257
Obrerito (versos). Gabriela Mistral.....	259
El héroe. Rabindranath Tagore.....	261
<i>Salida de don Quijote</i> - Cuadro de Moreno Carbonero ...	263
Consejos de don Quijote a Sancho. Cervantes.....	265
La conjuración de las palabras. Benito Pérez Galdós.....	267



Su majestad el alcohol. <b>Catulle Mendès</b> .....	271
Reconciliación:	
En el campo de juego .....	273
El héroe de la jornada .....	275
El abrazo .....	277
<i>Nueva generación</i> - Oleo de <b>Alonso</b> .....	279
Las musas .....	281
Las parcas .....	283
El centauro Quirón .....	285
<i>La muerte del último centauro</i> - Bronce de <b>Bourdelle</b> .....	287
El juicio de Paris. <b>Manuel Vassé</b> .....	289
Aquiles .....	291
Las armas de Aquiles (De "La Iliada"). <b>Homero</b> .....	294
<i>La fagua de Vulcano</i> - Oleo de <b>Velázquez</b> .....	297
Héctor y Aquiles (De "La Iliada"). <b>Homero</b> .....	299
Magnanimidad de Aquiles (De "La Iliada"). <b>Homero</b> .....	302
¡Adiós Campanita! <b>Martorelli</b> .....	306
Notas breves .....	309
Estampas de Forjador .....	323
Índice general .....	325



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS





**FORJADOR**

Edición para varones



Ed. par M. Veronesi